ELLA QUERÍA SALVARLO. ÉL,
CORROMPERLA HASTA LA LOCURA



# IMPIA OBSESIÓN

LENA SALVATORE




Impía obsesión ©

2025, Lena Salvatore

De la edición y corrección: Lena Salvatore

De la maquetación: Lena Salvatore

Del diseño de la cubierta: Cherlys CM (ig: @bookspremadesign_)

1ª edición: octubre de 2025

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código penal).

# DEDICATORIA

*Para las lectoras que no tienen trigger warnings y están dispuestas a sentir cosas indecentes por un protagonista perturbado que está más allá de toda redención.*

*Y para mi familia y amigos, por favor no leáis esto. Os quiero.*

Ahora Nicholas tiene algo que decirte…

**Sé por lo que estás aquí, así que sé una buena chica y aprieta bien las piernas para mí mientras pasas las páginas. No te preocupes, será nuestro sucio secreto.**

# ADVERTENCIAS

***Acoso**

***Asesinatos en serie**

***Dominación y manipulación psicológica**

***Trastornos mentales y traumas psicológicos**

***Encarcelamiento, privación de libertad**

***Episodio disociativo**

***Consentimiento dudoso y no consentimiento en algunas escenas sexuales**

***Primal play, persecución**

***Juegos de cuchillos, pistolas, y sangre**

***Prácticas extremas de sexo junto a un cadáver**

***Tortura, mutilación, desmembramiento y otros asesinatos explícitos**

***Violencia física y verbal**

***Alucinaciones y parálisis del sueño derivadas de un trauma infantil**

***Paranoia inducida por las drogas**

***Uso de somníferos y otras sustancias nocivas**

***Obsesión**

***Juegos de asfixia como práctica sexual, escupitajos, degradación y privación del orgasmo**

***Ataques de pánico y de ira**

***Maltrato infantil, mencionado**

***Gore y sangre**

***Atmósfera inquietante**

Querido lector, antes de nada quiero darte las gracias por leerme. Esta es la historia más oscura que he escrito hasta la fecha, no es un romance, el protagonista es un asesino en serie y un sociópata sin características redentoras, por lo que si buscas un libro donde al final él cambia por la fuerza del amor te advierto que no es aquí. Quiero dejar claro que en ningún caso es mi intención que se romantice o glorifique ni a Nicholas ni a sus acciones, ni siquiera la protagonista -a pesar de la insana atracción que siente hacia él- lo hace.

Si sientes que es demasiado para ti, por favor ten en cuenta tus límites o desencadenantes y abandona la historia, no es mi intención hacer pasar un mal rato a nadie. En mi perfil encontrarás otros libros muy variados y tal vez alguno pueda ser de tu agrado. No obstante, si eres un alma oscura y no temes acompañarme a explorar los rincones más perversos de la mente humana, quédate. Nicholas te estará esperando con los brazos abiertos.

Pdt: Sé que en el estado de Pensilvania la pena de muerte ya ha sido abolida y no se realiza ninguna ejecución desde 1999, sin embargo para la conveniencia de la trama, me he tomado la licencia creativa de poner que sigue vigente. Solo quiero que sepáis que no es un error. Asimismo, aunque me he informado sobre el sistema penal y las ramas de psiquiatría y psicología forense en el trato con perfiles criminales del calibre de Nicholas, no soy una experta y para la ficción me permito ciertas libertades. Pido disculpas de antemano si cometo algún error, podéis hacérmelo saber de forma respetuosa.

Dicho todo esto, si crees que serás capaz de soportarlo, te doy la bienvenida y espero que disfrutes de esta retorcida y oscura lectura.

Si es así, no olvides dejar tu reseña. Como autora independiente me ayuda muchísimo para dar a conocer mi trabajo.

# PREFACIO

Puedo olerte, presa.

Llevo observándote mucho tiempo. Te conozco. He memorizado hasta la frecuencia de tus respiraciones, cómo te late el pulso en el cuello cuando estás asustada…o excitada.

Tu curiosidad, tu inquietud, tu lujuria…eres como un libro abierto para mí. Apuesto a que ahora mismo estás leyendo esto con las piernas apretadas y las mejillas sonrojadas.

Todavía no has experimentado miedo, pero tiempo al tiempo…lo harás. Confía en mí.

Porque cuando te ponga las manos encima y estés de rodillas frente a mí, chorreando y suplicando por más como una buena chica, te *moldearé* a mi imagen y semejanza. Serás la mayor obra de arte que haya creado nunca.

Descubrirás que soy tu principio y también tu final.

Porque siempre has deseado lo prohibido, lo inmoral…el pecado corre por tus venas como el veneno y yo no soy tu antídoto; soy el virus que te irá infectando día a día, poco a poco. Te corromperé hasta la médula y no lo verás venir.

Crees que puedes salvarme y lo que no sabes es que estoy más allá de toda redención. Pero en el fondo eso es lo que te gusta, ¿verdad? Conozco tus más profundas y retorcidas fantasías y el día menos pensado me daré un festín con ellas.

Ya no puedes escapar.

Toda tú me perteneces, lo quieras o no.

Así que te sugiero que te pongas de rodillas y empieces a rezar cuanto antes por tu alma…la misma que planeo llevarme al infierno, donde pertenecemos.

# PRÓLOGO

La mansión Westwood era como un laberinto tenebroso que a la policía se le antojó ominoso y lóbrego, una trampa mortal capaz de hincarles las fauces en cualquier momento.
En la estancia reinaba la penumbra y un silencio inquietante les dio la bienvenida a medida que inspeccionaban cada rincón de la enorme casa de dos plantas y al menos media docena de habitaciones.

La patrulla de más de veinte agentes especiales que habían acudido al lugar se dividió para cubrir todo el perímetro y la tensión se podía cortar con un cuchillo, ya que – pese a que todo apuntaba a que el asesino no se encontraba en la propiedad (seguramente estaría acechando a su próxima víctima) –no podían bajar la guardia, porque no tenían ni idea de si Mónica Wrigth –la última secuestrada– seguía todavía con vida; y cada segundo que pasaba podía resultar vital.

Aquello iba a ser un escándalo. Los Westwood eran una familia acaudalada y respetable, que gozaba de buena reputación y se había ganado la simpatía de los vecinos por sus contribuciones en la beneficencia y las aclamadas barbacoas que organizaban cada verano.

Sin embargo, según lo que averiguó la policía posteriormente por las declaraciones de los mismos, hacía ya un tiempo que apenas se dejaban ver. De un momento a otro, se volvieron taciturnos y huraños. Casi no salían de casa, renunciaron a su trabajo en el hospital, donde trabajaban como cirujanos y dejaron de asistir a eventos y organizar fiestas.

En su momento, nadie lo vio como algo sospechoso pues habían llegado rumores de que su único hijo, Nicholas Westwood, era algo

"raro". Estudiaba en casa, estaba siempre encerrado en esa mansión gigantesca, no se relacionaba con otros niños de su edad –en realidad, no se relacionaba con nadie– y ni siquiera lo habían oído pronunciar más de dos palabras seguidas, siempre obligado por sus padres.

Pero lo peor eran sus ojos. Los tenía de un gris casi translúcido, penetrante hasta el tuétano…y miraba con una fijeza inquietante, como si pudiera llegar hasta el alma de la persona a la que observaba y analizarla con la frialdad con que se resolvía un problema matemático especialmente complicado.

No obstante, nunca había sido agresivo. Simplemente se comportaba como una sombra y todo el mundo pensaba que era especial. Alejaban a sus hijos de él cuando se lo topaban en el porche o en el supermercado. Pero eso era todo.

Nadie que conociera a los Westwood habría podido jamás concebir el horror que conmocionaría a la localidad aquella madrugada.

Nadie lo vio venir…hasta que fue demasiado tarde.

Los agentes llamaron a los propietarios, sin demasiada convicción. Sabían que, en el caso de que estuvieran allí, no darían la cara.

Y si no estaban…eso también los hacía culpables.

De algún modo, se las ingeniaron para engañar a todo el mundo durante más de veinte años. Pero aquello se acababa esa misma noche.

Fue al llegar al sótano, tras una inspección exhaustiva que resultó infructuosa, cuando se toparon de lleno con el horror más puro y cruento; una estampa de pesadilla concebida por una mente enferma y perturbada.

Cuencas vacías que miraban sin ver, extremidades rígidas, intenso olor a arcilla y cera quemada mezclada con el hedor de la sangre y la putrefacción y…sufrimiento cruelmente perpetuado con una práctica que sentenció el destino de aquellas pobres víctimas.

Había exactamente trece cadáveres, cada uno colocado en una posición distinta; con mimo y cuidado, como si el asesino hubiera querido tener un último acto de veneración hacia ellas. Posaban como si estuvieran bailando, flotando etéreas en el limbo. Era una visión espeluznante y grotesca.

Aquella madrugada gélida de noviembre pasaría a la historia como la fatídica noche en que la policía de Pittsburg halló más de una docena de cadáveres embalsamados en la mansión del que apodarían como "El escultor de Pensilvania".

El FBI llevaba más de dos años en una investigación exhaustiva que arrojó poca luz sobre el caso hasta que un golpe de suerte los condujo sobre la pista de la propiedad, después de que un testigo viera a la última desaparecida, Mónica Wright, por las inmediaciones. A partir de ahí se le perdió la pista y eso hizo saltar todas las alarmas.

Las declaraciones de los vecinos asegurando que se oían ruidos extraños y gritos fueron determinantes para centrar las sospechas en aquella acaudalada familia. Fue un escándalo.

Lo peor era que el monstruo había logrado escapar, burlando a las autoridades y seguía suelto, sembrando el pánico entre los ciudadanos. Era inevitable preguntarse hacia dónde había huido y, sobre todo, si volvería a matar.

# CAPÍTULO 1

*2 años después*

**FAITH**

Como cada viernes, estoy encerrada en mi despacho, terminando de programar una cita con uno de mis pacientes del centro psiquiátrico al que asisto dos veces por semana para pasar consulta. A mi lado tengo una copa de vino que ya he rellenado por tercera vez.

Sí, sé que no debería beber mientras termino de organizar mis sesiones, pero ¿a quién le importa? Llevo haciendo esto desde hace años, es mera rutina y últimamente se está volviendo algo tedioso. Es como si sintiera que a mi vida le falta emoción, lo cual -a mis treinta y un años recién cumplidos- empieza a ser un pensamiento recurrente que me molesta. Nunca me ha importado estar sola; es más, siempre me ha gustado tener mi espacio seguro donde abstraerme del mundo, pero últimamente…

Me quito las gafas de pasta negra y me froto los ojos, hastiada de la vida. Tal vez debería dejarlo por esta noche y ponerme una película o algo para distraerme. Mi problema siempre ha sido lo mucho que me cuesta desconectar del trabajo, prácticamente podría decirse que vivo para ello. O eso me han recalcado los pocos hombres con los que me he animado a tener una cita, algo que llevo sin molestarme en intentar desde por lo menos los últimos seis meses. Es humillante.

Por eso, casi agradezco que suene el  teléfono porque por lo menos me sirve como distracción de mis sombríos pensamientos. Me levanto de mala gana y voy hasta la otra punta de la habitación, donde he dejado olvidado el móvil. Al cogerlo veo que es nada más

y nada menos que una llamada del comisario jefe del departamento de homicidios de Pittsburg.

Enarco las cejas. Debe de ser algo urgente para que me llame a las diez y media de la noche de un viernes. Cam es un buen hombre, trabajamos juntos cuando colaboré con ellos para elaborar el perfil criminal de un psicópata perturbado al que me pidieron que evaluara, pero de todo aquello hace ya bastante. Esa época de gloria me queda ya muy lejos, ahora solo soy una pringada que trabaja sin descanso para pagar sus facturas y lucha por obtener algo de reconocimiento en un campo dominado mayoritariamente por hombres.

Es por eso que mi  sexto sentido –que nunca falla– me indica que se trae algo entre manos.

—¿Diga? —contesto, con un tono interrogante muy postizo con el que pretendo hacerme la desinteresada. La experiencia me ha enseñado que nunca es bueno mostrar demasiado entusiasmo, por mucho que tenga la esperanza de que quiera ofrecerme un trabajo más ambicioso por fin.

Me considero una mujer inteligente y muy capaz, deseosa de superarme a mí misma y alcanzar las metas que me he impuesto a lo largo de mi carrera. Estoy dispuesta a hacer todo cuanto esté en mi mano por conseguirlo.

—Faith, querida ¿cómo estás? Soy Cameron Jenkins, ¿te acuerdas de mí? —Su voz, castigada por el tiempo y el estrés, resuena desde el otro lado del auricular. Ese tono cascado y fatigado…es tal y como lo recordaba de mis tiempos como colaboradora experta en psiquiatría y perfiles criminales. Si me hubiera pillado en un momento más sentimental, casi diría que lo he echado de menos y todo.

—Ah, Cameron, claro. Estoy bien. Con mucho trabajo, pero supongo que eso es bueno, ¿no? —Decido bromear un poco para romper el hielo y distender el ambiente, eso nunca falla.

—Desde luego. Verás, precisamente de eso quería hablarte —según lo dice se me dibuja una sonrisa en los labios, confirmando así que mis suposiciones eran acertadas.

—Te escucho —lo animo a continuar, al tiempo en que me repantigo en mi silla de escritorio y hago girar un mapamundi con el dedo índice.

No obstante, en cuanto empieza a contarme de qué se trata, me quedo rígida; como en trance. ¿Estoy entendiendo bien? Esto es mucho mejor de lo que pensaba.

Si acepto la propuesta del comisario, este podría convertirse sin duda en el mayor reto de mi carrera. Es la razón por la que decidí estudiar Psicología forense y Psiquiatría y ahora se presenta ante mí cuando estaba a punto de tirar la toalla.

—Por supuesto que conozco el caso del Escultor de Pensilvania —afirmo, aunque es el mayor eufemismo del siglo porque es más que eso; su caso me obsesionó como muy pocos han logrado hacerlo. Con todo y eso me obligo a disimular mi entusiasmo y, en su lugar, añado: —¿Puedo pensármelo?

¿De verdad tengo que meditarlo? Absolutamente no. Pero creo que todavía no he sido capaz de asimilarlo y necesito procesar que esto está sucediendo de verdad antes de tomar una decisión. Aunque para qué engañarnos, todos sabemos que diré que sí.

Por suerte, Cameron se muestra comprensivo. Claro que también es posible que no tenga a nadie más a quien ofrecérselo, no por falta de candidatos sino porque es un hombre duro y de la vieja escuela que no confía en cualquiera para algo tan serio. Lo cual deja una gran responsabilidad sobre mis hombros. No obstante, me encantan los desafíos.

—Claro, querida. Pero no tardes demasiado, es urgente. Seguro que lo entiendes. Además, eres la psiquiatra más joven que ha sido laureada hasta en tres ocasiones por el estudio de los criminales con la psique más compleja y retorcida. Te enviaré el historial de

Nicholas, así puedes sopesarlo cuidadosamente —me indica y yo asiento entusiasmada, aprovechando que no puede verme.

—Está bien. Gracias por pensar en mí, Cameron —se lo agradezco de corazón.

—Llámame cuando te decidas. Este podría ser el empujón que necesitas para despegar.

—Lo haré —aseguro y me despido con un saludo afectuoso para él y su familia. Se han portado muy bien conmigo.

Apenas cuelgo, me pongo en pie de un salto y dejo escapar el aire contenido antes de, todavía con el fantasma de una sonrisa en los labios, abrir mi correo electrónico y descargar el fichero que ya me ha enviado Cameron con el historial completo del Escultor de Pensilvania.  Nicholas Westwood.

Si acepto el puesto, tendría que entrevistarlo hasta haber completado mi informe y ofrecer una evaluación pormenorizada en la que conste si, bajo mi criterio como doctora en psiquiatría especializada en las patologías como el trastorno antisocial de la personalidad, Nicholas Westwood debería finalmente ser ejecutado -ya permanece en el corredor de la muerte a la espera de su sentencia, así que realmente esto es más que nada un mero estudio porque su suerte parece estar echada- o condenado a pasar el resto de su vida en un sanatorio mental por enajenación. Honestamente esto último es lo más improbable, a menos que ocurra un milagro.

Spy consciente de lo delicado del asunto, de la presión que recaerá sobre mí si acepto el caso y sobre todo de lo peliagudo que podría resultar tratar con alguien tan peligroso como Nicholas. Algo que por otra parte tampoco me impresiona demasiado porque en mi trabajo he tenido que lidiar con toda clase de criminales perturbados, así que ya estoy curtida.

Un informe con nueve páginas escuetas es todo lo que hay sobre él, pero nada más comenzar a leerlo sé, de algún modo, que ese

hombre no es ni de lejos como el resto de enfermos con los que he tenido que tratar antes.

Y a medida que me pierdo en el horror que plasman esas palabras que conforman su historial criminal no puedo evitar tensarme ligeramente ante las vívidas descripciones de lo que les hizo a sus víctimas, todas mujeres. Tanto así que todavía me faltan seis hojas para terminar, pero ya no me cabe duda de que si el diablo existiera se habría reencarnado en Nicholas Westwood.

**...**

*Nicholas Westwood, veintiséis años, nacido en Pittsburg (Pensilvania) el 19 de enero de 1997.*

*Peso: 130 kg*

*Estatura: 1,96 cm*

*Padres: fallecidos, sus cadáveres fueron hallados en la casa en avanzado estado de descomposición.*

*Se emitió una orden de búsqueda y captura contra él en 2021 tras hallarse en el sótano de su residencia trece cadáveres que habían sido eviscerados y "esculpidos". Los agentes que llevaron a cabo la inspección relataron que aquella escena era tan espeluznante que a día de hoy todavía les provoca pesadillas.*

*Había frascos con formol que contenían los ojos y los corazones de todas las víctimas y el hedor a podredumbre podría haber despertado a los muertos.*

*Nicholas se las arregló para eludir a la justicia durante más de un año hasta que fue visto por un testigo en una playa de Singapur. Luego, volvió a la escena del crimen por motivos que se desconocen, donde fue detenido en el acto.*

*Nunca se encontraron huellas ni ADN en la escena del crimen, pero la fiscalía determinó que el hecho de que se hallaran en su*

*propiedad – junto con el atenuante de su fuga y su propia confesión – bastaba para condenarle.*

Y así sigue y sigue, relatando los pormenores de la investigación y las pistas que condujeron hasta él.

Impaciente, voy saltando hasta llegar a la parte que más me interesa; la primera evaluación psicológica a la que fue sometido tras su detención, cuyo resultado el juez desestimó por poco concluyente, ordenando el inmediato ingreso en prisión del acusado.

Allí fue cuando sacó a la luz al monstruo que llevaba dentro. Al parecer, en su primera semana en prisión protagonizó el primero de una considerable lista de incidentes, cuya violencia fue escalando hasta límites extremos. Trago saliva sin poder evitarlo al leer los relatos pormenorizados. Agredió a presos, funcionarios y hasta a enfermeros y celadores en sus múltiples arrebatos de ira y locura, muchos de los cuales todavía conservan las lesiones y sobre todo el pánico, que les provocó estrés postraumático. El ochenta por ciento sigue de baja. El monstruo de Pensilvania estaba incontrolable y no tardó en ser trasladado al módulo de psiquiatría, donde se encontraban los presos más perturbados y peligrosos. Allí ha permanecido hasta el momento, totalmente aislado por seguridad.

No recibe visitas y absolutamente nadie -ni siquiera los demás reos, y eso que hay unos cuantos con un historial terrorífico, porque lo sé de primera mano- se atreve siquiera a mirarlo demasiado tiempo por miedo a convertirse en su próxima víctima.

Ahora, dos años más tarde, tras ser denegadas todas las apelaciones de la defensa ha llegado el momento de valorar si se le condena definitivamente a pena de muerte; la cadena perpetua no es suficiente para el carácter atroz de los crímenes cometidos.

Palabras como "narcisismo extremo", "crueldad", "fuerza descomunal", "ausencia total de empatía" y "una extraordinaria y pavorosa capacidad de manipulación" me van llamando la atención en mi lectura y las subrayo para empezar a tomar mis propias notas.

Doy vueltas por mi caótico despacho con el informe entre las manos, repasándolo una y otra vez hasta que siento que si sigo se me quedará incrustado en las retinas. Poco después, y todavía con el eco de aquellas expresiones resonando en mi cerebro, tomo mi decisión.

Recuerdo lo duro que he trabajado para llegar hasta donde estoy ahora con treinta y un años recién cumplidos. Conseguí graduarme con honores en la universidad de Pittsburg, saqué sobresaliente en mi posterior máster y el doctorado que realicé sobre los perfiles psicológicos de las mentes criminales más perturbadas de Estados Unidos fue publicado y me hizo ganar numerosos reconocimientos a nivel internacional, llegando a ser entrevistada en diversos programas con grandes personalidades de la rama.

Sin embargo, esta es la primera vez que alguien apuesta por mí en un caso tan controvertido como el de Nicholas. Y de algún modo siento que me lo debo a mí misma. No puedo fallarle a esa niña que soñaba con alcanzar todas sus metas y convertirse en una profesional respetada. La niña que un día fui

Está decidido, pues. Aceptaré el caso.

Sin embargo, antes de comunicárselo a Cameron decido relajarme un rato y despejar mi mente. Es una práctica a la que siempre recurro cuando estoy estresada y un peso muy grande recae sobre mis hombros. Siempre funciona, así que ¿por qué no?

Enciendo una vela aromática, pongo música jazz y me pongo a practicar un poco de yoga para destensar los músculos después de toda una mañana sentada en la silla de mi dichoso escritorio, redactando los informes que tenía pendientes.

Antes de evadir mi mente de toda preocupación o pensamiento racional, sin embargo, lo último que me viene es la imagen de mi padre; el pastor Edmund Lowell, fallecido hace ya más de seis años y con el que tuve una relación complicada debido a su fanatismo religioso.

*Si supieras el trabajo que estoy a punto de aceptar…renegarías de mí como hija, padre.*

Pienso, con amargura, recordando las últimas palabras que intercambiamos la última vez que nos vimos, poco antes de que muriera de un infarto fulminante.

Probablemente esto me convierta en una mala persona, pero una parte de mí sintió alivio al recibir la noticia.

Nadie que no conozca mi historia ni todo lo que tuve que soportar, cada castigo y cada juicio, podría ser capaz de entenderlo. De entenderme.

Y sin embargo, no puedo cambiar mis sentimientos agridulces al respecto. Tampoco tengo intención de hacerlo. Hay demonios que nunca desaparecen.

Practico durante más de una hora, dejando la mente en blanco y abstrayéndome de todo, hasta que considero que ya ha sido suficiente por un día y llamo a Cameron para decirle que acepto el trabajo.

El pobre apenas logra disimular su alivio, lo que me confirma cuán desesperado estaba hasta que me ha llamado. Quedamos en vernos mañana temprano en la penitenciaría del condado para preparar la primera sesión con Nicholas, al que conoceré por fin.

No sé cómo sentirme al respecto, pero lo cierto es que una parte de mí –la más retorcida– siente curiosidad por estudiar su psique. Especialmente con lo mucho que me ha obsesionado su caso, algo que será mi pequeño secreto.

Antes de dormir, decido mimarme un poco y me preparo un baño de espuma con sales aromáticas que me ayude a recargar las pilas para afrontar el día siguiente con energía.

Algo me dice que voy a necesitarla para enfrentarme al monstruo de Pensilvania cara a cara.

# CAPÍTULO 2

*La pesada cruz de madera se desprendió de la pared y cayó a plomo sobre el suelo, resonando como un látigo en la silenciosa madrugada de diciembre.*

*Aquella era una noche lluviosa y el viento soplaba con fuerza, azotando las ramas de los árboles del jardín, que proyectaban con su vaivén siniestras formas en la ventana de su cuarto.*

*Faith se despertó sobresaltada por el ruido y fue a cerrar la ventana, pensando que el desprendimiento debía haber sido obra del viento inclemente.*

*No obstante, su sorpresa fue mayúscula al comprobar que estaba cerrada a cal y canto, con los postigos puestos.*

*Inquieta, fue a encender la luz de su mesita de noche cuando, de súbito, su cama comenzó a moverse como si alguien la estuviera traqueteando y ella se alejó de un brinco. El corazón le latía a mil por hora y el miedo se apoderó de su ser, paralizándola.*

*¿Qué estaba pasando?*

*De repente, la ventana se abrió de par en par como si una fuerza maligna la hubiera empujado y los cristales reventaron, arrancándole un chillido de pánico.*

*Retrocedió hasta que su espalda tocó la pared y fue entonces cuando sintió que un líquido viscoso empapaba la tela de su camisón blanco.*

*Un grito de horror trepó por las paredes de su garganta al percatarse de que era sangre.*

*Un reguero carmesí brotaba de la cruz fragmentada en un flujo tan alarmante como repulsivo. Tanto así que, por más que se alejaba, la perseguía, formando un río escarlata que la rodeaba sin escapatoria posible.*

*Faith empezó a sudar de pura congoja, incluso gritó pidiéndole ayuda a su padre y arriesgándose así a sufrir un castigo por estar despierta a aquellas horas impías de la madrugada.*

*Sin embargo, nadie acudió en su ayuda.*

*Trató de escapar, pero la puerta estaba cerrada a cal y canto, truncando así su huida.*

*Vio la cama como su única escapatoria y retiró la colcha, dispuesta a cobijarse en la seguridad de las mantas hasta que aquella pesadilla – porque no podía ser otra cosa – cesara.*

*Un bisbiseo le erizó la piel justo cuando una estampa de terror se abría paso ante sus ojos.*

*Serpientes. Por todas partes.*

*Abrían sus bocas amenazantes y siseaban, sedientas de sangre.*

*El espanto la poseyó.*

*¿Cómo era posible? Había estado tendida en esa misma cama hacía escasos minutos, sumida en un sueño apacible.*

*Aquello tenía que ser una pesadilla.*

*Pero por más que lo intentaba, no era capaz de despertar y emitió un grito agónico cuando, de súbito, unas enredaderas comenzaron a emerger del suelo y se enroscaron sin piedad en torno a sus brazos y tobillos, apresándola.*

*—¡Socorro! ¡Padre, ayúdeme! —Chilló con desesperación, intentando luchar sin éxito contra las gruesas plantas que la arrastraban hasta la cama de serpientes, que abrían sus lenguas sibilantes con ansia, a la espera de un festín.*

*Era inútil; por más que suplicó, sus plegarias no fueron escuchadas.*

*Cerró los ojos cuando sintió que la más grande de las serpientes lanzaba el primer mordisco en su dirección.*

*Su último alarido fue silenciado por un trueno que rasgó en dos la noche.*

Despertó bañada en sudor, con el corazón a punto de salírsele del pecho y la desagradable sensación de que aquella pesadilla era premonitoria.

Solo esperaba estar equivocada.

Entretanto, en el complejo penitenciario federal de Riverside, Nicholas Westwood acababa de recibir la noticia de que la doctora Faith Lowell sería su nueva psiquiatra y tal vez, el ángel redentor que lo salvaría de la silla eléctrica.

Una sonrisa astuta se dibujó en sus labios.

Parecía que, después de todo, el ratoncito iba  a salir a jugar con el gato.

# CAPÍTULO 3

**FAITH**

Los nervios apenas me han dejado dormir, así que me he levantado al alba y he aprovechado para empezar a prepararme para mi visita a la penitenciaría.

Me esmero a conciencia para causar una buena impresión y lo primero que hago es aplicarme una buena cantidad de corrector para disimular las pronunciadas ojeras que tengo, fruto de una larga noche en vela, después me pongo un poco de pintalabios y de rubor y pese a que soy más de llevar el pelo recogido, opto por soltármelo para lucir mis indomables rizos de color caoba, de los cuales estoy muy orgullosa.

Me rocío con una generosa cantidad de mi perfume favorito y asiento, satisfecha al contemplar el reflejo que me devuelve el espejo del baño.

Para la ocasión he escogido un traje de dos piezas color gris marengo de diseñador, que tenía sin estrenar en el fondo del armario desde hace más de un año y que en su momento me costó una fortuna.  Es solo ropa, pero me recuerda hasta dónde he llegado y me aporta seguridad y fuerza.

*Yo puedo, esto no debe ser muy diferente de mi trabajo en el psiquiátrico.* Me repito como un mantra, tratando de convencerme a mí misma y de darme ánimos.

Me gustaría pensar que este nuevo trabajo me ayudará a salir de mi zona de confort, algo que siempre me ha costado horrores y es la raíz por la que a día de hoy ni tengo amigos ni pareja. Estoy más sola que la una, aunque por suerte Cyrus me hace compañía. Es mi

gato, un precioso *Fold* escocés gris que me hace los días más llevaderos con su compañía.

Le dejo la comida preparada, le rasco detrás de las orejas y me despido de él, sonriendo. Por la mirada que me dedica, me gusta pensar que me transmite algo así como "mucha suerte y a por ellos, Faith". Cierro la puerta y con las llaves del coche en una mano y el bolso en la otra me monto en mi plymouth blanco, que es mi fiel compañero de batallas, y arranco el motor, tras meter la dirección de la penitenciaría de Riverside en el GPS. Mi orientación no es que sea la mejor y dado que es la primera vez que pongo un pie allí prefiero ir sobre seguro.

He quedado a las ocho en punto con Cameron en la entrada y quiero ser puntual.

El trayecto desde mi casa, situada en un distrito acomodado, hasta la ciudad de Filadelfia transcurre con los mejores éxitos de *Coldplay* y *Radiohead* de fondo en la emisora y me pongo a mover la cabeza de un lado a otro mientras tarareo los estribillos, para aliviar los nervios que atenazan mi estómago como un molesto enjambre de avispas del que no consigo deshacerme.

Estoy lista para afrontar lo que venga, he tenido tiempo para meditarlo desde que leí su expediente y no importa lo que Nicholas haya hecho, pues para mí es un paciente más y actuaré en consecuencia.

A fin de cuentas, existe la posibilidad de que tenga que hablar en su favor en un juicio si la evaluación que realice así lo requiriera. Todavía no sé lo que voy a encontrarme y es temprano para sacar conclusiones, pero mentiría si dijera que no estoy ansiosa por averiguarlo.

# CAPÍTULO 4

**FAITH**

Cuando llego -diez minutos antes de la hora acordada- no me sorprende en lo más mínimo encontrarme con que Cameron ya me está esperando, apoyado en el capó del coche policial y con los brazos cruzados para tratar de disimular la prominente barriga que su gusto por la cerveza fría le ha hecho desarrollar.

—Ah, Faith, has llegado muy puntual. Buenos días —me saluda, con su habitual tono ronco pero afable.

—Buenos días, Cameron. Sí, he pensado que me vendría bien ver mi nuevo lugar de trabajo antes de conocer a Nicholas —admito, con sinceridad. Sé que no le va a sorprender, porque conoce mis métodos cuando me asignan un nuevo paciente.

—Claro, eso es estupendo. ¿Has podido descansar? —inquiere y mi lado más vulnerable sale a flote. No recordaba bien lo paternal que siempre se ha mostrado Cameron conmigo, mucho más de lo que mi verdadero progenitor lo fue nunca.

Y cuando creces sin afecto y te pasas toda tu vida pensando que has sido un error, sienta bien que alguien se preocupe por ti. Dejé de perseguir el cariño de los que me rodeaban a toda costa cuando entré en la universidad, pero aun así es agradable.

Por muy ermitaña que me haya vuelto, tratar con la gente siempre me recuerda que, pese a que mi soledad es mi lugar seguro, también necesito algo de calor humano para sobrevivir.

—Sí, muy bien —miento como una bellaca, pero sueno tan convincente que mi interlocutor ni siquiera se percata. Mentir es un arte que he aprendido a perfeccionar con el tiempo.

Algunos me llamarían hipócrita por ello, pero cuando tienes un trabajo como el mío no puedes exponer tus debilidades a menos que quieras que te coman viva. Y sé que solo es Cameron, que si hay alguien en quien sé que puedo confiar en esta vida es en este entrañable policía maduro, pero soy un animal de costumbres y hay hábitos difíciles de cambiar, supongo.

—¿Cómo están Kelly y las niñas? —Cambio de tema deliberadamente y enseguida sus ojos se iluminan de amor al pensar en su familia. Un sentimiento que estoy empezando a pensar que no experimentaré jamás, por eso me conformo con verlo a través de otras personas.

—Bien, muy bien. Las niñas cumplieron quince años el mes pasado, están en esa fase…ya sabes, y Kelly me ha preguntado por ti varias veces. Deberías venir a cenar una de estas noches a casa, todos te echamos de menos. ¿Qué me dices?

Me lo ofrece con tanta ternura que me resulta imposible negarme. Además, me vendrá bien salir de mi caparazón. No tengo amigas, ni pareja, tan solo al cascarrabias de Cyrus, así que será mejor que cultive mi escasísima vida social.

—Claro, me encantaría —aseguro y lo digo de corazón.

Cameron sonríe de oreja a oreja.

—Estupendo, se lo diré a Kelly. Se va a alegrar mucho —me comenta y está a punto de añadir algo cuando de repente alza la mirada y cuadra el gesto. Cuando sigo la dirección de su mirada, me doy cuenta del motivo. Un hombre alto y robusto ha salido a recibirnos. —Ah, ahí está. Te presento al alcaide, Mike Stevenson. Mike, ella es Faith Lowell, la doctora encargada de realizar la evaluación psiquiátrica de Nicholas Westwood —nos presenta y me aclaro la garganta para superar mi sorpresa inicial, porque no me esperaba que el alcaide fuera tan joven. Tendrá unos treinta y nueve años o así, pelo rubio engominado, unos ojos azules casi tan atractivos como su rostro y un cuerpo extraordinariamente trabajado. No está mal.

Le estrecho la mano con diplomacia y él me dedica una sonrisa apreciativa que, lejos de hacerme sentir incómoda, me halaga. No estoy acostumbrada a trabajar con hombres que me miren a los ojos en vez de al escote. Cameron ha sido la excepción, pero no esperaba encontrarme con alguien respetuoso, para variar. Es agradable.

—Es un placer conocerle —contesto, con una ínfima sonrisa.

—Lo mismo digo —asegura él, con amabilidad y percibo que se toma unos segundos de más antes de soltarme la mano. —Aunque si le soy sincero no creo que nada de lo que pueda hacer vaya a funcionar con ese…preso —añade, bastante más adusto al tocar el tema que nos atañe.

A leguas se nota, por su tono despectivo, la aversión que el alcaide siente por mi paciente. Tomo nota de ello, pero no pienso dejar que su opinión me disuada, ni muchos menos que influya en mi criterio.

Soy una profesional y no me achanto ante nada ni nadie.

—Yo me limitaré a hacer mi trabajo y el resto ya se verá, alcaide — replico, ante la expresión orgullosa de Cameron y el aludido me dedica una cortés inclinación de cabeza.

—Si le parece, podemos aprovechar para hacer un recorrido por las instalaciones. Así podrá ver cómo funciona todo en la prisión.

—Por mí está perfecto — aseguro. A pesar de que el lugar – como es lógico – no me parece para nada halagüeño, ya que voy a tener que pasar los próximos meses aquí será mejor que empiece a acostumbrarme.

—Veo que no ha traído nada de metal, oro, ni objetos punzantes. Eso facilitará las cosas. Sin embargo, tengo que decirle que a partir del lunes tendrá que empezar a pasar por el registro —me informa, a medida que avanzamos. Yo asiento, pues era algo con lo que ya contaba.

De todos modos, tampoco soy de usar demasiadas joyas. Así que es algo que no voy a echar en falta.

Mientras recorremos las instalaciones, el alcaide me va poniendo al tanto de las medidas de seguridad y el protocolo con los internos. Nicholas pertenece al módulo tres, es decir; máxima seguridad. Y está alojado en el ala de psiquiatría, la zona más adusta y sombría de toda la prisión.

Según me explica, no se le permiten las visitas, está totalmente aislado y le introducen la comida en su celda a través de la ranura. Eso significa que en nuestras sesiones – las cuales se realizarán en su celda– permanecerá esposado de pies y manos debido a su alta peligrosidad y seguramente habrá vigilancia. Pero estoy dispuesta a negociar eso si es necesario.

Puedo aceptar cualquier medida de seguridad que me impongan, pero no que los guardias estén presentes durante las sesiones porque interferirían con mi trabajo. Y no estoy precisamente por la labor.

Tras recorrer todas las instalaciones salimos al exterior para dar un paseo por el patio, donde los internos pasan su tiempo libre, quemando energías y socializando un poco.

El alcaide me explica que siempre hay al menos seis guardias en la zona, para evitar que se produzcan altercados y que además todo el recinto está videovigilado.

Nicholas no tiene permitido salir al patio, lo que significa que nunca ve la luz del sol, más que a través de la rendija que se cuela por su celda.

No puedo -ni quiero- imaginar siquiera lo duro que debe de ser eso.

—¿Podré conocer hoy a mi paciente? Cuanto antes se produzca el primer encuentro, antes podré empezar a realizar un informe de evaluación preliminar —inquiero, sin molestarme en disimular lo ansiosa que estoy.

Mike asiente, pero su expresión circunspecta me indica que no ha terminado con las advertencias.

—Sí, podrá. No obstante, hay algunas cosas que debería saber sobre él antes de comenzar.

—Ustedes dirán —replico, dirigiéndome también a Cameron.

Tras intercambiar una mirada cómplice, es este último quien habla.

—Nicholas tiene una fuerza descomunal, muy superior a la media de un hombre de su edad. Para que se haga una idea, supera la de cuatro hombres adultos entre los dieciocho y los veintisiete. Su falta de empatía y de emociones lo vuelven brutal y extremadamente peligroso, ya que no siente el menor respeto por la vida humana. En su crisis más brutal hicieron falta doce de mis mejores hombres para conseguir reducirlo y sufrieron todo tipo de lesiones, de las cuales algunos todavía no se han recuperado.

—Dios mío…—Me llevo una mano a la boca. No puedo negar que el relato me ha impresionado un poco.

—Y además de su fuerza, Nicholas también es extraordinariamente inteligente y capaz. Su coeficiente intelectual supera los ciento cincuenta puntos —interviene Mike, esperando tal vez que me asuste. Me mantengo entera y vislumbro un ápice de respeto en sus ojos. Bien.

—Está bien. Ahora, por favor, llévenme con él.

Los veo compartir una última mirada de circunstancias, como si hubieran esperado que me echara atrás y al final, resignados, me preceden.

—De acuerdo, si es lo que desea…acompáñenos.

Asiento y, sin más preámbulos, entramos de nuevo al edificio gris y ominoso para tomar el ascensor – que está viejo y oxidado y de vez en cuando produce un inquietante chirrido, tan desagradable que parece estar a punto de detenerse en cualquier momento, atrapándonos en este claustrofóbico espacio– que nos conducirá

directamente hasta el módulo tres, el cual se encuentra aislado de los otros dos pabellones. No por nada se trata de máxima seguridad.

—¿Nerviosa, doctora? —me pregunta Mike, reparando en la postura rígida que ha adoptado mi cuerpo de forma inconsciente, con los labios apretados en una fina línea y la mirada fija en el frente, como me pasa siempre que me meto en espacios cerrados.

Me obligo a disimular mejor, porque lo último que quiero es mostrar debilidad en mi primer día de trabajo y causar una mala impresión, especialmente dadas las duras condiciones a las que voy a estar sometida en esta prisión.

Me aclaro la garganta y fuerzo una pequeña sonrisa antes de contestar:

—Solo un poco, alcaide. Se me pasará, descuide. Y llámeme Faith, por favor —le pido que me tutee con la esperanza de empezar a sentirme en confianza en este nuevo y hostil ambiente laboral y él inclina la cabeza, satisfecho. Es un hombre atractivo, sí, ahora que lo tengo más cerca aprovecho para detallarlo como él está haciendo conmigo.

—Si alguien puede soportar este ambiente hostil, sin ánimo de ofender, Mike, esa es Faith. Pongo la mano en el fuego por ella —Cameron interrumpe el intercambio de miradas que hemos estado compartiendo para hablar en mi favor y lo hace con una complicidad que me enternece.

En cambio, me parece percibir cierto disgusto en el gesto de Mike y me pregunto a qué se debe o si serán imaginaciones mías.

—Eres muy amable, Cameron. Haré todo cuanto esté en mi mano para estar a la altura —le aseguro, haciéndole ver cuánto significa para mí su confianza.

No tardamos en llegar a la celda 404, la de Nicholas, y me asombra sobremanera ver que está custodiada por tres guardias imponentes con porras y pistolas en el cinto y mirada vigilante, como si

estuvieran preparados para intervenir a la más mínima señal de peligro.

Trago saliva. Pese a que no me considero una mujer fácilmente impresionable, he de admitir que no me resulta agradable este trance.

Aun así, me recompongo y alzo el mentón, impaciente por entrar.

—¿Lista? —inquiere Cameron, en cuya mirada puedo detectar una chispa de arrepentimiento por haberme metido en esto. Me apresuro a asentir para tranquilizarlo, pues lo último que quiero es que me vean débil.

Haré lo que se espera de mí. Además, no negaré que la parte más morbosa de mi interior siente curiosidad por saber exactamente hasta qué punto puede ser peligroso Nicholas.

—Mantenga la distancia de seguridad en todo momento, Faith —añade Mike al poco, interrumpiendo el momento deliberadamente. —No subestime su capacidad de manipular e infligir daño solo porque está totalmente restringido. Los guardias estarán en la puerta, a la menor señal de peligro grite.

—Está bien —contesto y me enorgullece comprobar que mi voz sale sorprendentemente firme y serena.

A una señal del alcaide, uno de los fornidos guardias extrae las llaves del bolsillo de su uniforme y abre la celda con cautela, como si en su interior se hallara un animal salvaje listo para atacar a la más mínima oportunidad que se le presente.

El vello de la nuca se me eriza de forma involuntaria, pero por fuera llevo una máscara de resolución y frialdad. Sé me da muy bien mostrarle a la gente solo lo que quiero que vean de mí.

Así pues, cuando el celador se aparta para darnos vía libre al habitáculo de apenas veinte metros cuadrados con un leve olor a orín, ingreso con el mentón en alto y haciendo resonar mis tacones de aguja sobre el castigado suelo.

La luz natural es muy escasa, apenas un hilo que se cuela por la rendija de la ventana y el ambiente es malsano y umbrío…casi tan siniestro como su ocupante.

Nicholas se yergue en la litera donde estaba tumbado y se da la vuelta para dedicarme una sonrisa torcida de bienvenida.

Al verlo por primera vez me resulta muy difícil aguantar el tipo. Algo en su mirada me remueve hasta la médula, como si pudiera bucear en mi conciencia a libre albedrío.

Es… diferente a la raída fotografía que venía en el expediente que me envió Cameron. Y cuando investigué sobre él apenas presté atención a las imágenes, demasiado centrada en el carácter atroz de los crímenes.

Pelo oscuro como el carbón, barba de varios días, ojos grises como una ventisca de enero enmarcados por unas abundantes pestañas y una mirada penetrante, rasgos afilados y gráciles como una escultura griega y un cuerpo trabajado y fuerte que, junto con su gran altura, no deja indiferente a nadie.

Tengo que admitir que es el hombre más impresionante e imponente que había visto nunca, pero no estoy dispuesta a dejarme embaucar por esas pupilas que tratan de abrirse paso en las profundidades de mi mente.

Ese es mi trabajo, no al revés.

El tatuaje de la serpiente cascabel que lleva en el cuello llama mi atención y lo contemplo, curiosa, hasta que la voz ronca y agrietada de Nicholas me trae de vuelta a la realidad cuando se humedece los labios y pronuncia unas palabras que amenazan con derrumbar esa fachada imperturbable con la que me he acorazado.

—Vaya, ¿me habéis traído un aperitivo?

# CAPÍTULO 5

**FAITH**

La sonrisa de dientes blancos que me dedica está cargada de malicia y, sin poder evitarlo, se me asemeja a la de un tiburón abriendo sus fauces para engullir a su presa.

Y su voz…su voz es ronca y afilada, con un cariz insinuante y provocador, casi insidioso, que no te deja indiferente.

Aun así, mantengo la compostura. He tratado con los suficientes pacientes inestables como para saber que si les muestras una pizca de miedo, especialmente en la primera toma de contacto, estás perdida.

Doy un paso al frente, me estiro las arrugas inexistentes de mi chaqueta de traje y me presento sin esperar a que nadie más lo haga por mí. Pienso demostrar desde ya quién está al mando aquí.

—Hola Nicholas, soy la doctora Faith Lowell y me gustaría charlar un rato contigo. ¿Te parece bien? —inquiero, aguantándole la mirada sin parpadear.

Asiente y, tras asegurarle los grilletes que restringen sus manos y sus tobillos, los celadores se marchan junto con Cameron y Mike, no sin que antes este último me recuerde que estarán justo detrás de la puerta y que solo tengo que llamarlos si las cosas se pusieran feas.

Me limito a asentir, con la mirada todavía fija en Nicholas, cuya sonrisa se ha desvanecido para dejar paso a una chispa de interés.

—Así que doctora Faith Lowell…adelante, siento curiosidad —la forma en la que pronuncia mi nombre sabe a pecado y a cosas obscenas e inhalo hondo.

Me está provocando para estudiar mis reacciones. Ya imaginaba que haría esto, a decir verdad. Me advirtieron que Nicholas no podría resistirse a una mujer hermosa como yo, porque de haberse tratado de un hombre jamás le habría permitido entrar en su territorio. Él es el rey de esta cárcel, quien hace y deshace a su antojo, pero yo no pienso ser uno más de sus peones. No, las dinámicas están a punto de cambiar.

Se repantiga sobre su catre mientras que yo tomo asiento en la silla que han dispuesto para mí, a una prudente distancia de él. Estoy en su terreno y debo andarme con pies de plomo, al menos hasta que le haya trazado un perfil psicológico inicial.

Nicholas sigue hablando, con tono pausado y un matiz burlón, sin dejar de estudiar hasta el más ínfimo de mis gestos y eso que cuido el lenguaje corporal al máximo.

—Sin embargo, apuesto a que puedo adivinar qué la trae por aquí.

Deja la frase en el aire de forma teatral y yo enarco las cejas.

—¿Ah, sí?

Le sigo el juego, lanzándole la pelota imaginaria a la espera de que me la devuelva.

—La envían para que se meta en mi cabeza. Todos quieren saber si estoy loco, Faith. ¿A usted le parezco un demente? —inquiere, muy serio, llevándose el dedo índice a la sien y presionándola. Las esposas que le rodean las muñecas tintinean y esboza una sonrisa siniestra.

Lo medito con cuidado.

Si me baso en esta primera impresión, diría que no, pero sé que es imposible dar un diagnóstico tan prematuro y tengo claro que él es un manipulador nato.

—Bueno, determinar algo así lleva su tiempo. Además, es importante dejar claro que yo no estoy aquí para juzgarte, Nicholas —recalco, tratando de bajar un poco sus barreras. Su aspecto curioso y

juguetón no me engaña, está tenso como una pantera que estudia a su adversario; decidiendo si atacar o no.

—Mmm…interesante elección de palabras, doctora. ¿No es irónico que se me intente juzgar a través de usted para determinar si me hallo privado de mi juicio? —señala, ladeando la cabeza con interés. Veo que es tan inteligente como retorcido, una combinación muy peligrosa.

—Si lo ves desde ese punto de vista…yo prefiero pensar que te estoy ayudando —me encojo de hombros y cruzo las piernas, aparentando sentirme cómoda y segura de la situación para hacerlo entrar en confianza.

Nicholas permanece callado un buen rato, estudiándome con una fijeza que, de haber sido una principiante o una mujer más aprensiva, me habría hecho salir corriendo. Eso debió de ser lo que le sucedió a la única especialista que trajeron para que lo evaluara psicológicamente después de su ingreso, cuando sufrió el primer brote violento.

Rebusco en mi bolso, donde he tenido la precaución de guardar un botellín de agua y me llevo un sorbo a los labios para refrescarme. En la celda no hay ventilación y a pesar del clima frío de noviembre, me siento acalorada ante su escrutinio.

Algo que, por supuesto, no le pasa desapercibido a Nicholas.

—Está sudando, doctora. ¿La incomodo? ¿O la pongo nerviosa? —aventura, apoyando los codos en las rodillas sin dejar de clavarme esa mirada penetrante.

Sé perfectamente que busca ejercer una posición de poder y que debo empezar a hacerme con las riendas de la situación antes de que esta se salga de control. Así que decido que ya va siendo hora de entrar en materia.

—Oh, no, no es eso. Estoy bien. ¿Por qué no me hablas de tu infancia? Creo que es un buen tema para empezar a conocernos.

Él chasquea la lengua con cierta molestia, la primera emoción que deja traslucir. Pero me pregunto si será genuina o no. Tengo la sensación de que ha estado jugando conmigo desde el mismo instante en que puse un pie en su celda. Y eso es algo que no pienso permitir. Nunca, ni siquiera cuando era niña, me gustaron los juegos. Entre otras cosas, porque es algo que jamás estuvo a mi alcance. Mi padre lo encontraba indigno de un alma pura como yo.

—Ah, por supuesto. El clásico. Porque todos los traumas de un asesino se originan en la infancia, ¿no es así? ¿Es eso lo que piensa que me ocurrió, doctora?

Su tono se vuelve tan gélido como escéptico.

—Nicholas, no puedes responder a mis preguntas con más preguntas. Lo que yo crea o no aquí es irrelevante, así que por favor…coopera —le pido, con amabilidad pero con firmeza.

—Oh, pero me interesa. No le negará ese pequeño capricho a un condenado a muerte, ¿verdad, Faith?

Persuasión.

Parece ser uno de sus métodos estrella.

Me mantengo impasible, pero por dentro estoy tomando nota de cada detalle.

—Hagamos una cosa, te responderé a esa pregunta si tú empiezas a responder a las mías y colaboras. Es lo justo, ¿no lo crees? —replico, orgullosa por haber sabido aprovechar esta baza para llevarlo a mi terreno.

—Por supuesto. Pero me temo que no voy a poder hacer lo que me pide. Al menos, todavía…

Eso me sienta como un jarro de agua fría.

—¿Por qué no? —pregunto, tratando de ocultar la decepción que me embarga.

Esto siempre me funciona, ¿qué ha salido mal? ¿Lo he subestimado? Me devano los sesos en busca de una forma de reconducir la situación mientras él se toma su tiempo para contestar.

Intento no fijarme demasiado en su cuerpo trabajado, es tan alto y ancho que apenas cabe en la cama, si es que a ese mohoso colchón se le puede llamar así. Tiene que estar tan incómodo…

Se humedece los labios con una deliberada lentitud. Lo hace a propósito, estoy segura, es una técnica para desestabilizarme y crispar mis nervios. Conozco todas las tretas, pero tengo que admitir que me ha sorprendido la rapidez de Nicholas al recurrir a ellas.

La mayoría suele esperar a la segunda sesión, como mínimo.

De repente, levanta las muñecas esposadas y estira los brazos hasta que la piel de alrededor se tensa de forma dolorosa. Aprieto la mandíbula, porque empiezo a entender lo que pretende y no me gusta un pelo.

Acto seguido, como para probar su punto, hace lo mismo con sus pies y alza la mirada para que nuestros ojos se encuentren.

—Porque hay algo más urgente que necesito que haga por mí antes de nada —susurra, con malicia.

—¿De qué se trata?

Por supuesto que sé la respuesta, pero quiero oírselo decir. No puede ser que esté insinuando lo que creo…

—Eres una mujer inteligente, lo sabes bien.

No es una pregunta, sino una afirmación. Además, se permite el lujo de tutearme. Esto está saliendo muy mal. La forma en que parece haberme evaluado me provoca una punzada de inquietud en la boca del estómago. Es demasiado pronto, joder…

—No puedes estar hablando en serio, Nicholas. Sabes que eso no está en negociación, dada tu situación —argumento, con la esperanza de hacerlo entrar en razón. Además, es cierto.

Uno de los presos más peligrosos de la penitenciaría, el hombre más joven condenado a la pena de muerte en el Estado de Pensilvania y encima en régimen de máxima seguridad…es del todo imposible que consiga convencer al alcaide para que le quite todas las restricciones físicas.

Aunque…una idea maliciosa se pasea por mi mente. Y es que no me ha pasado inadvertida la manera en que este me ha estado observando antes cuando creía que no me daba cuenta.

A pesar de que no soy precisamente una mujer de demasiadas relaciones, sí sé reconocer de sobra el deseo que despierto en un hombre y el alcaide se siente atraído sexualmente hacia mí, eso es un hecho.

De modo que puede resultar una gran ventaja, si decido aprovecharlo en mi favor.

Sin embargo, no estoy dispuesta a ceder tan rápido ante Nicholas. Hacerlo sería mi perdición.

—Estoy seguro de que se las ingeniará, doctora —añade él, con voz resuelta y ligeramente insinuante. ¿Por qué me da la sensación de que hay un doble sentido en todo lo que dice? Acabamos de conocernos, es absurdo. Por muy listo que sea, no es un mago.

—Lo intentaré, pero no te puedo asegurar que lo logre y menos después de los arrebatos violentos que has tenido. Sin embargo, haré cuanto esté en mi mano solo si tú prometes cooperar a cambio. ¿Hay trato? —Expongo, para tantearlo. Si dice que no, ni siquiera valdrá la pena intentar convencer a Mike.

Muy despacio, Nicholas asiente con la cabeza. Sus ojos siguen fijos en mi cara, con tanta intensidad que empiezan a arderme las mejillas.

—¿Cómo se dice? Ah, sí…*Quid pro quo*, Faith.

No tardo en identificar la referencia y trago en seco. Debe tratarse de una coincidencia. Es imposible que sepa que…

—Esto no es una película, Nicholas. No intentes cruzar esa línea conmigo —le advierto, con toda la severidad que soy capaz de reunir.

Y ahí está. Es apenas una fracción de segundo, pero sonríe y yo me congelo.

—Oh, pero creí que *El silencio de los corderos* era su película favorita. ¿O no, doctora Lowell?

Esa forma de pronunciar mi apellido…la manera estudiada de dejarlo caer…no cabe duda.

¿Pero cómo diablos lo ha sabido?

Las comisuras de su boca se alzan, ahora sí, en una sonrisa provocativa al ver cómo palidezco sin poder evitarlo.

Esta vez, me toma un poco más de tiempo recomponerme lo suficiente como para disimular la turbación que sus palabras me han provocado y él se da cuenta, por supuesto. Nada se le escapa.

Me aclaro la garganta, descruzo las piernas y sentencio:

—No, no lo es. Nos vemos en la próxima sesión, Nicholas.

Doy por terminada la visita porque no me creo capaz de soportar un segundo más en este lugar sin darle todas las armas para destruirme psicológicamente. Nunca me había sucedido nada parecido y me sienta como una patada en los ovarios. Necesito estudiarlo mejor y levantar más mis defensas antes de volver aquí mañana. No lo dejaré salirse con la suya.

—Lo estaré deseando, doctora.

Escucho sus palabras cuando ya le he dado la espalda para encaminarme a la salida y, tras echar un leve vistazo por si acaso y ver que sigue en la misma postura, estudiándome con esa sonrisa controlada, como si se riera en silencio por haberme desestabilizado de este modo tan humillante, golpeo con los nudillos para que me abran la celda.

Tan pronto como el aire fresco me golpea, me apresuro a salir y poco después escucho el chirrido de los barrotes al cerrarse de nuevo, pero esta vez no miro atrás. Necesito respirar fuera de estas cuatro paredes y sobre todo alejarme de ese hombre.

Por desgracia, incluso cuando ya me encuentro muy lejos, dentro de la seguridad de mi coche, su voz taimada sigue resonando en lo más recóndito de mi mente. Y eso me inquieta.

...

Al llegar a casa, siento un alivio indescriptible que nunca antes había experimentado. Es como si necesitara desesperadamente sentirme a salvo después de esta infructuosa primera sesión con Nicholas.

No puedo explicarlo, me digo a mí misma que es absurdo. Nicholas está encerrado y no puede hacerme ningún daño. Además, aunque se saliera con la suya y lo soltaran, no creo que me atacara. Es demasiado listo y sabe lo que le conviene.

No, lo que me pasa es que empiezo a estar delirante por la falta de alimento. A duras penas he podido probar bocado en todo el día, pues tenía el estómago cerrado por los nervios. Debe de ser por eso que me siento tan exhausta.

Opto por pedir algo a domicilio, ya que el día ya ha sido lo bastante extenuante como para, encima, tener que ponerme a cocinar y me preparo un baño caliente calculando los minutos que va a tardar el repartidor. Me da tiempo de sobra.

Tarareo y lleno la bañera, echando las sales aromáticas y acariciando con mimo a Cyrus, con quien me topo en el pasillo. Me dedica un maullido desabrido y se limita a seguir a lo suyo. Sé que es algo arisco, pero daría la vida por él y no estoy exagerando. Es lo único que me queda.

Me quito la ropa y entro en el agua templada, intentando despejar mi mente y relajarme durante unos minutos, aunque sea. Dios sabe que lo necesito después del día de mierda que he tenido.

Sin embargo, mis esfuerzos resultan infructuosos. Todo lo que veo al cerrar los ojos son esas pupilas grisáceas, ese pelo negro sedoso y ese cuerpo que podría ser la perdición de cualquier mujer. Me maldigo a mí misma por pensar así de un asesino en serie condenado a muerte, pero por más que lucho contra ello no puedo evitarlo.

«¿La pongo nerviosa? ¿O la incomodo?».

«Lo estaré deseando, doctora».

*«Quid pro quo,* doctora Lowell».

Las palabras de Nicholas se repiten una y otra vez en mi cabeza, atormentándome en el único momento del día que está destinado a proporcionarme un poco de paz: mi baño de espuma relajante.

Eso hace que me rebele. Se acabó, me niego.

Tengo límites y reglas y la más importante es que jamás tengo que llevarme el trabajo a casa. Lo que pasa en mi consulta –y a partir de ahora en esa celda umbría– se queda allí, pero de ningún modo pienso permitir que dé al traste con la estabilidad de mi rutina casera.

Sé de buena tinta que muchos colegas han cometido ese error; el de obsesionarse con un caso y ese ha sido el fin de su carrera al no ser capaces de desconectar, desencadenando todo ello en crisis de ansiedad y depresión severa, incluso algo peor…como el suicidio. Yo no pienso dejar que me suceda lo mismo.

Tras recrearme un poco más, salgo, me visto con uno de mis pijamas más cómodos y una bata de seda y voy a la cocina a servirme un vaso de agua.

Apenas me he bebido un sorbo cuando llaman al timbre, señal inequívoca de que ha llegado mi comida. Y justo a tiempo, porque empezaba a estar francamente hambrienta.

Abro la puerta y tras los saludos de rigor, le pago al hombre, que se marcha deseándome buen provecho. Sirvo en un plato la ración de

patatas y pollo frito y empiezo a devorarla.

Como en silencio, disfrutando de mi comida basura,  que es un lujo que en muy contadas ocasiones me permito.

Cuando termino, me pongo a fregar los platos mientras escucho un podcast sobre los crímenes sin resolver más sonados de los Estados Unidos. Estoy enganchada, escuchar sobre casos así me relaja, por alguna extraña razón que desconozco.

Me estoy secando las manos, cuando recibo una llamada entrante. Resoplo con fastidio, pauso el podcast y descuelgo por si se trata de algo importante.

—¿Diga? —inquiero, intrigada al ver que se trata de un número que no tengo agregado.

Lo primero que se me pasa por la cabeza es que debe de tratarse de alguna compañía de seguros, o algún vendedor con ganas de dar la lata. Llaman al menos una vez por semana y ya estoy harta de rechazarlos educadamente, pero tampoco tengo nada mejor que hacer, así que…

No obstante, empiezo a inquietarme al oír una respiración pesada del otro lado del auricular.

—¿Sí? ¿Quién es? — insisto.

De nuevo, silencio como respuesta y esa respiración laboriosa e inquietante que empieza a ponerme los pelos de punta.

Permanezco así un minuto por si hay algún fallo del otro lado de la línea y, como quienquiera que sea sigue sin hablar, decido que no merece la pena seguir perdiendo el tiempo con un perturbado y cuelgo.

Media hora después, mientras veo un programa de cocina en la tele, el corazón todavía me late a toda velocidad por el mal sabor de boca que esa siniestra llamada me ha dejado.

Por desgracia , no tengo manera de saber quién era. Si se trataba de una simple broma pesada…o de algo más.

# CAPÍTULO 6

**FAITH**

Anoche hice mis deberes.

Me pasé más de dos horas recopilando toda la información disponible sobre Nicholas y haciendo anotaciones y esquemas de su personalidad. Incluso reproduje por escrito nuestra conversación de ayer sin que se me escapara ni un detalle.

He pensado en grabar nuestras sesiones para facilitarme el trabajo y tengo la esperanza de que hoy todo vaya mejor. Lo que sí que sé es que no pienso tirar la toalla, mi orgullo y mi dignidad como profesional jamás me lo permitiría.

Eso sí, tengo que conseguir disuadirlo de esas absurdas exigencias imposibles que me ha pedido, porque por mucho que usara mis encantos para interceder con el alcaide en su nombre, dudo que tuviera éxito.

Cuando llego a la penitenciaría son las once de la mañana y me abruma el silencio sobrecogedor que se respira en cuanto se cierran las rejas a cal y canto, poniendo un muro entre este armazón de metal y el exterior. El contraste es demoledor.

Sin embargo, he de decir que prefiero el silencio a los gritos obscenos y soeces que me dedican algunos de los presos en mi camino hacia la celda de Nicholas. Ni siquiera la presencia de los guardias escoltándome los disuade. Me pregunto cuánto tiempo llevarán aquí encerrados, por qué delitos están pagando y cuánto hará que no tendrán contacto con el sexo femenino.

No soy tan ingenua, sé que algunos hacen acuerdos con las trabajadoras a cambio de favores sexuales, pero son la minoría. Me

pregunto qué tipo de cosas sórdidas habrán visto estas paredes. Casi que mejor no saberlo.

Se repite el mismo procedimiento de ayer y cuando la celda se abre, uno de los guardias me pide que espere un momento mientras lo revisa todo para asegurarse de que no haya complicaciones. Sus palabras, no las mías.

Al poco, me dan vía libre y me abro paso con mi traje de firma -esta vez color burdeos- y mi coleta alta ondeando al viento al ritmo de mis Loboutin.

Encuentro a Nicholas menos locuaz esta mañana; más taciturno y abstraído. Me da los buenos días con esa sonrisa ladeada típica suya y continúa leyendo el desgastado volumen de *El conde de Montecristo* que sostiene entre las manos. A duras penas puede pasar las páginas con las esposas, pero se las ingenia bien.

Me aclaro la garganta y en vista de su talante reservado decido escoger un tema diplomático para empezar la sesión: su historial académico.

Lo he estado revisando concienzudamente y a pesar de que ya estaba al tanto de su brillante coeficiente intelectual, lo cierto es que me dejó bastante impresionada. Es realmente una mente maestra, lástima que haya desperdiciado ese talento asesinando de forma tan brutal a tantas personas en lugar de aprovecharlo para hacer el bien.

A mí siempre me costó estudiar. Vengo de una familia de bajos recursos; madre que murió al darme a luz, un padre pastor de una pequeña y cerrada comunidad católica que siempre fue severo e inflexible conmigo… si logré terminar la carrera fue gracias a las becas que me gané a base de esfuerzo y debido a mi cabezonería. Tenía empeño, tesón y unas inmensas ganas de largarme adonde nadie me conociera. Supongo que eso hizo el resto.

Sin embargo, lo suyo es innato.

A los veintiún años, Nicholas ya se había graduado con honores en la carrera de Arquitectura y tan solo un año después terminaría otra de Ingeniería Mecánica. No contento con eso, al terminar la universidad decidió utilizar los recursos económicos de su familia para abrir un taller de ebanistería, en el que estuvo trabajando hasta el día anterior a su busca y captura.

A partir de ahí, lo que hizo en aquel año entero como uno de los fugitivos más buscados y peligrosos a nivel mundial, resulta un completo misterio aun a día de hoy.

Me siento tentada de tocar el tema, pues a duras penas puedo reprimir mi curiosidad, pero soy consciente de que tengo que andarme con pies de plomo. Primero debo tantearlo.

Tomo asiento en la silla frente a él y le dedico una sonrisa destinada a hacer que baje sus defensas.

Él no me la devuelve, pero levanta la vista con interés y deposita el libro sobre la mesa con cuidado. Acto seguido, inclina la cabeza como gesto de deferencia y se remueve para buscar un lugar más cómodo en el catre, que produce un chirrido desagradable, a hierro oxidado.

No puedo evitar fijarme, de nuevo, en cómo se ve obligado a encoger sus largas piernas, fuertes y ejercitadas bajo ese mono negro – al igual que sus brazos fibrosos – y en lo escasa que es la cama, que apenas logra cubrir su majestuosa envergadura.

Es esta imagen la que me hace asociarlo más que nunca a un animal enjaulado. Y si no hubiera sabido el motivo por el que está aquí encerrado, hasta habría sentido un ápice de pena por las condiciones en las que se encuentra. Ni siquiera le liberan las manos para comer, sino que una enfermera se encarga de alimentarlo cada día. No puedo ni imaginarme lo que debe de ser eso.

Empezamos a charlar sobre Literatura, pues decido enfocar la conversación sobre eso para empezar y no me sorprende descubrir que Nicholas ha leído casi todos los libros que se encuentran en la

escasa colección de la biblioteca, que apenas recibe ya donaciones ni novedades. Andan faltos de fondos. Le pido permiso para grabar la sesión y accede sin poder impedimentos, con gélida indiferencia.

Es un hombre culto y muy versado, escribo en mi cuaderno. Él me observa con interés, pero no dice nada.

—¿Qué es lo que más echas de menos de tu libertad? —le pregunto, cambiando de tema sutilmente para ir entrando poco a poco en materia.

Apenas se lo piensa antes de responder, con tono desapasionado.

—Mi trabajo, soy un hombre muy disciplinado y aquí no tengo nada que hacer, salvo leer.

Permanece impertérrito ante mi gesto atónito y no puedo evitar indagar. Me resulta muy extraño que eso sea todo.

—¿Y nada más? ¿No anhelas sentir la luz del sol en tu rostro mientras paseas por la calle o disfrutar de una cena completa en un buen restaurante? —aventuro, esperando una respuesta positiva. Hasta los peores criminales con los que he trabajado me acabaron confesando que echaban de menos sentir el calor bañando su rostro, por amor a Dios, ¿de qué está hecho este hombre?

—Ah, esos placeres tan mundanos. Tal vez te parezca un bicho raro, pero creo que están sobrevalorados. Todo es cuestión de disciplina, doctora.

Su respuesta es tan desconcertante que me estimula a indagar más. A estas alturas tengo clarísimo que me lo va a poner muy, muy complicado y la parte de mí que disfruta con los retos está encantada.

—Veo que eres un hombre que practica el estoicismo —comento, en tono neutral.

—Bueno, no es mi filosofía favorita, pero sí.

La ambigüedad en sus palabras no deja traslucir mucho y decido que ha llegado la hora de ser más concreta.

—Háblame de tu trabajo, entonces—le pido, rompiendo por fin el silencio cáustico que se ha instalado entre ambos. Nicholas no deja de escrutarme ni un segundo con esos ojos de hielo que me atraviesan hasta el tuétano. — ¿Por qué lo escogiste, de entre todas las cosas a las que podías haberte dedicado, si tenemos en cuenta tu brillante historial académico?

Si a Nicholas le sorprende la pregunta, desde luego no lo demuestra. Pero no me sorprende, porque en las dos sesiones que llevamos no lo he visto mostrar ni una sola emoción, lo cual coincide con la evaluación del profesional que lo examinó antes de su ingreso en prisión, a la que he tenido acceso, por supuesto.

—No lo sé. La verdad es que es algo que siempre me ha gustado… moldear cosas, construir, reparar, ya sabe —suspira con cierta nostalgia antes de continuar. Me percato de la leve dilatación en sus pupilas y tomo nota de ello. Rememorar sus fechorías le produce una satisfacción macabra. Lo echa de menos. —Hay cierta satisfacción en crear algo de cero con tus propias manos, ¿no le parece, doctora? Claro que es una lástima que los objetos no tengan vida, pero las personas…—Deja la frase en el aire, su expresión de deleite resulta casi enfermiza y sus ojos consiguen darme escalofríos.

Lucho por encerrar en un cajón la aprensión que me ha provocado su respuesta y me recompongo. Es el momento de volver a abordar el tema si quiero conseguir las respuestas que necesito.

—¿Quieres decir que te gusta moldear a las personas como si fueran figuras de arcilla, Nicholas? ¿Por eso colocaste así los cadáveres?

Estoy orgullosa del temple con el que me ha salido la pregunta, dado el cariz monstruoso de sus implicaciones. Es como si estuviera viendo las imágenes de todas las chicas a las que asesinó, cómo las mutiló y recompuso después como piezas de arcilla. Las tengo grabadas a fuego en mis retinas. Es…demencial.

Del pecho de Nicholas brota una risa ronca y genuina que me deja descolocada. Apunto esa reacción en mi cuaderno para el informe que tendré que redactar en condiciones al llegar a casa.

Insensibilidad.

Soberbia.

Tengo que documentar a conciencia hasta el más insignificante de los gestos y comentarios que haga, cualquier cosa que arroje un poco de luz a mis pesquisas.

—No es eso lo que he dicho, Faith. A veces estamos tan obcecados en obtener respuestas que ignoramos lo que tenemos delante. Es irónico.

Su enigmática respuesta me hace fruncir el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquiero, confusa.

—El hombre nunca es sincero cuando interpreta su propio personaje. Dale una máscara y te dirá toda la verdad —cita.

Chasqueo la lengua en señal de irritación al reconocerla.

—¿Qué tal si pruebas ahora con tus propias palabras, en lugar de las de Oscar Wilde? —espeto, cruzándome de brazos. Ya empiezo a entender adónde quiere ir a parar.

Nicholas insinúa que está interpretando un personaje conmigo, pero, ¿por qué motivo? Necesito hallar la respuesta a toda costa, esto se está empezando a convertir en una cuestión personal, como tanto temía.

Sin darme cuenta, estoy cruzando esa línea que con tanto esmero he trazado desde que empecé a ejercer.

—Sabía que una mujer como usted tendría buen gusto, doctora. Solo intento meterme en el personaje, ese que usted empieza a recrear a toda velocidad en sus fantasías cada noche cuando se mete en la cama — susurra de pronto, en un tono lascivo que me eriza el vello de la nuca. Y es que su voz ha adoptado un matiz

perverso y erótico que me hace sentir atacada y, en lo más recóndito de mi interior, avergonzada.

Parpadeo, desconcertada. ¿Acaso soy tan obvia? No lo creo. De ser así, me sentiría decepcionada conmigo misma.

—¿Qué locuras estás diciendo? —le recrimino. De nuevo, los papeles se están invirtiendo con una facilidad pasmosa, siento que el control se me escapa de entre los dedos y Nicholas ni siquiera ha tenido que esforzarse para darme este golpe bajo, lo cual me cabrea sobremanera.

No pienso dejar que las cosas se queden así.

—Puede llamarlo locura si quiere, yo prefiero hablar de pulsión. Y no tiene nada de malo, Faith. ¿Por qué cree que la gente mata?

Parpadeo ante el brusco cambio de tema.

—¿A qué viene esa pregunta?

Nicholas se encoge de hombros, indolente.

—Simplemente tengo curiosidad. Deme el gusto de escuchar sus disertaciones —insiste, mostrando los colmillos, blancos y ligeramente afilados.

—La gente mata por muchas razones, pero ya que esto no es una clase de psicología y puestos a simplificar…podríamos decir vulgarmente que todo suele reducirse a los tres grandes motivos clásicos: venganza, amor y odio —resumo y al ver que sonríe, intento retomar el hilo de la conversación original. —¿Alguna de estas razones te hace sentir aludido?

Él deja escapar un suspiro teatral, cargado de mofa.

—Ah, el amor. Esa poderosa fuerza que impulsa el mundo. Hay quien diría que los mayores sacrificios y también los mayores crímenes, se cometen por amor.

Reprimo el impulso de poner los ojos en blanco.

—No me has contestado, Nicholas — le reprocho. Puedo intuir que la respuesta es negativa, no obstante necesito que lo verbalice o no valdrá de nada en un juicio. Estoy segura de que él lo sabe y se está divirtiendo de lo lindo a mi costa, porque no me ha dado nada de utilidad todavía.

Es muy cuidadoso con sus respuestas.

—No, no lo he hecho. Porque usted ya sabe la respuesta — contraataca y aprieto los labios. Empieza a agotarme la paciencia tanto laconismo.

—No importa lo que yo sepa, tienes que responder — le explico—. Debes seguir las reglas de las sesiones, porque de lo contrario no podré…

—Por supuesto, las reglas —me interrumpe. —Qué sería de nosotros sin ellas, ¿alguna vez se lo ha preguntado? Resulta muy liberador romperlas, Faith. Casi tan excitante como imaginar qué se sentiría mordiendo y acariciando esa piel blanca salpicada de pecas. Joder, me daría un festín — suelta, deleitándose con el rubor que se dibuja en mis mejillas de forma involuntaria ante el comentario tan fuera lugar como obsceno.

—Por Dios…hoy estás imposible, Nicholas —resoplo, dándome por vencida. Ha sido más que suficiente por un día—. Seguiremos el lunes.

—Pasar todo un fin de semana sin verla…casi preferiría una lobotomía —replica, dejándome de piedra por la seriedad de su expresión. Es evidente que no bromea, pero sin duda está exagerando. Es la segunda vez que nos vemos, por amor a Dios.

—No digas tonterías — espeto, poniendo los ojos en blanco al darle la espalda. Pero ha sonado tan sincero…

Suspiro y me obligo a recordar que el hombre que tengo delante es un experto metiéndose en la cabeza de los demás e imitando las emociones. Estoy segura de que ni siquiera las tiene. Es un sociópata clínicamente diagnosticado.

Me doy la vuelta, dispuesta a marcharme sin despedirme siquiera, pero su voz resuena tras mi espalda, provocando que me detenga.

—Todavía no ha cumplido nuestro trato.

Y con eso me hace saber de forma indirecta que no piensa cooperar hasta que lo haga. El muy cabrón es astuto…

Tomo una honda bocanada de aire y me giro a medias para darle una réplica cortante antes de abandonar esta celda infernal.

—Sigo en ello, pero si no veo un cambio de actitud por tu parte me temo que no te saldrás con la tuya. Tú eres quien más tiene que perder aquí.

Su risa sarcástica me acompaña durante todo el camino hasta la salida.

Menos mal que tengo el fin de semana para desconectar o a este paso me acabaré volviendo loca por su culpa.

# CAPÍTULO 7

**FAITH**

He tenido un imprevisto que me ha obligado a entrar a los baños de la prisión, lo cual -si bien están más limpios de lo que esperaba, gracias a Dios- me hace sentir incómoda. Maldita regla, estoy deseando llegar a casa y poder ponerme el pijama para tirarme en la cama a ignorar el resto de mis obligaciones durante buena parte del día.

Estoy terminando de hacer mis necesidades cuando escucho cómo alguien tira de la cadena y dejo escapar un hondo suspiro porque sip, son mixtos, lo cual es todavía más incómodo.

Estoy a punto de salir de mi cubículo cuando oigo la voz del hombre que tengo al lado, quien descubro que es un guardia. Lo sé por las quejas que empieza a proferir a un volumen elevado a través de su intercomunicador.

—¿Qué estás diciendo? ¿Ya está esa maldita bestia dando problemas otra vez? Está bien, voy para allá joder, no puede uno ni mear tranquilo…—espeta, de malos modos y en cuanto corta la conexión sigue despotricando.

Capto palabras inconexas como "puto psicópata" y "módulo tres", que no son gran cosa pero me bastan para atar cabos. Mi sexto sentido me dice que se trata de Nicholas, no sé lo que ha podido pasar pero me juego el cuello a que él está involucrado.

En cuanto oigo cómo la puerta del baño se cierra, me apresuro a adecentarme y, tras lavarme las manos, salgo tras él con la intención de seguirlo y averiguar qué está pasando y sobre todo si estoy en lo cierto.

En realidad no sé por qué lo hago, pues mi horario laboral ha terminado y yo debería estar ya de camino a casa. A fin de cuentas, ¿qué me importa a mí si Nicholas causa un desastre o no?

Mientras vuelvo sobre mis pasos, me digo a mí misma que se trata de un mero interés profesional. Si el paciente experimenta cambios bruscos en su conducta, como su terapeuta yo tengo que estar al tanto, así que no tiene nada de malo que vaya a echar un vistazo.

No obstante, hay una parte de mí -la más oscura- que siente curiosidad por motivos meramente morbosos que nada tienen que ver con mi ética como paciente. Y es que hay algo en mi interior que ansía ver al escultor de Pensilvania fuera de control, aunque sea estando encerrado. Es un sentimiento perturbador y desde luego muy cuestionable, pero no puedo evitarlo. Sin embargo, lo disimulo a conciencia.

Me mantengo tras los pasos del fornido guardia, siguiéndolo a una prudente distancia durante todo el camino hasta el módulo tres. Él parece tan enfurruñado que ni siquiera se percata de mi presencia, o si lo hace desde luego no le da mucha importancia.

Apenas llego a la planta percibo un gran escándalo en el pasillo. Hay muchos guardias delante de la habitación de Nicholas, todos ellos rodeando a una enfermera rubia y delgada que está llorando y parece bastante afectada.

Me pongo tensa y avanzo unos pasos. Parece que se trata de algo serio.

—¿Seguro que no te ha agredido físicamente, Mel? No tienes que mentir para proteger a esa escoria —le dice uno de ellos, tendiéndole un pañuelo para que se seque las lágrimas.

Ella lo toma y, entre sollozos e hipidos, niega con la cabeza.

—No, no me ha puesto una mano encima, pero ni falta que ha hecho. ¡No pienso seguir con esto! Yo…¡no puedo! —exclama y antes de que ninguno de los presentes pueda alegar nada más, se aleja a grandes zancadas.

Como sigue teniendo los ojos arrasados de lágrimas, no ve bien y se acaba estrellando conmigo. La sostengo por los hombros para estabilizarla y evitar de paso que acabemos cayendo las dos al suelo.

—Disculpa, ¿estás bien? —inquiero, aunque es evidente que no. Ella me ignora y responde con otra pregunta.

—¿Eres su terapeuta? —Apenas me da tiempo a asentir con la cabeza cuando resopla y deja escapar una risa sin humor. —Pues créeme, no me gustaría estar en tu pellejo, chica. Yo pienso renunciar ahora mismo y tú deberías hacer lo mismo —sentencia, zafándose de mi agarre y alejándose a paso rápido ante la atenta mirada de todos.

—¿Por qué lo dices? ¡Espera! —La llamo, pero ya se ha marchado, dejándome peor de lo que estaba. Con un resoplido, me acerco a los guardias para ver si puedo obtener un poco de información. Lo que está claro a estas alturas es que no pienso dejar las cosas así.

—Perdón, ¿puedo saber qué ocurre? ¿Hay algún problema con mi paciente?

—Así es, al parecer no quiere comer y ha montado una buena rabieta para asustar a la enfermera que se encarga de atenderlo siempre. Nunca se había puesto así por algo tan absurdo. Y, como ve, la pobre ha quedado tan traumatizada que ha renunciado —me explica uno de ellos, mientras los demás cuchichean en voz baja.

—Entiendo…y lamento oír eso —empiezo a decir y de repente una idea toma forma en mi mente. Sin pensarlo demasiado, porque sé que de hacerlo acabaré por echarme atrás, prosigo: —Me gustaría intentarlo. Tal vez a mí me haga caso.

La charla cesa de inmediato y todos me miran de hito en hito, como si estuvieran esperando a que sacara la cámara oculta en cualquier momento y gritara "es broma". No lo hago.

Entiendo que no es lo común, pero no veo a qué viene tanta sorpresa. A fin de cuentas, alguien tendrá que alimentarlo, ¿no?

Enarco las cejas y me aclaro la garganta al ver que ninguno se digna a responderme y eso parece hacerlos reaccionar.

—¿Está segura de lo que dice? Es un hombre muy peligroso. Si yo fuera usted, en cuanto terminara la sesión saldría corriendo de aquí —comenta el que parece ser el de mayor rango, a juzgar por su insignia de capitán. Por tanto, lo mejor será tratar con él directamente.

—No se preocupe por mí, estoy acostumbrada a eso y además me gusta mi trabajo. Entonces, ¿me deja probar? —aventuro, imprimiendo a mi tono un toque dulce y acaramelado a propósito con la esperanza de ablandarlo.

—Debe hablarlo primero con el alcaide. Si él acepta, por mí adelante —concluye, encogiéndose de hombros.

Esbozo una sonrisa victoriosa. Dudo que Mike se oponga sabiendo que se trata de mí.

—Muy bien, comunícaselo y dile que yo asumo todas las consecuencias.

Asiente y se aleja unos pasos para hablar con más privacidad. Espero, algo incómoda ante el escrutinio del resto de los guardias y el silencio que se ha impuesto.

Del otro lado de la puerta, no se oye ni siquiera la respiración de Nicholas. Tanta calma resulta desconcertante después de lo sucedido y no sé con lo que me voy a encontrar cuando atraviese el umbral, pero no estoy dispuesta a recular.

El capitán no tarda en reunirse con nosotros y, a juzgar por su gesto, trae buenas noticias. Mantengo cara de póker, a la espera de que hable.

—El alcaide ha dado su visto bueno, puede pasar. Enseguida traerán una nueva bandeja con comida, nosotros estaremos aquí mismo en todo momento, así que si hubiera cualquier problema grite. Ese cabrón sigue restringido.

—Ah…está bien, gracias —intento que no se me note el entusiasmo en la voz.

Me piden que espere mientras abren la celda y comprueban el estado de Nicholas, por si acaso se produce algún incidente más.

Sin embargo, al cabo de pocos minutos, me permiten la entrada. No sin que antes el capitán le haga una última advertencia a un Nicholas que permanece sentado, con la espalda apoyada contra la pared y actitud indolente. Como si nada hubiera pasado.

Hasta donde sé, ya han limpiado el desastre que ha causado.

—Ni una sola tontería más, Westwood, o te mantendremos sin agua ni comida durante tres días. Estaremos fuera, doctora.

Asiento y en cuanto nos dejan a solas tomo asiento frente a él, sin arredrarme ante su descarado escrutinio, al que ya empiezo a acostumbrarme.

—Dos veces en un día, Faith, qué sorpresa. Supongo que hoy es mi día de suerte —arrastra las palabras con ese tono despreocupado y sensual que me hace poner los ojos en blanco.

Por un lado, me conviene que piense que también deseo pasar más tiempo con él para reforzar la confianza, así que le sigo el juego pero solo hasta cierto punto.

—Bueno, no me has dejado muchas opciones con el berrinche que has montado. ¿Puedo saber qué te ha hecho la pobre enfermera para desatar tu temperamento?

—No me ha dado los buenos días, ¿puedes creerlo? Tal vez quiera a alguien más…refrescante —remarca, con una media sonrisa lobuna.

Suspiro ante lo absurdo de sus palabras y si no fuera porque no tenía modo de saber que no me había ido todavía juraría que ha montado todo este numerito a propósito solo para que yo viniera.

—Lo tomo como un cumplido entonces. Dime, ¿no te basta con la sesión que hemos tenido? Porque podemos continuar charlando, por

mí no hay problema —le propongo, cruzando las piernas para ponerme más cómoda. Él me recorre con la mirada en todo momento como un depredador midiendo a su presa.

Ya entiendo por qué ha renunciado la pobre enfermera.

—¿No te espera nadie en casa? ¿Algún novio…o esposo? ¿Una mascota, tal vez?

De nuevo, su aguda pregunta me toma por sorpresa. ¿Para qué diablos quiere saber eso?

Valoro hasta qué punto debo darle algo de información sobre mí y me contento con la respuesta más vaga posible.

—Un gato. Ahora será mejor que empieces a comer o se volverá a enfriar —le indico, pero al ver que no se mueve ni hace el menor gesto, suspiro y me encamino con movimientos lentos y calculados hacia la nueva bandeja que le han dejado en un rincón y que sigue sin tocar. —Abre la boca —lo insto.

Enarca las cejas y deja escapar una risa baja y gutural que me hace tensarme…pero por los motivos equivocados. Y eso no es nada en comparación con lo que sale por su boca.

—Vaya, qué directa. Pensé que de los dos yo sería el primero en pedirte eso.

Nos quedamos un buen rato mirándonos a los ojos, midiéndonos, en una guerra silenciosa de la que no pienso salir perdedora.

—Nicholas, si sigues por ese camino me iré y no me importará que te quedes sin comer —le advierto y me siento como si estuviera regañando a un niño travieso…aunque no haya nada de infantil en él.

—Está bien, no se ponga a la defensiva, doctora —replica, levantando al aire las manos esposadas en ademán burlón.

Hago caso omiso y lo tomo como una señal de que se va a portar bien. Así que me apoyo la bandeja entre las piernas y me echo el

pelo hacia atrás, acercando levemente la silla para estar lo bastante cerca de él como para que alcance a comer, pero no demasiado por si acaso. Por más amable que se haya mostrado hasta el momento, no me fío de él. Estaría loca si lo hiciera. Es impredecible.

—¿Un poco de agua? —le ofrezco.

—Acércate un poco más. —Se echa a reír al ver lo poco dispuesta que estoy a complacerlo y ladea la cabeza. —Tranquila, no voy a morderte.

Ya, claro, y voy yo y me lo creo.

—Bueno, he leído que en tu primera semana aquí le seccionaste la yugular de un mordisco a otro preso, así que entenderás que tenga mis precauciones —espeto, para que no piense que soy ninguna estúpida.

—Es cierto, casi lo había olvidado. —Lo admite como si nada y niego con la cabeza. Realmente queda claro que no siente remordimiento alguno por nada. Sus ojos me desnudan, abriéndose paso hasta mi alma con esa mirada analítica que me pone los pelos de punta. —¿Y tú me tienes miedo, Faith? ¿Crees que podría hacerte daño? Ahora, por ejemplo.

La insinuación se queda flotando en el aire como un desafío y yo recojo el guante que me lanza.

—Creo que si quisieras hacerme daño ya lo habrías hecho, has tenido ocasiones de sobra durante nuestras sesiones.

Para probar mi punto, lo complazco y me acerco todavía más, hasta que el espacio personal entre ambos se vuelve casi inexistente y puedo sentir su respiración caliente impactando contra mi rostro.

Espero no tener que arrepentirme de mi temeridad, pero con todo el cuajo que logro reunir, lleno una cucharada de sopa y se la ofrezco. Él, obediente, abre la boca y se la traga.

—Eres una mujer muy inteligente —me halaga, haciendo alusión así a mis palabras y corroborando lo que digo. No está en sus planes

hacerme daño, al menos de momento.

Sigo dándole de comer pacientemente y él se toma su tiempo -más del necesario- con cada cucharada. Sus iris permanecen clavados en los míos en todo momento y, por más que me perturba, finjo que me es indiferente.

Hasta que al final, cuando ya le queda poco, no puedo aguantarlo más y dejo que mi curiosidad salga a flote. Apenas hemos podido indagar en sus crímenes y empiezo a cansarme de sus evasivas. No me ha dado nada todavía, joder.

—¿Por qué las mataste, Nicholas? ¿A todas esas mujeres? Se lo pregunto directamente, sin parpadear.

Y espero una respuesta que no llega.

Pretende seguir comiendo como si nada y llevada por la frustración aparto la cuchara bruscamente. No voy a dejarlo pasar.

Él suspira con dramatismo y se sale por la tangente.

—Vaya, no me han traído postre.

Me armo de paciencia para no echarle por encima los escasos restos de la sopa y aparto el plato a un lado. Sé que lo que estoy a punto de hacer es muy arriesgado, demasiado, pero no me importa si con ello obtengo lo que quiero.

Le pongo una mano en el muslo y empleo mi tono más sedoso.

—Me gustaría que pudieras responder a mi pregunta. Quiero entenderte, ¿sabes? Establecer un puente.

Y estoy siendo sincera.

No sé si es porque se percata de ello o si se debe a su propia necesidad de compartir los macabros detalles, pero acaba cediendo y me dice lo que quiero saber.

—Muy bien, para que veas que quiero cooperar te lo diré. Lo hice porque…todas ellas tenían algo que me atraía, pero estaban

defectuosas —confiesa, con absoluta frialdad. Su expresión carece de toda emoción, como si estuviera hablando de simples muñecas rotas y no de mujeres de carne y hueso.

—¿A qué te refieres? —indago, para sonsacarle un poco más.

No podría olvidar la gelidez que ha adoptado para confesar la motivación tras sus crímenes ni aunque quisiera.

—Las observé durante un tiempo, algunas veces fueron días, otras semanas y con la que más tardé, un mes.

Permanezco en silencio, haciéndole ver que lo escucho…que me esfuerzo por entenderlo cuando en realidad me horroriza. Aunque no tanto como debería, pues la intriga sigue ahí…esa desesperada necesidad de entrar dentro de su cabeza, pese a que lo que guarda en su interior podría acabar conmigo. Estoy dispuesta a asumir ese riesgo.

—Sentía que necesitaba arreglarlas, hacer algo para que fueran *eternas.* Matar es una pulsión que me nace por instinto, pero esto… no incluyo en mi colección a cualquiera, doctora, solo a aquellas dignas de ser inmortales. Eran mis musas, ¿sabes? Y ya no puedo contemplarlas.

Ahí está. Es muy leve, pero percibo en su tono un leve deje de frustración y anhelo que resulta de lo más llamativo. Echa de menos matar, es algo inherente a su naturaleza, algo que lleva en la sangre. Como ha dicho, es una pulsación entretejida en su ADN. Me resulta tan repulsivo como fascinante, lo cual es una contradicción enorme que me avergüenza.

Carraspeo para recomponerme, porque él sigue buceando en mi interior con esas pupilas de hielo y me da miedo que pueda llegar hasta esos pensamientos y usarlos en mi contra.

Podría dejarlo estar y cambiar de tema, pero queda un interrogante más…uno al que llevo dándole vueltas desde el primer día y que necesito soltar.

—Entiendo tus motivaciones. Y cuando te fugaste… ¿no encontraste a ninguna nueva musa para moldear? —Me asquea usar su misma terminología, pero tengo que hacerlo si quiero que esto funcione. —Porque estuviste en busca y captura durante un año.

Tiempo más que suficiente para cometer un crimen y ocultarlo como un profesional. Sigue sin tener sentido para mí que lo atraparan, pero ese es un punto al que llegaremos más adelante.

—Lo hice, sí —admite.

La parquedad de su respuesta, en cambio, no me satisface. Necesito más. Mucho más, joder.

—¿Y qué pasó? ¿La…la mataste?

No puedo evitar que mi voz tiemble ligeramente y me maldito por ello.

No sé si es a consecuencia de ello o debido a sus propias reservas, pero el aire confidencial que hemos adquirido se rompe de súbito y Nicholas despliega sus defensas de nuevo.

—Es suficiente por hoy. Deberías volver a casa, Faith.

Hay una amenaza velada en su tono que disuade la réplica que tenía en la punta de la lengua. Su expresión se ha vuelto más oscura, más adusta y hermética, y aunque es lo último que quiero hacer, cedo.

—De acuerdo, no quiero presionarte. Seguiremos mañana.

Es una lástima, ahora que empezábamos a profundizar por fin…

Al ver que Nicholas no añade nada más, pongo distancia entre ambos y me levanto para marcharme.

Siento su mirada clavada en mi nuca a cada paso que doy y cuando estoy a punto de llegar a la puerta de la celda y ya he alzado la mano para llamar, su voz resuena entre estas cuatro paredes.

—Doctora —me giro a medias ante su llamada, con gesto interrogante. Él se humedece los labios y con tono pausado, añade:

—que tenga dulces sueños.

Parece una despedida amable, pero yo capto lo que hay detrás. Ese tono insinuante y malicioso…no hay duda, sabe que va a ser el protagonista de ellos.

No si yo puedo evitarlo.

# CAPÍTULO 8

**FAITH**

Antes de marcharme, se me ocurre aprovechar el favor que me ha hecho Mike y decido pasarme por su despacho con el pretexto de agradecérselo. De ese modo, mataré dos pájaros de un tiro y abordaré la petición de Nicholas. A la vista está que no tiene intención de cooperar a menos que acepte sus condiciones y no pienso quedarme de brazos cruzados al respecto.

No puedo permitirme el lujo de quedar como una incompetente que no es capaz de cumplir con el trabajo que se le ha encomendado, así que estoy dispuesta a emplear mis mejores armas de seducción con Mike a fin de conseguir mi objetivo.

Además, él mismo me invitó a tomar un café cuando quisiera desconectar después del trabajo. Pues bien, ha llegado el momento de aceptar su oferta.

—Buenos días, me gustaría hablar con el alcaide Stevenson si no está ocupado —le digo a su secretaria nada más llegar, a lo que esta me devuelve una sonrisa cordial.

—Buenos días, enseguida lo aviso. Espere un momento, por favor —me indica amablemente. Le doy las gracias y espero mientras se comunica con él a través del telefonillo de la entrada—. Alcaide Stevenson, buenos días, está aquí la doctora Lowell y pide hablar con usted. ¿Le digo que espere o…? — Y casi de inmediato, añade —: Por supuesto, enseguida.

—El alcaide la espera en su despacho, puede pasar —corrobora lo que ya sospechaba y yo me limito a asentir, dedicándole una breve pero sincera sonrisa antes de seguir sus instrucciones.

Llamo a la puerta, por educación, pues no me parece adecuado irrumpir sin previo aviso.

La voz del alcaide resuena casi de inmediato desde el interior. Casi puedo imaginarlo acicalándose la camisa y arreglándose el cabello rubicundo, con una emoción pueril que resulta adorable, he de admitir.

—Adelante, Faith. Qué agradable sorpresa —asegura, mostrándome una sonrisa de dientes blanquísimos. Apuesto a que en el instituto fue el capitán del equipo de fútbol que llevaba locas a todas las chicas.

Con una elegante inclinación de cabeza, me adentro en la estancia y tomo asiento con gracilidad en la silla vacía que él ha señalado, justo frente a la suya.

—Gracias, alcaide. He venido a verle porque…—me interrumpe de inmediato, sacando pecho.

—Llámame Mike, por favor. Solo tengo cuarenta, no soy tan viejo.

Ambos nos reímos y la incomodidad se disipa. Todo está yendo según lo planeado, perfecto.

—Está bien, Mike. Me preguntaba si seguía en pie lo de tomar ese café, me gustaría hablar contigo fuera de estas cuatro paredes, si no te importa —propongo, fingiendo estar apenada por mi atrevimiento. No he podido analizarlo mucho, pero parece un hombre que goza de darse importancia cual héroe que acude al rescate de su doncella.

Lástima que yo siempre haya preferido a los villanos del cuento.

No sé de dónde demonios sale el pensamiento, pero me apresuro a reprimirlo. No es el momento de sumirme en mis divagaciones.

Él me dedica una sonrisa comprensiva antes de asentir y me percato del evidente esfuerzo que está haciendo para disimular su emoción.

—Por supuesto que sí, entiendo que puedas sentirte abrumada por este lugar —accede, todo empatía y sonrisas cordiales. —Conozco

una cafetería bastante buena cerca de aquí, en el pueblo, si quieres podemos ir…

—Me encantaría —acepto antes de que pueda terminar la frase y me muerdo el labio inferior para enmascarar una sonrisa al ver cómo se ruboriza hasta las orejas.

Se atusa la barba rubicunda y me franquea el paso, abriendo la puerta para mí. La sonrisa le ocupa toda la cara y me siento mal por estar utilizándolo en parte para conseguir mis propósitos. Sin embargo, no tengo alternativa si quiero conservar mi puesto. Además, tampoco estoy siendo del todo farsante porque su compañía me es grata, aunque no lo veo del mismo modo que él a mí.

—Martha, si alguien pregunta por mí que sepan que me tomaré el resto de la tarde libre —Mike avisa a su secretaria, que se apresura a asentir, sin quitarnos ojo. Apuesto a que no tardaremos en convertirnos en la comidilla de la prisión, pues parece una mujer chismosa.

Por lo que he observado, el alcaide no lleva anillo de casado y me da la impresión de que es bastante infrecuente verlo acompañado de una mujer. Un hombre entregado a su trabajo, sin duda.

Pese a no ser mi tipo, tengo que admitir que no es un hombre feo en absoluto.

Tiene una constitución robusta y ancha, su tez presenta un casi permanente tono rojizo, lleva la barba de varios días perfectamente cuidada, a juego con su pelo rubio oscuro y sus ojos son azules como un cielo despejado.

No cabe duda de que posee un atractivo agradable, pero inconscientemente no puedo evitar compararlo con Nicholas y ello hace que me odie por el pensamiento intrusivo que se abre paso a la fuerza en mi mente…pues, a su lado, ni él ni ningún otro tiene nada que hacer.

Nos ponemos en marcha y lo sigo durante todo el camino hasta abandonar las instalaciones. Ha insistido en que vayamos en su coche y a mí me parece bien, así que me dejo llevar.

**...**

Remuevo mi capuchino con extra de nata con la cucharilla del azúcar mientras escucho a Mike parlotear sobre cómo estuvo a punto de fichar para el equipo de los *Titans* en la universidad de Filadelfia. Me he asegurado de asentir, batir las pestañas y hacer preguntas cada tanto para fingir estar súper interesada e impresionada. Truco que nunca falla para agrandar el ego de un hombre. Es mejor dejarlos hablar hasta que se cansen y entonces aprovechas tu momento.

La oportunidad se me presenta antes de lo esperado y él mismo me allana el camino sin darse cuenta.

—En fin, cambiemos de tema. ¿Qué tal han ido las sesiones? Si Westwood ha dado algún problema, me encargaré enseguida de tomar más medidas disciplinarias para…

—No, no, de verdad, no tienes que preocuparte por eso —intervengo con rapidez. —De hecho, su comportamiento me ha sorprendido para bien.

Mike enarca las cejas, poco convencido. Lo cierto es que no puedo culparlo.

—¿Ah, sí? Disculpa que te sea tan sincero, pero me cuesta creerlo.

—Lo entiendo, pero esa es la verdad y creo que sería beneficioso aprovechar su buena disposición en nuestro favor —recalco, esperando que indague. Y efectivamente, lo hace.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, estoy convencida de que si le proporcionamos un trato un poco más humano terminará de abrirse conmigo y dejará que me meta en su cabeza —apunto, convencida.

—Me temo que no sé si te estoy entendiendo, Faith. ¿Hablas de reducirle las restricciones? —inquiere, anonadado.

Y eso que todavía no se lo he dicho todo…
—En realidad, de quitárselas  por completo —puntualizo y me apresuro a anticiparme a la réplica mordaz que sé que está a punto de soltarme. —Sé lo que vas a decirme, pero te ruego que me dejes explicarme. No voy a estar desprotegida, podemos trasladarnos a alguna sala de visitas, que estén las cámaras activadas y los guardias vigilando desde fuera —repongo, lo más resuelta posible.

Esta es la parte en que tengo que ser más convincente o fracasaré. Y no estoy por la labor. Sé lo que hago, mi instinto nunca se equivoca.

Mike cabecea repetidamente y apura su café de un trago. Su expresión es de pura reticencia y contengo la respiración.

—Sigue siendo demasiado arriesgado. La última vez que se las quitamos, enloqueció por completo.

—Un riesgo que estoy dispuesta a asumir —aseguro al instante. Estoy poniendo toda la carne en el asador y solo espero que mi treta funcione. Decido ir un poco más lejos y tomo la mano de Mike entre las mías para darle un ligero apretón que él, aunque descolocado, me devuelve —, por favor, confía en mí, dame esta oportunidad. Está en juego mi carrera.

—No creo que nadie pudiera reprocharte…

Oh, no tiene ni idea…

—Lo harían, te lo aseguro. En este campo la competencia es feroz, he trabajado toda mi vida por sobresalir y esta es una oportunidad de oro que no puedo desperdiciar. Sé que no tengo derecho a pedirte este favor, pero estoy realmente desesperada —me abro con él en canal, todo lo que he dicho es la pura verdad y solo espero haberlo conmovido lo suficiente como para que al menos lo considere, porque si no…estoy perdida.

—Deja que me tome estos días para pensarlo, ¿de acuerdo? Lo meditaré con calma y ya te diré algo —replica al fin y tengo que contenerme para no lanzarme a sus brazos a causa del alivio que siento.

—Por supuesto. No sabes cuánto te lo agradezco, de verdad. Eres un gran hombre —aseguro, sonriente.

Y eso es todo lo que necesito para saber que mi plan ha funcionado: su respuesta será un sí.

Después de eso, pasamos un rato agradable charlando de cosas triviales y, mientras finjo un interés mayor del que en realidad siento, me tomo un momento para felicitarme en silencio por haber conseguido mi propósito.

Ahora nada impedirá que Nicholas cumpla con su parte del trato y me proporcione por fin las respuestas que necesito.

Saboreando el triunfo de la victoria, me relajo y me permito disfrutar del resto de la tarde.

# CAPÍTULO 9

**FAITH**

Me siento sumamente extraña los fines de semana, ya que no tengo que ir al trabajo y nunca sé qué hacer en mi tiempo libre. Lo sé, soy un bicho raro, pero enfrentarme a la soledad autoimpuesta en la que vivo me resulta insoportable. Al menos, trabajando consigo evadirme y sentirme útil, pero también necesito un respiro y eso es algo que tengo que recordarme a menudo.

A pesar de que podría haber aprovechado para descansar, me levanto tan solo media hora antes de lo habitual y paso buena parte de la mañana limpiando y cocinando. Estar ocupada siempre ayuda.

Así que disfruto de mi comida en la paz del hogar – sin prisas ni ajetreos, para variar – mientras termino de escuchar ese interesante podcast sobre los más célebres asesinos seriales de la historia que dejé a medias el fin de semana pasado.

Desde adolescente, siento un interés que muchos podrían catalogar como malsano por todo lo relacionado con la criminología.

Naturalmente, es algo que me aseguré de mantener en el más estricto de los secretos debido al fanatismo religioso de mi padre.

Por desgracia, a pesar de todas mis precauciones, no conseguí evitar que acabara descubriéndolo eventualmente. Algo que pagué muy caro.

Me estremezco y de forma involuntaria mi mano viaja hasta la parte baja de mi espalda al recordarlo. No importa cuánto haya luchado por dejarlo atrás, el horror de lo que viví acaba acudiendo a mí en los momentos más vulnerables. Tengo cicatrices que dejan constancia de ello.

No tardo en percatarme de que mi ritmo cardíaco ha empezado a intensificarse debido a la avalancha de recuerdos perturbadores que se han adueñado de mi mente  y siento que soy incapaz de respirar. Me ahogo.

Empiezo a boquear como pez fuera del agua al tiempo en que me llevo las manos al pecho, desesperada por inhalar una bocanada de aire que no llega. Mi visión se nubla. Me zumban los oídos y pese a toda la claridad que envuelve la mañana, me encuentro sumida de nuevo en la oscuridad que jamás he conseguido dejar atrás, sin importar la desesperación con que lo haya intentado.

Ahí está; el inicio de otro ataque de pánico que amenaza con anularme. No puedo permitirlo. No dejaré que gane, esta vez no. Me repito una y otra vez que ya no puede hacerme daño.

Me pongo en pie y me tambaleo hasta el dormitorio, como si estuviera borracha, asediada por el infierno de mis recuerdos.

No sé cómo, pero me las arreglo para colocarme en posición fetal sobre la cama y poner la cabeza entre las rodillas para ir cogiendo aire lentamente. Trato de relajarme, pero no ayuda demasiado el hecho de haber empezado a hiperventilar debido a la falta de oxígeno y el pánico que me invade.

Poco a poco y a base de pura fuerza de voluntad, consigo anclarme a la realidad lo suficiente como para ir haciendo los ejercicios de respiración que tantas veces me ha recomendado mi terapeuta y al fin logro que mi respiración se ralentice lo suficiente como para dejar de temer ser víctima de un infarto.

No sé cuánto tiempo permanezco así, simplemente de un momento a otro pierdo la noción de todo cuanto me rodea y me dejo arropar por un sueño intermitente que pronto se torna en pesadilla.

**...**

*Frío.*

*Lo siento calándome los huesos, como una garra invisible y helada que atraviesa mi carne.*

*Parpadeo para intentar sacudirme de encima los restos de un sueño desapacible e inquietante.*

*Me cuesta casi un minuto adaptarme a la penumbra de la estancia y solo entonces comprendo a qué se debe esa sensación de gelidez que he experimentado. Yazco acostada sobre el suelo de una ermita de piedra, en pleno bosque.*

*Confusa y desorientada, me levanto deprisa y me abrazo el cuerpo tembloroso, ataviado tan solo con un camisón blanco de raso que nada tiene que hacer contra la noche inclemente que me envuelve.*

*Escruto los alrededores, buscando desesperada una salida; la oscuridad casi total del ambiente se ve interrumpida de súbito por dos focos que se iluminan desde las alturas de tal forma que me veo obligada a llevarme las manos a los ojos para protegerme de su potente haz cegador.*

*Acorralada y asustada cual animal herido, me doy cuenta de que la única salida que me queda es correr, pues es imposible que esos focos se hayan prendido solos. Alguien tiene, por fuerza, que haberlo hecho.*

*Y yo sé quién.*

*Aun así, esa certeza no impide que profiera un grito de espanto al verlo salir de la caseta, completamente desnudo y cubierto de sangre. Una sangre que – apuesto mi cuello – no es suya.*

*En ese momento, Nicholas ladea la cabeza para mirarme fijamente y, al percatarse del horror que me produce verlo así, esboza una sonrisa macabra para acto seguido saludarme con la mano.*

*No necesito nada más para echar a correr bosque a través, sin importarme estar adentrándome en la oscuridad en plena madrugada; desorientada, descalza, ataviada con una tela fina que a*

*duras penas me tapa lo justo y presa del pánico por culpa del monstruo que me está persiguiendo con un frenesí asesino.*

*Puedo oír sus pasos tras de mí; potentes, veloces y acechantes...son las pisadas de un león estrechándole el cerco a una gacela, con la certeza de que más temprano que tarde acabará dándole caza.*

*Me arden los pulmones por el sobreesfuerzo con el que estoy castigando a mi cuerpo y siento los pies en carne viva por la carrera y las piedras y raíces con las que me he topado en mi enloquecida huida.*

*Solo el impulso de escapar lejos de esta bestia me impulsa a seguir, aun cuando me hallo al borde de la extenuación.*

*No quiero ni pensar de quién puede ser la sangre que empapa su cuerpo, ahora mismo mi único objetivo es no acabar convirtiéndome en la siguiente.*

*Cada vez oigo sus pasos más cerca, su aliento me respira en la nuca…pisándome los talones. No sé si es mi propia sugestión la que habla, pues no me atrevo a volverme por temor a quedarme bloqueada y a su merced.*

*Y entonces su voz, ronca y agrietada, resuena tras mi espalda en una letanía que me pone la piel de gallina.*

*Pronuncia mi nombre con una cadencia siniestra y perversa que no augura nada bueno. Y me echo a temblar.*

*Nunca había experimentado un terror semejante y, de algún modo, este se acaba convirtiendo en mi aliado, pues muevo las piernas a una velocidad tal que casi me parece estar volando mientras sorteo los obstáculos del bosque. La linterna de mi móvil alumbra un pequeño refugio, seguramente perteneciente a algún guardabosques, que se me antoja un salvavidas en medio del mar embravecido.*

*Tengo que llegar hasta allí, aunque sea lo último que haga.*

*Todo sucede en un visto y no visto; de pronto la tierra bajo mis pies cede, abriendo una zanja por la que caigo de bruces, dejándome la garganta y las uñas en carne viva en mi desesperación por tratar de aferrarme a lo que sea. Todos mis esfuerzos resultan ser en vano.*

*Aterrizo sobre mis cuartos traseros, magullada y dolorida por la dureza de la caída a varios metros de altura.*

*Al final, no importa el ahínco con el que haya tratado de escapar de un destino fatal, porque he acabado sucumbiendo…cayendo directamente en su trampa.*

*Esta madriguera será lo último que veré antes de morir y, como para corroborarlo, el rostro de mi verdugo no tarda en surgir desde las alturas, con una sonrisa triunfante y enfermiza en ese apuesto rostro que no es más que un disfraz para ocultar cuán podrido está por dentro.*

*Dios, he sido una estúpida por dejarme embaucar de ese modo y ahora estoy a punto de pagar las consecuencias de mi terrible error.*

*Lo sé en cuanto él levanta un enorme cuchillo de carnicero que lleva consigo y, sin suprimir esa aterradora sonrisa y con el rostro lleno de salpicaduras de sangre, me susurra:*

*—Shhh, no tengas miedo mi musa, es hora de añadir esos preciosos ojos verdes a mi colección.*

**...**

Me despierto gritando hasta que la garganta me arde, empapada en sudor y con el corazón latiéndome al borde de la taquicardia en el pecho.

Ha sido una pesadilla, sí, pero se sentía tan real…que siento verdadero miedo recorriéndome los huesos.

Y ante ello, solo me queda una certeza: tengo que sacar a Nicholas de mi cabeza, antes de que se convierta en mi ruina.

O algo peor.

# CAPÍTULO 10

**FAITH**

Como todos los domingos por la tarde, me encuentro disfrutando de un chocolate caliente sentada junto al alféizar de la ventana, mientras contemplo abstraída la feroz tormenta que se ha desatado fuera.

Siempre me ha encantado la lluvia y puedo pasarme horas enteras escuchándola caer.

A decir verdad, no se me ocurre un plan mejor para el día. Tal vez después lea un buen libro y disfrute de una sesión de cine casero en solitario.

Lo cierto es que ya ni recuerdo la última vez que invité a un hombre a mi apartamento, solo sé que hace demasiado.

No es porque sea una mojigata, sino más bien se debe a que la mayor parte de las citas que he tenido en el pasado resultaron siendo un auténtico fiasco. Al parecer soy demasiado exigente y debería bajar mis estándares. Pero por más que lo he intentado, no puedo.

Eso hizo que dejara de intentarlo por un tiempo, pensando que si realmente tenía que encontrar el amor este se presentaría cuando menos lo esperara. A estas alturas, ya me he resignado a estar sola, he renunciado a la idea de formar una familia. Tampoco sé si estoy hecha para ello, tal vez el problema sea yo…

No voy a negar que echo de menos el sexo esporádico, pero tengo mis propias herramientas para darme placer cuando me encuentro realmente necesitada.

Hoy es uno de esos días. Tengo la libido por las nubes, joder.

Tras fregar los platos –hoy he preparado una deliciosa pasta para comer– y organizar un poco, me doy una ducha relajante y al salir me enfundo en una bata de seda rosa (la más elegante que tengo) que me hace sentir sexy y deseable, para variar.

Incluso me maquillo y me pinto los labios de un intenso rojo pasión que resalta todavía más mi larga melena de fuego.

Sin perder más tiempo, saco el vibrador que compré el año pasado en un impulso y que guardo en el último cajón de mi cómoda, como si manteniéndolo oculto pudiera escapar de mi tentación.

Por más que haya intentado convencerme durante todos estos años de que soy una mujer adulta y libre para explorar mi sexualidad como me dé la real la gana, el estigma de haber crecido a base de castigos cada vez que cometía el más mínimo desliz todavía pesa sobre mi conciencia, enturbiando mis pensamientos.

Aun así, no pienso privarme de satisfacer esta necesidad que siento y menos por culpa del fantasma de un pasado que me he esforzado por enterrar día tras día.

Separo los muslos y reclino la espalda sobre la mullida almohada para acto seguido introducir el objeto en mi interior. Al principio me retraigo de incomodidad, pero no tardo en comprobar que no he perdido la práctica. Lo cual me hace esbozar una sonrisa de satisfacción.

Un gemido ahogado se escapa de mis labios a medida que los movimientos circulares que trazo en torno a mi clítoris se vuelven más pronunciados. El calor en la habitación se vuelve casi insoportable pese a tener abiertas las ventanas y me humedezco los labios, mis pensamientos son cada vez más subidos de tono.

Joder, estoy que ardo…hace mucho que no me sentía tan excitada como hoy.

Echo la cabeza hacia atrás y sigo bombeando más y más dentro, hasta que las paredes de mi núcleo estallan y el orgasmo me sobreviene con tanta fuerza que mi subconsciente decide

atormentarme al recrear a una figura masculina dolorosamente familiar aquí, sobre mí. Cierro los ojos y me dejo llevar por mi más oscura fantasía.

Nicholas está profundamente encajado entre mis muslos y me ha inmovilizado las muñecas sobre la cabecera de la cama, dejándome totalmente expuesta y a merced de sus perversiones.

Pero lo peor de todo es que yo anhelo experimentarlas; todas y cada una de ellas.

Estoy tan loca como él por desear esto. Pero, ¿qué puedo hacer? No puedo luchar contra esta impía obsesión que me consume.

—Así que la doctora está ansiosa porque su paciente la folle duro, ¿eh? Mira lo mojado que está tu coño esperando por mí, Faith. ¿Quieres mi polla? —me incita, introduciendo solo la gruesa punta en mi abertura y retirándose de inmediato, para dejarme ansiosa y necesitada.

Suelto un gruñido de frustración.

Soy una madeja de hormonas descontroladas que pugnan porque culmine lo que ha empezado. Aunque ello implique tener que suplicarle a este maldito arrogante que se ha metido a la fuerza en mi sangre para perturbar mi cordura.

—Sí…la quiero —atino a decir, jadeante y farfullando por la lujuria que invade mi torrente sanguíneo.

Pero al parecer eso no le basta, porque ladea la cabeza y acaricia mi labio inferior con la yema del pulgar hasta abrirme la boca para recibirlo.

—Entonces suplícale a tu dueño que te dé lo que quieres —exige, implacable y demandante como un soberano. El muy cabrón disfruta sabiendo que tiene todo el control sobre mí y juro que lo odio más que nunca por ello…. Pero solo por desearlo con tanto fervor.

En medio de la neblina de lascivia que embota mi mente, una chispa de furia me domina y lo fulmino con la mirada, forcejeando para liberarme de su agarre de hierro.

—Que te jodan —le escupo en los labios, desafiante.

No pienso suplicarle una mierda.

Sin embargo, con lo que no contaba era con que se los relamiera con deleite, limpiándose las comisuras y esbozando a continuación una sonrisa lasciva y maliciosa que me pone la piel de gallina. Hay una oscuridad en sus ojos que me resulta tan aterradora como estimulante y tengo miedo de caer en su abismo.

—Respuesta equivocada, pequeña pecadora —espeta, clavándome una mirada dura como el acero que hace que me encoja y maldiga como una posesa cuando, sin romper el contacto visual, me libera de su agarre para acto seguido alejarse de mí y levantarse de la cama, privándome del tan ansiado orgasmo.

Rechino los dientes.

—¡No! ¿Qué estás haciendo? ¿Adónde vas?

La forma en que mi voz sale aguda y suplicante sin duda me habría hecho avergonzarme hasta la muerte si no estuviera excitada y caliente como el infierno. Lo bastante como para mandar a paseo mi orgullo, por desgracia.

Como si él lo hubiera intuido, se detiene a medio camino de la salida y posa su mirada acechante y depredadora sobre mí, a la espera.

En mi interior se libra una lucha titánica, pero al final el deseo es más fuerte y acabo cediendo, tal y como el muy canalla había previsto.

—¡Está bien, maldita sea, fóllame Nicholas! —clamo, exasperada, mandando mi dignidad al cuerno.

Sin embargo, mi respuesta no parece ser suficiente para él, porque aun con todas y con esas se permite el lujo de ser arrogante.

—Por favor —añade, con ese tono ronco que me pone la piel de gallina y encharca mi coño hasta volverme un amasijo febril y carnal.

Pongo los ojos en blanco y resoplo ante su comportamiento egocéntrico, pero no me resisto más. No puedo, maldita sea. Estoy tan cachonda que si no lo siento dentro de mí pronto voy a explotar.

—Por favor —repito, dedicándole mi mejor mirada de odio.

Él todavía se toma su tiempo antes de asentir, condescendiente.

—Bueno, eso está mejor —concede, antes de saltar sobre mí como un lobo hambriento, dispuesto a devorarme.

Al fin, joder.

Suelto un gemido entrecortado cuando me encierra entre su cuerpo, duro y masculino, rodeando mis caderas en ademán posesivo con el brazo izquierdo mientras que el derecho se aferra a mi cuello hasta arrancarme un jadeo de sorpresa…y placer.

Entonces se introduce en mí de un brusco empellón y se me escapa un gruñido de éxtasis que eriza mi piel.

Nicholas me embiste de nuevo, enterrándose más y más profundamente en mi interior y por un momento temo que vaya a partirme por la mitad. Sigue así hasta que ya no puede más y yo oscilo en el borde de la inconsciencia.

Apenas me entra el suministro de oxígeno de tan fuerte como me agarra la garganta, pero una parte de mí quiere que siga apretando hasta llevarme al límite. Dios, estoy enloqueciendo…y lo peor de todo es que me siento mejor que nunca.

Le araño la espalda y muerdo su hombro cuando me penetra de nuevo en una estocada brutal que me hace ver puntos negros. Si sigue así no podré aguantar mucho más y acabaré desmayándome, cosa que a él no parece importarle.

—No sabes cuántas veces he soñado con este momento; tú, gimiendo mi nombre debajo de mí mientras te follaba hasta hacerte

perder el sentido —me susurra al oído, con malicia. Y es lo último que recuerdo antes de que los últimos resquicios del sueño se esfumen y me catapulten de nuevo a mi amarga realidad.

Entro tambaleándome al baño y me doy una buena ducha para espabilarme un poco. El orgasmo que yo misma me he provocado en medio de mis delirios con Nicholas ha sido tan intenso que me siento atontada, drogada de deseo y lujuria. Es algo que jamás había experimentado y la sensación me gusta demasiado. Ese es el problema. No puede volver a repetirse. Tener fantasías con un paciente no es ético ni moral, estoy cruzando una línea peligrosa. Pero mentiría si dijera que no he disfrutado cada segundo.

Pierdo la noción del tiempo y me dejo llevar bajo el chorro del agua, permitiendo a mi cuerpo y a mi mente relajarse después de las intensas emociones que he experimentado. Parecía tan real que me asusta…

Será que estoy cansada. Últimamente me he visto sometida a demasiado estrés y me estará pasando factura, eso es todo.

Apenas he terminado de secarme, la melodía suave del teléfono se cuela por la rendija de la puerta, anunciando que tengo una llamada entrante. Frunzo el ceño y me apresuro a salir sin molestarme en vestirme.

Debe de tratarse de algo importante, teniendo en cuenta que es domingo.

Llego justo a tiempo para descolgar. Es Mike y tiene excelentes noticias que darme. Resulta que ha decidido aceptar mi petición y retirarle provisionalmente las restricciones a Nicholas durante nuestras sesiones, con la condición de que estas se queden grabadas y además, contemos con vigilancia externa en todo momento por precaución.

Le sonrío a la pantalla como si mi interlocutor pudiera verme y, tras deshacerme en agradecimientos y despedirme de él hasta mañana, me apresuro a vestirme y me sirvo una copa de vino para celebrarlo.

Apenas le he dado un par de tragos cuando mi móvil vibra con un mensaje entrante. Suspiro y lo cojo de nuevo. Lo primero que me viene a la cabeza es que debe de tratarse de Mike de nuevo, habrá olvidado decirme algo.

Pero no. Se trata de un número desconocido y al abrirlo para leer lo que me ha escrito se me hiela la sangre.

*Estabas preciosa con esa lencería de encaje rojo, a juego con tu pelo suelto y salvaje. Dime, ¿en quién estabas pensando mientras te corrías como si no hubiera un mañana? Ha sido la imagen más erótica que he presenciado en mucho tiempo.*

Me giro en todas direcciones, tan confusa como aterrada. ¿Pero quién…? ¿Cómo…?

Trago saliva, sintiéndome vulnerable y paranoica en mi propia casa. Compruebo un sinfín de veces que todas las puertas y ventanas están cerradas y me meto en la cama, temblando.

Ya no cabe duda: tengo un acosador.

Y si no fuera porque resulta imposible teniendo en cuenta que está encerrado, juraría que se trata de Nicholas.

Sin embargo, queda descartado por razones obvias.

Ahora la pregunta es, ¿quién es, entonces?

# CAPÍTULO 11

**FAITH**

A primera hora de la mañana del lunes, me presento en la penitenciaría con una actitud totalmente distinta; estoy dispuesta a tomar las riendas del caso y a ganarme la confianza de Nicholas como sea con tal de que se abra a mí.

Para ello, me he armado con una buena dosis de paciencia y astucia.

Paso por el detector de metales y saludo a Mike, que se encuentra en el pasillo atendiendo a la prensa –a la que esquivo con habilidad– luego tomo el ascensor hasta el módulo tres y mantengo los ojos cerrados durante todo el trayecto (sufro de claustrofobia, pero me niego a dejar que eso condicione mi día a día y procuro disimularlo lo mejor posible delante de otras personas) hasta que llego a mi destino.

El mismo guardia de la otra vez me saluda y abre la puerta, franqueándome el paso.

—Estaremos aquí mismo por si nos necesita —asegura, antes de apartarse.

—Gracias — respondo, con amabilidad.

La puerta no tarda en cerrarse con el chirrido del hierro resonando desagradablemente en mis tímpanos y dejo escapar un suspiro de pura resignación antes de girarme para enfrentarme al diablo, que me espera sonriente, con los brazos detrás de la cabeza.

—La encuentro un poco pálida y ojerosa, ¿no ha descansado bien esta noche, doctora? Tengo curiosidad por saber qué le quita el sueño.

Su voz ronca y sinuosa resuena como un eco por toda la estancia, colándose en mi piel hasta el tuétano. Es tan magnético como impredecible, todo en él grita peligro.

Decido adoptar una postura pragmática.

—A todos nos quita el sueño algo cuando llegamos a cierta edad. ¿También te ocurre eso, Nicholas? ¿Te atormentan tus crímenes?

Él se echa a reír en respuesta. Una risa grave y muy varonil que resulta embriagadora.

—No lo sé, doctora, ¿usted piensa que me atormentan? Tengo curiosidad —se encoge de hombros con total despreocupación, pero sus ojos tienen un matiz acerado que no me pasa desapercibido. Por alguna razón, mi opinión le interesa lo suficiente como para despertar intriga en su ser apático y descreído por naturaleza.

Me acerco unos pasos, con cara de póker. Mis tacones repiquetean contra las baldosas de la celda mugrienta cuyo suelo prefiero no inspeccionar a fondo. La penumbra es una aliada, pero también puede convertirse en una enemiga si no me ando con cuidado.

Me detengo apenas a un palmo de distancia de su rostro, quedamos cara a cada y me mantengo imperturbable cuando él ensancha las fosas nasales para oler mi perfume de lavanda. Tengo que mostrarme resuelta, autoritaria.

—Lo que pienso es que juegas conmigo. Estás jugando con todos nosotros de forma enfermiza. Dime, ¿esto resulta divertido para ti? —espeto, chasqueando la lengua en un ademán reprobatorio.

—La vida en sí misma es un juego, Faith. ¿Todavía no te has dado cuenta? —replica, alargando la mano para atrapar un mechón de mi cabello entre sus dedos. Retrocedo en un acto reflejo, lo que provoca que atrape el aire y su mano se quede extendida.

Emite una risa aguda, casi burlona, antes de volver a su posición original. Parece satisfecho y eso me cabrea, pero me obligo a permanecer inmutable. No pienso darle lo que quiere. Es un tira y afloja malsano del que no pienso salir perdedora.

—No he venido aquí para compartir reflexiones de filosofía. Hice lo que me pediste y prometiste responder a mis preguntas. ¿Cómo fue tu infancia? —Abordo el quid de la cuestión con precisión, pero su respuesta no podría haber sido más escueta.

—Solitaria.

—¿Por qué? ¿Tus padres no pasaban tiempo contigo?

Joder, esto empieza a parecerse a un interrogatorio, pero no me importa hacerlo por las malas. Nunca había tenido un paciente tan hermético y desconcertante.

—Sí, lo hacían. Fui educado en casa —puntualiza, con desinterés. Su atención se centra en mis uñas, perfectamente cuidadas, y sonríe al contemplar la manicura de gatitos que llevo hoy en honor a Cyrus, mi chico consentido. Sin embargo, no hay nada amable o tierno en esa sonrisa. Es puro cálculo.

—Imagino que eso debió de ser duro para ti, no poder relacionarte con los demás niños de tu edad —observo, creyendo que he encontrado un hilo del que tirar. No obstante, una vez más, Nicholas desmonta mis teorías con pasmosa facilidad.

—En realidad, el trato humano está sobrevalorado. Para mí las relaciones afectivas resultan aburridas, la gente es tremendamente insulsa —hace una pausa y se relame los labios, sin dejar de estudiarme con esa malicia suya, antes de añadir: —Sin embargo, usted tiene algo que capta mi interés, Faith.

Esa confesión me resulta tan perturbadora como atractiva por alguna razón que escapa de mi entendimiento. ¿Qué está mal conmigo? ¿Por qué a mi ego le sienta tan bien tener la atención de un asesino en serie?

—¿Yo? No soy nada interesante, mi vida es aburrida y monótona, Nicholas.

Intento quitarle hierro al asunto, pero está claro que no ha funcionado. Como siga mirándome así, sus pupilas acabarán haciéndome un agujero en la piel.

—Permítame discrepar. No obstante, lo que me intriga es el motivo por el que escogió esta profesión. ¿Cree en la reinserción social? —inquiere, muy interesado.

Escojo mis palabras con cuidado, como siempre. Hablar con él se me asemeja cada vez más a atravesar un campo de minas.

—En según qué casos, sí.

—¿Soy yo unos de esos casos? ¿O estoy más allá de toda salvación? Ilústreme —me incita a entrar al trapo con esa provocación verbal disfrazada de mera curiosidad, pero no pienso caer en esa vulgar treta.

—No soy quién para juzgar algo así. Pero te ayudaría mucho comenzar por admitir lo que hiciste si buscas la salvación —contraataco, con una sonrisa deslumbrante. Chúpate esa.

—Ah, pero yo no la busco. Tampoco la necesito —sentencia, emanando pura frialdad. Se inclina para acercarse a mí lo máximo posible y sus palabras me tocan la fibra debido a su crudeza. —Todavía no lo entiendes, Faith. No existe la salvación, todos seremos condenados a la hora de la verdad. Lo que cuenta es cómo decides vivir tu existencia antes del juicio final.

—No estoy de acuerdo con eso —rebato, tajante.

—¿Oh? Déjeme adivinar, ¿El hombre es bueno por naturaleza y es la sociedad la que lo corrompe?

La ironía en su expresión y sus palabras me hace apretar los dientes.

—Así es. Pero veo que usted es más de Locke —espeto. Pues claro, joder. Esto es tan cliché que si no estuviera tan mosqueada hasta

me reiría.

—El hombre es un lobo para el hombre, doctora Lowell —cita, desapasionado.

Me cruzo de brazos y avanzo todavía más, hasta que puedo sentir su aliento en la nariz. Así me imagino que debe de ser el aroma de la muerte.

Parpadeo para despejarme y retomo el hilo de la conversación. Siento que es como una hidra; si lo miras mucho tiempo a los ojos te acabará petrificando. No hay nada ahí dentro, excepto oscuridad y pura maldad, sin edulcorar.

—¿Y qué te hizo a ti ser un lobo, Nicholas?

Sigo insistiendo, no me rendiré hasta conseguir las respuestas que necesito.

—Nací así. No hay más vuelta de hoja. Puede remover en mi pasado y mi historial cuanto quiera. No hallará lo que busca. También estoy más allá de toda redención.

Y así, con ese desdén y soberbia, desecha todas mis buenas intenciones. Dejo escapar un suspiro que me sabe agridulce.

—¿Has aceptado tu destino, entonces?

—Tal vez. O quizá te gustaría más escuchar que lo había hecho… hasta que llegaste. Pero los monstruos no sienten, Faith. No lo olvides —lo susurra casi pegado a mi boca y trago saliva. Ni siquiera me había percatado de que se ha puesto en pie y su imponente estatura empequeñece la estancia.

Es entonces cuando un pensamiento inquietante me asalta: a un hombre así no se le puede encerrar…es imposible contenerlo, a menos que él se deje.

De repente, se las arregla para alcanzarme, tomándome desprevenida y logra asir mi muñeca con firmeza. Suelto un jadeo

de sorpresa, apenas audible. No lo suficiente como para alertar a los guardias, sin embargo.

Podría gritar, pero eso le otorgaría todavía más poder sobre mí y me niego a transigir tan rápido.

Alzo el mentón con desafío y trato de empujarlo con mi mano libre para que retroceda, pero es increíblemente rápido y actúa antes que yo.

Jadeo, el pánico empieza a nublar mi entendimiento y me maldigo por ello.

Mi espalda impacta contra el filo de la mesa y apenas tengo tiempo de registrar qué está pasando cuando siento sus manos fuertes y venosas rodeando mi cuello. Su cuerpo está sobre el mío, me tiene completamente inmovilizada y a su merced. Pero lo peor son sus ojos…esa intensidad con la que su mirada helada me quema hasta el tuétano. Dios…me mira como si quisiera comerme viva, devorarme hasta que no quedara de mí ni los huesos.

Ese salvajismo puro que emana de él me paraliza al tiempo en que provoca cosas obscenas en mí. Cosas que deberían estar prohibidas.

—Ese perfume…podría ser mi muerte y la aceptaría gustoso —sisea, a unos escasos  milímetros de mi boca.

—Nicholas, suéltame o gritaré.

Es una exigencia, pero odio que mi voz suene tan débil…tan carente de convicción.

—¿Y qué se lo impide? ¿No será que, en el fondo de su subconsciente, lo desea? —Me pongo pálida. ¿Tanto se me nota, acaso? ¿Se puede ser más patética? —¿Qué haría si la tumbara sobre esta mesa y le arrancara esa maldita ropa que me estorba?

—Los guardias entrarían y…

Ni siquiera me deja terminar la frase. Desprende una supremacía abrumadora, tiene el control absoluto y lo sabe.

—Me encontrarían a mí, tumbado a horcajadas sobre usted, follándola sin piedad. Sin duda podrían reducirme eventualmente, pero no antes de que culminara mi obra de arte —remarca cada palabra con un deleite enfermizo y no puedo evitar recrear la escena, debido a lo cual mis mejillas enrojecen, delatándome.

—Por favor…—suplico, y ni siquiera sé lo que le estoy pidiendo. Que me suelte o que se acerque más.

—Esos labios…maldita sea, podría matar por esos labios —sisea, acariciándomelos con la yema del pulgar. Lo hace con una suavidad y una delicadeza que me estremecen.

Cierro los ojos, la tentación de dejarme llevar es demasiado fuerte y trato de resistirme.

—Hablo en serio Nicholas, te estás pasando de la raya. Si no me sueltas en tres segundos…—lo amenazo, con toda la convicción que logro reunir en estas condiciones. Su cuerpo aprisiona el mío y puedo sentir la dureza de su erección caliente pegada a mi vientre.

—No importa cuánto aprietes las piernas doctora, puedo sentir la humedad que empapa tu coño. Lo hice desde que pusiste un pie aquí el primer día —me susurra al oído, con un tono lascivo que me enciende todavía más. Si no estuviera tan excitada, me asustaría la asombrosa facilidad que tiene para leer mis emociones cual libro abierto. —Dime, te excito, ¿verdad? Lo hago de tal forma que cada noche antes de irte a dormir sientes remordimientos.

Sus dedos descienden, hábiles, hasta el balcón de mis pechos y me tenso.

Niego con la cabeza de forma vehemente. Debería gritar, luchar contra él…hacer algo, maldita sea, pero no puedo. Y no es porque esté asustada, no. Ojalá. Tal vez así no me sentiría tan sucia por anhelar en secreto que cumpla sus amenazas y me lo haga aquí mismo. Me pondría en sus manos sin importarme las consecuencias.

Sin embargo, logro reunir un ápice de lucidez y trato de quitármelo de encima. Si sigue tocándome yo…no respondo de mis actos.

—No sabes lo que dices…estás imaginando cosas. Yo solo hago mi trabajo y no me lo estás poniendo nada fácil. Suéltame, es la última vez que te lo pido —exijo, esta vez sí, con mayor firmeza. Exhalo de puro alivio y me enfrento a esos ojos de hielo con una valentía que no sé de dónde diablos sale.

Al principio, parece que Nicholas no está dispuesto a ceder, lo veo en su expresión hambrienta…casi salvaje. Pero al final, parece cambiar de opinión.

—Ambos sabemos que eso no es lo que quieres, pero por esta vez te complaceré —remarca, antes de soltarme y alejarse para volver a sentarse como si aquí no hubiera pasado nada.

Parpadeo, entre atónita y mosqueada, y tomo una honda bocanada de aire para tratar de ralentizar mi pulso desbocado. Siento que me arden las mejillas y la vergüenza me consume. Por fortuna, parece que los guardias no se han percatado de nada y eso me lleva al siguiente pensamiento que me tortura: ¿por qué demonios no he gritado por ayuda? Debería haberlo hecho, por Dios, ¿qué está mal conmigo?

—No sé en qué estabas pensando, pero no vuelvas a hacer eso. Soy tu terapeuta y me debes un respeto —le advierto, muy seria. Y me juro a mí misma que lo haré aunque una parte de mí sea reacia. Lo haré porque me debo a mi trabajo y a mi ética. Si alguien se entera de lo que acaba de pasar aquí me despedirían de inmediato. Tengo que ser más cuidadosa. He bajado la guardia demasiado pronto…

—Por supuesto, por  supuesto. Entonces, ¿podrías mirarme a los ojos y asegurarme que no has disfrutado de la manera en que te he acorralado contra esa mesa? —Nicholas me enfrenta y, llevada por la rabia y la vergüenza de la humillación al saber que está en lo cierto, desvío la vista. Sin embargo, él chasquea la lengua y llama mi atención de nuevo. —No apartes la mirada, doctora, quiero oír cómo te mientes a ti misma y me dices a la cara que no estás empapada bajo esas bonitas bragas que llevas y que no has fantaseado ni por

un segundo de cada día con que este asesino te follara hasta perder el conocimiento.

Jesús…tengo que salir de aquí cuanto antes.

—No pienso alimentar tus delirios. Me marcho ya, pero te aseguro que si esto vuelve a repetirse habrá consecuencias que no te gustarán. Más vale que recapacites —espeto, con la respiración agitada y el dedo levantado para enfatizar mi punto.

—Me encanta que hayas sacado a relucir ese temperamento tuyo, es mucho más estimulante que tu faceta de mujer rígida —suelta, con esa sonrisa deslumbrante que empiezo a tener ganas de borrar de un puñetazo.

En su lugar, respondo con algo muy poco apropiado.

—Vete al infierno, Nicholas.

Él suelta una carcajada cínica y burlona que me desquicia.

—Ya he estado allí doctora y me echaron porque me temían demasiado. Siento decepcionarla.

Todo en su postura deja claro que no lo siente en lo más mínimo. Es incapaz de ello.

Le lanzo una última mirada fulminante y salgo de la celda echando humo, en todos los sentidos de la palabra.

Al llegar a casa, descubro que otra nota me está esperando. La cojo con cuidado de encima de la almohada, donde la ha depositado quienquiera que la haya dejado y, cuando la leo en voz alta, se me pone la piel de gallina.

*El deseo nos fuerza a amar lo que nos hará sufrir - Marcel Proust.*

# CAPÍTULO 12

**FAITH**

Volver hoy aquí no ha sido nada fácil después de lo que sucedió entre Nicholas y yo…de lo que dejé que sucediera. Pero lo peor no es eso, sino hasta qué punto se podrían haber complicado las cosas si le hubiera permitido ir más allá. De no haberme controlado, a estas alturas estaría de mierda hasta el cuello.

Sin embargo, me he prometido que no seré tan dura conmigo misma. Lo importante es que he recapacitado y aquí estoy; dispuesta a seguir con mi trabajo. Y esta vez me aseguraré de no olvidar que la relación que me une a Nicholas es meramente la de terapeuta y paciente.

Hoy lo encuentro tumbado sobre la cama, con los brazos detrás de la cabeza, en una posición nada apropiada para recibirme y disfrutando de absoluta libertad de movimientos.

Mierda, había olvidado que gracias a mí le han quitado los grilletes dentro de la celda. Así que estoy aquí dentro, a solas con él, sin ningún tipo de restricciones que lo contengan un poco por si las cosas se vuelven…tan intensas como ayer. Aunque, ¿a quién pretendo engañar? No hay nada que pueda detener a este animal con piel de hombre y cara bonita y eso ya me ha quedado más que claro.

Debería estar muerta de miedo. Cualquier otra en mi lugar ya habría salido corriendo para no volver jamás, como lo hizo la enfermera cuyas palabras resuenan en mi cabeza como un eco. Está claro que algo no funciona bien en mi cerebro, lo cual no puede ser más irónico.

Nicholas se aclara la garganta para reclamar mi atención. Mi abstracción momentánea parece divertirle. Veremos quién ríe el último.

—Buenos días, doctora, ayer se fue muy deprisa. Espero que hoy esté de mejor humor.

La insinuación, sumada a la manera con que deja la frase flotando en el aire me irritan lo suficiente como para perder los buenos modales de los que siempre hago gala.

—Déjate de ironías y vamos al grano, ¿quieres?

Mi respuesta es más ácida y directa que nunca, pero si pensaba que eso lo mantendría a raya ocurre todo lo contrario.

Emite un agudo silbido y me sonríe.

—Vaya, ese carácter otra vez. Me encanta.

Lo ignoro por completo y me centro en preparar mis preguntas. La fecha del juicio se acerca y necesito preparar un informe elaborado para mi defensa o todo esto no habrá servido de nada. Ya de por sí tenemos todas las de perder, pero yo nunca pierdo y no pienso empezar ahora.

—Sé que tus padres eran unos cirujanos muy respetables. Me gustaría preguntarte…

Ni siquiera me deja terminar, es como si me hubiera leído la mente y rellena los huecos en blanco de mis divagaciones como un maestro titiritero. Resulta tan insultante como fascinante.

—¿Si fueron ellos quienes me enseñaron a matar? ¿Crees que me transmitieron el legado familiar? —inquiere y por más que me esfuerzo en descifrar las emociones que encierra su voz, no hay nada. Él puede leerme como a un libro abierto mientras que yo me topo con un muro de hormigón. Nunca había estado tan frustrada.

—Bueno, eso es lo que me gustaría saber, así que dímelo tú —replico y me aseguro de que la grabadora lo esté registrando todo.

Al ver que funciona, lo animo a contestar con un gesto.

—No, ellos no eran asesinos, solo observadores. Lo que les gustaba era ver cómo lo hacía yo. Eso les excitaba casi tanto como les intrigaba. Querían entender por qué presenciar aquello les procuraba una curiosidad tan morbosa, sin ser capaces de ir más allá —explica y las comisuras de sus labios carnosos se tuercen apenas un ápice en señal de desprecio. Ahí está; el orgullo del sociópata. Los considera inferiores a él y por lo tanto indignos de contemplar su arte. Al fin me da algo. No son más que migajas, lo sé, pero poco a poco armaré mi puzle.

—Entonces podría decirse que eras algo así como su conejillo de indias, ¿cómo te hacía sentir eso? —indago y su respuesta visceral me satisface enormemente porque corrobora mis pesquisas.

—Lo odiaba. No eran merecedores de presenciar mi arte —rechina los dientes y veo cómo sus ojos se oscurecen de rabia al perderse en sus recuerdos. —Tan patéticos, intentando entender un don que no les había sido otorgado a causa de su mediocridad. Ellos me envidiaban, mientras que para mí no eran nada —finaliza, con la respiración ligeramente acelerada. Presenciar esa momentánea pérdida de control por primera vez es toda una victoria y mi parte más morbosa ansía por un momento verlo desatarse del todo, contemplar el brutal espectáculo de su frenesí asesino.

Dios mío.

Trago saliva, lívida y horrorizada ante el cariz retorcido que han tomado mis pensamientos. ¿Cómo he podido…? Es como si se hubiera metido en mi cabeza. Un sudor frío me recorre la nuca y a duras penas me atrevo a hacer contacto visual.

Nicholas ya se ha tranquilizado y se ha puesto esa máscara de hielo que exhibe ante el mundo, pero nunca olvidaré que durante unos segundos me ha dejado ver al monstruo que acecha bajo la superficie, esperando para sacar las garras y despedazar a todo el que se le ponga por delante.

Es la primera vez en toda mi carrera que me cuesta tanto mantener la compostura antes de formular una pregunta.

—Entiendo. En una ocasión mencionaste que teníais unas reglas que resultaban indispensables para la convivencia. ¿Cuáles eran exactamente?

Ya no hay rastro de esa ira visceral que se ha adueñado de él, todo lo contrario; está tan calmado que me da todavía más miedo. Porque siento que no me va a gustar en absoluto lo que está a punto de decir.

—Bueno, había varias, pero le diré la principal: nadie hacía preguntas. Era más fácil de ese modo. La gente que no hace preguntas incómodas suele vivir más.

La insinuación y la amenaza velada que encierran esas palabras es más que evidente y aprieto las manos en puños para que no se percate del modo en que tiemblan. Siempre he podido presumir de temple y entereza cuando estoy con mis pacientes, pero con Nicholas es diferente. Hay algo en él que me hace sentir indefensa e impotente como una niña desvalida y lo odio con todas mis fuerzas… pero a la vez esa faceta autoritaria e imprevisible me estimula de forma involuntaria. Es tan contradictorio que quiero gritar.

—Yo soy quien dicta las reglas, Faith…y pobre del que no me obedezca —oigo su voz tras mi espalda, siento su dedo presionado justo sobre el pulso donde me late una vena en el cuello y me paralizo. ¿Cómo diablos un hombre tan grande y fuerte como él se mueve con tanto sigilo? —Apaga la grabadora —me ordena, acariciando las hebras sueltas del moño tirante en que me he recogido el pelo.

Hago lo que me ha pedido sin vacilar. Estoy en sus manos y empiezo a asumir que así será siempre.

—Esa es mi buena chica —me alaba, dándome palmadas en el cuero cabelludo. Me enfurece que me trate como a un perro y le enseño

los dientes, fulminándolo con la mirada. Pero secretamente me gusta su toque y lo peor es que el muy cabrón enfermo lo sabe.

Rabiosa ante la certeza de que esto no me hace mucho mejor que él, intento zafarme. Sin embargo, Nicholas chasquea la lengua y ejerce más presión en ese punto sensible de mi cuello. Suelto un gemido de dolor y me quedo quieta. Empiezo a entender cómo va esto.

Como recompensa por mi docilidad, tira de la goma hacia abajo y libera mis mechones cobrizos, que caen en cascada hasta el final de mi espalda. Me tenso. No me gusta llevar el pelo suelto al trabajo. Solo me lo dejo así en casa, porque mi padre me obligaba a recogérmelo para ir a clase. Decía que no debía llamar la atención o me castigaría. Supongo que los viejos hábitos nunca mueren.

Reprimo una risa amarga, pero no el impulso de rebelarme y levanto el mentón, desafiante.

—Regla número uno, doctora: abre las piernas para mí —demanda, exigente.

Me quedo atónita. No puede ser, debo de haber oído mal.

—¿Has perdido el juicio? No pienso hacerlo —exclamo, incrédula ante su osadía. ¿Acaso pretende que me despidan?

—¿Ah, no? ¿Por qué?

La tranquilidad con que lo pregunta me enciende la sangre.

—¡Porque es inapropiado! Soy tu terapeuta y tú mi paciente y además, hay una cámara justo ahí, por si lo has olvidado —increpo, levantando la voz hasta culminar en un chillido de histeria. Todo esto me está sobrepasando…es una locura pero, que Dios me ayude, mentiría si dijera que una parte de mí no lo desea.

—Esa cámara lleva más de siete meses sin funcionar, Faith —aclara, con regodeo.

Abro los ojos como platos. Imposible. Seguro que me está mintiendo para convencerme. Mike dijo…

Como si hubiera adivinado lo que estoy pensando, añade:

—Adelante, compruébalo tú misma si no me crees. Empecé a romper y manipular las cámaras desde que llegué aquí. Las cambiaban y yo volvía a la carga, así que al final me dejaron en paz. Supongo que en el fondo les acojonaba ver lo que hacía aquí dentro. Así que cada vez que se ven obligados a comprobar mi estado tienen que venir aquí.

Esto es…ni siquiera encuentro las palabras.

Se me seca la boca. Su proximidad empieza a nublar mi buen juicio.

Es el alfa de esta prisión en toda regla y aunque debería estar horrorizada por las cosas que me ha confesado, hay algo en todo ese desafío y esa fiereza que me atraen como la luz a una polilla. Deberían encerrarme en la celda de al lado, porque está claro que pasar tiempo con él me está afectando.

Él me gira el mentón para que nuestros ojos se encuentren y sonríe como un tiburón. Por un momento me lo imagino bebiendo mi sangre y me estremezco.

—Regla número dos: nada de preguntas. Será nuestro sucio secreto, doctora. Lo deseas, no puedes engañarme. Yo estoy dentro de tu cabeza —sisea, antes de lamer el lóbulo de mi oreja.

Me deshago. ¿Hace cuánto que no anhelaba de este modo el toque de un hombre? Demasiado.

Estoy a punto de dejarme ir y él lo sabe.

—Prométeme que será nuestro sucio secreto.

Sé que me arrepentiré de esto, pero a la mierda. Estoy demasiado cachonda como para pensar con claridad.

—Te lo prometo —asegura, triunfante.

En otras circunstancias, mi orgullo se vería herido por haberlo dejado salirse con la suya tan fácilmente, pero ahora mismo solo quiero sentir sus dedos dentro de mí, hasta el fondo.

Antes de que tenga que repetirlo, abro las piernas para él como la buena chica que ha dicho que soy y agradezco haberme puesto falda para facilitarle la tarea. Solo tiene que bajarme las bragas y…ras.

Me quedo congelada al ver cómo las rasga en dos finas tiras con brutalidad y se las lleva a la nariz para olerlas. Empiezo a blasfemar y me pongo de todos los colores, para su absoluto deleite.

—¿Estás demente? Devuélvemelas —lo increpo, tratando de levantarme para recuperarlas.

Sin embargo, él es más rápido y me posa una mano en el hombro, ejerciendo fuerza para mantenerme sentada mientras que con la otra se las guarda dentro de la parte superior del mono negro de presidiario.

—No.

Una sola palabra. Rotunda. Inamovible.

Enarca las cejas con chulería, como invitándome a replicarle. Maldito obstinado.

—¿Cómo se supone que voy a salir ahí con todo lleno de guardias sin bragas?

Puede que haya mencionado a los guardias a propósito solo para provocarlo, pero me arrepiento al ver cómo su expresión jocosa se transforma en una aterradora máscara de pura cólera y salvajismo.

—Ingéniatelas, pero si me entero de que alguien se da cuenta y mira lo que es mío, les sacaré los ojos y pintaré un cuadro con su masa cerebral y sus vísceras cuando les arranque la cabeza con mis propias manos —gruñe, con las fosas nasales dilatadas y las venas del cuello sobresaliendo.

De súbito, me tira del pelo con tanta fuerza que mi cabeza cae hacia atrás y choca contra el respaldo de la silla y dejo escapar un grito de dolor que se ve amortiguado por su gran mano tapando mi boca. La fuerza que emplea es tal que temo que pueda asfixiarme en medio de su trance de ira y como puedo pongo mi otra mano sobre la suya y aprieto, tratando de calmarlo.

Bufa y finalmente me libera. Tomo una honda bocanada de aire, por qué poco…

No obstante, el alivio me dura poco, porque sin darme tregua introduce el primer dedo en mi interior con brusquedad.

—No hagas ruido, o tendré que matarlos a todos. Sabes que lo haré —me advierte y asiento frenéticamente para que vea que lo he entendido. No me cabe duda de que lo haría sin pestañear.

Este hombre es una bomba de relojería. Por la seguridad de todos, jamás debería salir a la calle. Y yo estoy dejando que me masturbe con sus dedos, en medio de nuestra sesión de terapia y con seis guardias al otro lado de la puerta.

Permanecer callada me cuesta un mundo a medida que va bombeando dentro de mis paredes, provocándome una deliciosa fricción que hace que me arquee bajo su agarre de hierro y muerda mi labio inferior para contener los gemidos que pugnan por salir de mi garganta.

La manera en que trabaja mi clítoris es simplemente magistral y me siento como un charco necesitado de arcilla derretida en sus manos. Podría hacerme lo que quisiera y no me resistiría. Siento que cada célula de mi cuerpo arde de puro deseo y el éxtasis me hace poner los ojos en blanco a medida que su experto dedo corazón llega hasta mi clítoris.

Nicholas tiene que taparme la boca de nuevo para evitar que grite y proclame mi placer a los cuatro vientos y le muerdo mientras me corro, soltando fluidos a propulsión que empapan su mano.

Suelta una risa baja y vibrante cuando yo me quedo laxa en mi lugar, sin fuerzas para nada después de tremendo orgasmo que me ha provocado. Y todo eso solo con un dedo, me pregunto entonces qué sentiría al tener su polla dentro de mí y el mero hecho de imaginarlo me estremece…pero no precisamente de miedo. Estoy tan enferma como él.

Nicholas me libera y se lleva mis fluidos a la boca, saboreándome con tal avidez que me sonroja. La intensidad que emana de él es tal que de repente quiero salir corriendo, lo malo es que no tengo fuerzas para moverme apenas. Es como si me acabara de vaciar por dentro, desnudándome en cuerpo y alma. ¿Qué me ha hecho este hombre?

—No te haces idea del tiempo que llevo esperando para probarte —confiesa, dejándome desconcertada. Apenas llevamos una semana de terapia. Supongo que es parte de su teatralidad y lo dejo estar para ponerme en pie como buenamente puedo y arreglarme la falda.

Necesito reunir la suficiente dignidad para salir de aquí sin mis bragas y rezar para que nadie se dé cuenta o este lunático es capaz de cumplir su amenaza. ¿Cómo se enteraría? No tengo ni idea. Pero no me cabe duda de que tiene sus métodos. No me extrañaría que tuviera ojos y oídos por toda la prisión.

—Supongo que no serviría de nada pedirte que me devuelvas mis bragas, ¿no? —aventuro, con acidez.

Él me responde con esa media sonrisa torcida que tanto detesto.

—Supones bien. Hasta la próxima sesión, doctora Lowell.

No sé qué me enfurece más, si su condescendencia después el momento que hemos compartido o que me llame por mi apellido de ese modo, así que ni siquiera me molesto en contestar antes de encaminarme hacia la puerta de la celda y golpear los barrotes repetidas veces para que me abran.

Tardan dos minutos que se me hacen eternos, lo que indica que al menos no estaban demasiado pendientes de nosotros -algo que sin

duda es un alivio- y al salir de ahí como alma que lleva el diablo siento los ojos de Nicholas clavados en mi nuca como un taladro.

No soy ingenua, sé que lo que he permitido que sucediera hoy marcará un punto de inflexión entre los dos.

Lo que me inquieta es que el miedo no llega…solo siento, ¿alivio?

# CAPÍTULO 13

**FAITH**

Lo primero que hago al llegar a casa es darme una buena ducha para quitarme los restos que Nicholas ha dejado en mi cuerpo, aunque su olor se queda impregnado en mi piel.

Sorprendentemente, estoy de buen humor y me pongo a cantar mientras preparo la cena. Hoy me apetece cocinar un plato especial, mimarme un poco. Después del día tan intenso que he tenido lo necesito más que nunca.

Cuando termino, siento la necesidad de escribir en mi viejo y desgastado diario para desahogarme, pero como lleva pasando desde hace un par de días, no lo encuentro por ninguna parte. Se supone que lo había dejado en el tercer cajón de mi escritorio, pero no aparece.

Al principio, no le di demasiada importancia porque soy algo olvidadiza y tiendo a cambiar las cosas de lugar sin darme cuenta, de manera que luego me vuelvo loca buscándolas. Sin embargo, esta vez es diferente porque me aseguré de ponerlo ahí precisamente para evitar que pasara esto. Lo recuerdo bien. Así que ya me está empezando a dar mala espina.

¿Estoy paranoica por pensar que alguien ha podido robar mi viejo diario? Probablemente. Pero es un pensamiento recurrente que no se me va de la cabeza, como el hecho de que me han estado enviando notas y mensajes inquietantes desde que acepté este nuevo trabajo y Nicholas apareció en mi vida.

Las llamadas a medianoche también se han estado sucediendo de forma regular. Siempre es lo mismo; esa respiración pesada del otro lado de la línea, diez segundos, nadie contesta y luego cuelgan. Es

desquiciante y me planteo no volver a descolgar, pero suelen insistir hasta que lo hago. Quienquiera que sea, parece que está tratando de acabar con mis nervios.

Y buena prueba de ello es el respingo que doy cuando suena el timbre de la puerta.

Frunzo el ceño, desconcertada, porque no he pedido nada de comida a domicilio ni estoy esperando ningún paquete. Tampoco creo que tenga visita a estas horas, pero como nunca se sabe me encamino hacia la puerta con desgana.

—¿Sí? —le pregunto al mensajero con cara de circunstancias que tengo plantado en el porche con un paquete en la mano.

—¿La señorita Faith Lowell? —Al ver que asiento, patidifusa, añade: —Tengo un paquete para usted, por favor firme aquí.

—¿Quién lo envía? —inquiero, con el fin de obtener algo de información porque, insisto, es muy extraño que me llegue un paquete a estas horas cuando no estoy esperando nada. Mi sexto sentido me dice que algo no va bien y no estoy dispuesta a ignorarlo.

—El remitente es anónimo. ¿Quiere quedárselo o va a devolverlo? —contesta el repartidor, algo impaciente. No puedo culparlo, estará deseando terminar la jornada para ir a casa.

Vacilo apenas una fracción de segundo, hasta que asiento. Qué diablos, siento demasiada curiosidad como para dejarlo correr.

Me lo entrega, firmo y apenas atino a murmurar una despedida rápida para no parecer una maleducada antes de cerrarle la puerta en las narices. Rasgo el papel con celeridad, dándome cuenta de que se trata de algo pequeño, tal vez un cuaderno o una libreta por la textura.

Termino de abrirlo y se me cae el alma a los pies. No es un cuaderno; sino un diario. Mi diario, ese que creía perdido.

Se me eriza la piel de la nuca y me quedo congelada en el sitio. Es imposible.

Tiene que ser una broma de mal gusto.

Porque si no…quienquiera que sea, ha tenido que entrar en mi casa mientras yo estaba fuera, robarlo con Dios sabe qué intenciones y mandármelo después. Es absurdo, ¿verdad? ¿Quién estaría tan perturbado?

Lo reviso para asegurarme de que no haya sido una confusión, a lo mejor no se trata del mío. Pero sí; la misma mancha de café en el lateral izquierdo y mi caligrafía lo corroboran.

Empiezo a pasar las páginas cada vez más rápido, con la vista emborronada a causa de las lágrimas de ira que arrasan mi rostro.

Aquí hay cosas tan privadas como perturbadoras que jamás habría querido que nadie leyera. Este diario ha sido testigo de mis momentos más bajos, en él me he desahogado infinidad de veces. Contiene todos mis secretos, hasta los más oscuros.

Si cierro los ojos, podría recitar los pasajes más desesperados de memoria. Vuelvo a ser una adolescente con un padre abusivo y hablo de cómo quiero morir casi a diario, de la vez que lo intenté y estuve a punto de conseguirlo…

Me seco las lágrimas, pero es inútil; soy como una fuente desbordada. Estos demonios deberían haberse quedado encerrados para siempre en la seguridad de mi hogar y ahora hay un enfermo que los ha leído. Es invasivo, asqueroso e intolerable y si no estuviera tan furiosa ahora mismo tendría miedo. Estaría cagada, joder.

Paso algunas páginas más y mi corazón sangra al encontrarme con lo que escribí durante mi ingreso tras el brote psicótico que me llevó a cortarme las venas con veinte años. No puedo. No puedo.

Hay demasiado dolor ahí dentro y por muy cobarde que suene no quiero enfrentarme a él. Cierro el diario con brusquedad, lo sostengo

entre mis manos con la respiración entrecortada mientras lo miro como si estuviera corrompido y en un impulso lo lanzo lo más lejos posible de mí, con toda mi rabia.

No entiendo por qué esto me ha desestabilizado tanto. Sé que el remitente (nadie me quita de la cabeza que se trata de Nicholas, por muy absurdo que suene) está jugando conmigo, pero no voy a consentir que profane el único lugar en el que me siento segura…

Sin embargo, estoy perdiendo la partida y eso me enfurece. No puedo soportar que rompa mis patrones de ese modo.

He estado con las emociones a flor de piel desde que he llegado y esto solo ha sido la gota que ha colmado el vaso. Sé que está observándome, en alguna parte, deleitándose al arrebatarme el control. Y esa certeza es la que me hace estallar y ponerme en movimiento.

Atravieso la estancia en dos zancadas, cojo un jarrón y lo estrello contra la pared al tiempo en que dejo escapar un chillido de ira que se asemeja a un auténtico grito de guerra.

Siempre he sido una mujer tranquila y templada, paciente y reservada, con tendencia a guardarme todos mis sentimientos para mí porque no me gustan los conflictos. El problema es que cuando exploto soy como una bomba nuclear; tan peligrosa como devastadora, y ahora mismo siento demasiada ira como para medir las consecuencias de mis actos.

Bufo y abro el balcón de un tirón tan brusco que me hago daño en la mano, pero la rabia es demasiado poderosa y no consigo reprimirla.

Empiezo a gritar a pleno pulmón en mitad de la noche:

—¿¡¡Por qué te escondes!!? ¡Déjate de mensajes y paquetes anónimos y da la cara, maldito cobarde! ¡¡¡Sé que estás ahí!!!

Aguardo una respuesta, desafiante. No puedo quedarme quieta y recorro el reducido espacio a zancadas, cual león enjaulado. Me

siento fuera de mí, ansiosa porque dé la cara y acabemos con esto de una vez. Pero, por supuesto, eso no sucede. No hay respuesta y eso me da tanta rabia que exploto de nuevo. Chillo hasta sacarlo todo, sin importarme una mierda que los vecinos me tomen por loca. Y resulta tan jodidamente liberador…

Para cuando termino de desahogarme me arde la garganta y sigo sin percibir ninguna presencia, así que entro en casa -aún echando chispas- y tras asegurarme de cerrarlo todo herméticamente me preparo una tila doble y me meto en la cama.

La furia sigue corriendo por mis venas junto con algo que me avergüenza terriblemente y que jamás reconocería: estoy tan rabiosa como excitada.

¿Qué me está pasando Dios mío? Jamás me he comportado de este modo.

Si no me ando con cuidado, ese maldito canalla me acabará volviendo loca. Así que decido que se acabó, mañana pienso plantarle cara. Si no deja de acosarme no tendré más remedio que contárselo todo a Mike.

# CAPÍTULO 14

**FAITH**

Esta mañana, Pensilvania amanece azotada por una implacable tormenta que se desató de madrugada y ha hecho activar la alerta roja en todo el Estado, lo que significa que no puedo ir a trabajar.

Debería sentirme aliviada, sobre todo después de lo de anoche, pero en su lugar no puedo evitar experimentar un ápice de decepción. Estaba resuelta a enfrentar a Nicholas y hacerlo confesar aunque tuviera que emplear mis métodos más sucios para lograrlo. Sin embargo, parece que voy a tener que esperar hasta que las aguas se calmen, literalmente hablando.

Enciendo una vela y dejo las cortinas echadas, me gusta que mi casa permanezca en penumbra cuando llueve, es algo que me relaja. Así que me pongo a leer un buen libro y dejo que las horas pasen mientras se me pasa un fugaz pensamiento por la cabeza: ¿qué estará haciendo Nicholas ahora? ¿Cómo se habrá tomado el hecho de que hoy no vaya a visitarlo?

Desecho esas ideas de mi mente y vuelvo a sumergirme en mi lectura, hasta que sin darme cuenta me quedo dormida.

**...**

*No quiero entrar en la iglesia.*

*Es medianoche y está demasiado oscuro.*

*Además de que el silencio sepulcral me inquieta y siento las miradas juzgadoras de los santos a mi paso.*

*Pero mi padre me ha pedido que vaya porque se ha olvidado la Biblia en el refectorio y cuando el pastor Lowell da una orden, tú*

*obedeces sin rechistar si sabes lo que es bueno, así que no me queda más remedio.*

*Noto que algo no va bien en cuanto pongo un pie en el interior y la música del organillo empieza a sonar como si unas manos invisibles estuvieran tocando un concierto privado dirigido expresamente para mí.*

*Sin embargo, no conozco la melodía.*

*No tiene nada de eclesiástico, sino más bien yo diría que todo lo contrario; hay algo sacrílego en sus notas desviadas y se me pone la piel de gallina más y más con cada paso que doy.*

*No hay ni un alma, lo que hace que me pregunte quién está tocando.*

*Reprimo el impulso de echar a correr hacia la salida ahora que estoy a tiempo y acelero el paso. Seré rápida. Entrar y salir. Puedo hacerlo.*

*Abro la puerta del tirón y dejo escapar el aire contenido. Aquí tampoco hay nadie.*

*Pero al aguzar la vista para adaptarme a la penumbra que reina en el habitáculo, frunzo el ceño.*

*La Biblia está en una de las estanterías, exactamente donde mi padre se la olvidó, sí. No obstante, el carrito de bebé situado en el centro de la estancia me hiela la sangre, porque estoy segura de que eso no estaba ahí.*

*Trago saliva, tomo la Biblia y me acerco con pasos vacilantes. La curiosidad se impone a mi buen juicio. Solo echaré un pequeño vistazo y me iré.*

*Un grito de horror se escapa desde las profundidades de mi garganta al asomarme.*

*Un pequeño carnero yace en el carro, masticando algo entre sus dientes. Cuando me fijo bien, me doblo en dos por las náuseas al*

*percatarme de que se trata de un corazón. Y no cualquier corazón no, un corazón humano.*

*Sus tripas están al descubierto y de repente lo escupe a mis pies y empieza a llorar con desesperación.*

*Noto una punzada aguda en mi propio pecho y al llevarme las manos hacia la zona dolorida encuentro un vacío que me aterra. Mi corazón…ya no está.*

*Y entonces lo comprendo: era el que estaba devorando el carnero, que se ríe con carcajadas agudas y adopta la forma de Satanás mientras yo me pudro frente a sus ojos.*

*Grito hasta quedarme sin voz, pero no sirve de nada. Pronto, no queda de mí más que las cenizas y el polvo.*

***...***

El sueño todavía sigue vívido en mi cabeza y me sirvo un vaso de agua hasta arriba, tratando de respirar hondo para calmar los alocados latidos de mi pulso errático.

Me froto las sienes con la esperanza de mitigar el intenso dolor de cabeza que me azota, pero el frío que se ha instalado en mis huesos tras despertar de esa horrible pesadilla no desaparece, ni creo que lo haga pronto.

No puedo quedarme aquí sola toda la noche o las paredes de esta casa se me echarán encima. Ya no me siento segura aquí, ni dormida ni despierta, y me pregunto cómo ha pasado. Desde cuándo el que consideraba mi refugio, mi templo, se ha convertido en la peor de las cárceles.

¿Qué hago, entonces?

Me asomo a la ventana, con Cyrus en brazos, que no deja de maullar de gusto cuando lo acaricio y contemplo cómo la lluvia sigue azotando las calles sin piedad, aunque la furia del temporal ha arreciado ligeramente.

No me apetece salir con este tiempo -aunque rara vez tengo ganas de hacerlo, ya que soy una ermitaña- pero se me ocurre otra cosa; podría invitar a Cameron y su familia a cenar.

Ellos viven a tan solo quince minutos de aquí y tal vez, si no tienen otros planes, les apetezca acercarse. Siempre son ellos quienes me invitan y me parece bien que por una vez sea yo quien ejerza de anfitriona. Necesito compañía, distraerme, y son los únicos amigos que tengo. Aunque suene triste, es la verdad. No tengo a nadie más.

No me lo pienso demasiado y llamo a Cam antes de arrepentirme. Mantenemos una conversación corta pero afable y apenas he terminado de hacerle la invitación cuando la aguda y alegre vocecilla de Kelly, su mujer, se eleva por encima de la suya propia.

—¡Por supuesto! Dile que sí, Cam, iremos encantados.

—Bueno, eso es lo que estaba a punto de hacer, mujer —refunfuña este, a lo que me echo a reír sin poder evitarlo. Me encanta la dinámica de este matrimonio tan sólido, siempre están como el perro y el gato pero se quieren y no pueden estar el uno sin la otra. A eso he aspirado siempre, pero empiezo a pensar que es algo que jamás encontraré y eso me entristece.

Parpadeo y me enfoco en la conversación.

—Perfecto, muchas gracias. Os espero a las ocho y no traigáis nada, que os conozco. Yo cocinaré.

Es lo menos que puedo hacer.

Quedamos así y en cuanto nos despedimos me enfoco en ordenar y limpiar la casa a fondo para matar el rato ante las miradas entre atónitas y cargadas de juicio de Cyrus. Mi chico es incluso menos sociable que yo, lo cual ya es decir mucho.

Cuando termino, me duelen los brazos de tanto fregar pero estoy plenamente satisfecha. Pongo música para amenizar el ambiente y empiezo a preparar los mejores platos que sé elaborar para

sorprender a mis invitados. Estar ocupada me está sentando fenomenal porque he recuperado el buen humor.

Me esmero tanto que el tiempo pasa volando y cuando vengo a darme cuenta son más de las siete, así que apago el tocadiscos y corro a la ducha, no sin antes comprobar que la furiosa tormenta ha pasado a convertirse en un inofensivo aguacero, tal y como predijo el hombre del tiempo. Perfecto.

Termino de maquillarme en tiempo récord y admiro el reflejo de cuerpo entero que me devuelve el espejo. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan guapa, tan cómoda en mi propia piel y eso que me he enfundado unos vaqueros y un suéter sencillo, pero lo cierto es que no me había percatado hasta ahora de que desde que comencé el nuevo trabajo, por irónico que resulte, he ganado mucha seguridad en mí misma. Algo bueno tenía que salir de tratar con Nicholas después de todo. Pero esta noche no quiero pensar en él, solo quiero distraerme y pasarlo bien.

Suena el timbre y me apresuro a abrir, emocionada como si fuera el día de Navidad, pero es que no suelo recibir visitas y esta es especial. Quiero agradarles y que todo salga perfecto.

Al abrir me encuentro con una despampanante rubia de metro ochenta, de cuerpo atlético y vivaces ojos azules a quien apenas se le nota que tiene dos hijas de quince años, porque se conserva estupendamente.

Kelly me sonríe en cuanto me ve y abro los brazos en su dirección, sintiéndome tremendamente emocional de pronto. Esta mujer siempre me ha tratado como a una hija más, ha hecho mucho por mí y por eso no puedo evitar emocionarme al verla.

—Buenas noches, Faith, querida. Muchas gracias por invitarnos a venir, ha sido un detalle por tu parte —exclama, todavía aferrada a mi cuello, para acto seguido susurrar que Cam y las gemelas están aparcando y vendrán en un momento.

—Gracias a vosotros por aceptar, Kelly, es un placer y hace mucho que no nos veíamos —aseguro y no puedo evitar disculparme por no haber mantenido más el contacto. —Lamento eso, el trabajo me tiene absorbida…ya sabes.

—Por supuesto, lo comprendo. Cam es igual, a veces las chicas y yo bromeamos con él diciéndole que está casado con el trabajo. —Ambas nos echamos a reír, pues no tengo ninguna duda de eso y Kelly me toma de las manos. Son cálidas y maternales y su toque me hace darme cuenta de lo necesitada de contacto humano que he estado. —Está orgulloso de ti —me dice y parpadeo para retener las lágrimas que amenazan con aflorar.

—Lo sé y yo siempre estaré en deuda con él, con todos vosotros. Pero vas a hacer que me ponga sentimental, mejor pasa y los esperamos en el salón. He preparado unos aperitivos —le ofrezco, a lo que accede de buena gana.

—Oh, eres encantadora.

Toma asiento, alabando una y otra vez mi estupendo trabajo -lo cual me hace sonrojar, porque aunque estoy orgullosa de mis habilidades en la cocina no tengo nada que hacer a su lado- y Cam no tarda en entrar, seguido de las gemelas, que están ensimismadas en la pantalla de su móvil. Su madre las regaña para que me saluden y me pide disculpas, pero yo le resto importancia, es algo típico de su edad.

Cameron me envuelve en un abrazo tan fuerte que podría haberme quedado así toda la noche. Es increíble cómo esa muestra de cariño sincero repone mis fuerzas para una semana, lo necesitaba de veras.

—Estás guapísima, Faith —asegura, antes de tomar asiento junto a su mujer.

Le doy las gracias. Si siguen dedicándome tantos cumplidos al final me lo voy a creer.

Nos sentamos a la mesa y la cena transcurre entre conversaciones amenas, risas y alegría. Me olvido de todas mis preocupaciones y

disfruto como una persona normal rodeada de la gente a la que quiero.

Todo iba tan, pero tan bien que debería haber imaginado que no duraría. Y es que la curiosidad de Jessie, una de las gemelas, sale a relucir de un modo que me pilla desprevenida.

—Faith, ¿cómo es Nicholas Westwood? ¿Está tan perturbado como dicen? ¿No te asusta quedarte a solas con él en su celda cada día? —me pregunta, con su inocencia. Su hermana la secunda, las dos sienten curiosidad y es normal. Debería haber imaginado que el nombre de Nicholas saldría a relucir tarde o temprano.

—¡Chicas, por favor, no seáis groseras! —Kelly las amonesta, escandalizada por la pregunta.

Sin embargo, intervengo para que lo deje estar.

—No, está bien. No han dicho nada malo. Es normal sentir curiosidad, de hecho —comento y hago una pausa para beber un sorbo de vino antes de contestar a la pregunta con la mayor sinceridad posible, dadas las circunstancias. —No me asusta, es mi trabajo y estoy acostumbrada, aunque eso no quiere decir que me resulte fácil, claro. Nicholas es…imponente, intrigante y hermético, ciertamente. No resulta tarea sencilla ahondar en su mente, pero estamos progresando.

Bueno, sé que he exagerado un tanto pero no es del todo mentira.

—Qué pasada, eres muy valiente. Si yo estuviera cerca de un asesino en serie como él me desmayaría —exclama la adolescente, con admiración y acto seguido comparte una mirada cómplice con su gemela, que suelta:

—Pues yo no creo que sea para tanto, es muy guapo.

—Kim, retira eso inmediatamente. Ese hombre es un asesino perturbado y peligroso.

Esta vez es Cameron quien interviene y su expresión se ha vuelto tan severa que hasta yo me encojo. Ambas chicas bajan la cabeza y

asienten, cohibidas.

—Pero…está bien. Lo siento —musita, un poco a regañadientes.

—No importa, cielo —aseguro y es la verdad. No puedo culparla, no cuando yo misma he tenido pensamientos así y mucho más subidos de tono con el asesino perturbado en cuestión.

Me pregunto cómo reaccionarían todos si supieran que dejé que me metiera los dedos en el coño hasta provocarme un orgasmo. Cam estaría tan horrorizado que no volvería a hablarme, estoy segura.

Parpadeo para quitármelo de la cabeza y fuerzo una sonrisa mientras seguimos cenando. La conversación gira en torno a temas más agradables y triviales y trato de dejarme llevar de nuevo. Sin embargo, Nicholas ya se ha colado en mis pensamientos y me resulta imposible relajarme.

Por eso, me levanto casi de inmediato cuando suena el timbre. Esta vez ni siquiera me molesto en preguntarme de qué se trata, de algún modo ya lo sé.

—Perdón, voy a ver de qué se trata —me excuso, por educación. Kelly me sonríe, comprensiva.

—Descuida, Faith.

Me alejo por el pasillo, mis tacones resuenan sobre las baldosas y nada más abrir me topo con un repartidor que está sosteniendo un enorme ramo de rosas rojas entre las manos. Me lo tiende con una sonrisa.

Firmo y lo acepto, sin molestarme ya en hacer preguntas. No tendría sentido. La respuesta empieza a estar clara y apunta en una sola dirección.

Cojo la tarjeta que viene con el ramo y leo la nota, escrita a ordenador, que mi admirador secreto me ha dejado.

*Las rosas con espinas son las más bellas porque su esencia perdura. No lo olvides.*

Enarco las cejas.

Vaya, pues sí que está poético esta noche.

Incómoda, me encamino de vuelta hacia el salón a sabiendas de que no hay manera de que pueda ocultarles esto a mis anfitriones porque tengo que atravesarlo para llegar hasta la cocina.

Pongo la excusa de que se trata de un chico con el que tuve una cita cuando Kelly pregunta, a lo que ella me felicita, emocionada, las gemelas silban y aplauden, con ganas de cotilleo y Cameron…bueno, su mirada escrutadora me estudia de un modo que me pone muy difícil mantener el temple, pues sé que me conoce bien y no se lo ha tragado.

Así que me escabullo hacia la cocina a toda prisa para no tener que enfrentarlo y me tomo mi tiempo poniéndolas en un bonito jarrón. Son demasiado hermosas para tirarlas. La nota me la guardo, justo antes de que Cam irrumpa en la cocina. Su voz resuena a mi espalda, sobresaltándome ligeramente pese a haberme percatado de su presencia.

—Faith, ¿estás bien? Te has puesto pálida al volver con las flores y te noto callada y retraída. ¿Hay algo que quieras contarme? Ya sabes que puedes confiar en mí.

Lo miro a los ojos y por un momento me entran ganas de contárselo todo. Pero no puedo hacerlo. Se sentirá responsable por haberme ofrecido este trabajo y no pienso dejar que eso pase. No, yo puedo ocuparme de esto sola. No hay necesidad de involucrar a nadie más.

Así que miento.

—No, yo…las flores son de un chico con el que tuve una cita hace tiempo y me ha sorprendido, además estoy algo agotada. Ya sabes, me exijo demasiado en el trabajo, pero eso es todo.

Le dedico mi mejor sonrisa y puedo ver cómo vacila, inseguro.

—¿Estás segura de que no hay nada más? —inquiere, sin tenerlas todas consigo.

—Segura, no tienes que preocuparte por mí, de verdad.

Me sabe fatal tener que hacer esto, pero es lo mejor.

—Me pides imposibles. Ya sabes que siempre estoy aquí para ti, últimamente te has mantenido muy alejada de nosotros…no te pierdas tanto, ¿vale? Todos necesitamos un respiro, incluso este viejo comisario charlatán —apunta y pese a su tono risueño puedo ver la preocupación asomando en sus pupilas.

Trago saliva y asiento, sintiéndome horrible.

—Sí, tienes toda la razón. Mantendré más el contacto, te lo prometo.

Él asiente, aliviado.

—Bien.

Nos fundimos en otro sentido abrazo hasta que me aclaro la garganta, porque como sigamos así me echaré a llorar como una niña.

—Bueno, ¿te parece si probamos el pastel de manzana ya? No he olvidado que es tu favorito —lo tiento, a sabiendas de que no podrá resistirse. Tal y como esperaba, su mirada se ilumina como la de un niño en Navidad y se atusa el bigote.

—¿Lo has preparado para mí? Gracias pequeña, eres un ángel.

—Vamos, vas a hacer que me sonroje, no es para tanto.

—Oh, ¿tú has visto a esas dos? Van a hacer que me vuelva loco un día de estos —suelta, con tono dramático. Los dos acabamos riéndonos a carcajadas antes de volver al salón con el postre.

Y las rosas se quedan en la cocina, como un recordatorio de que él me está observando. Siempre lo hace, ya no me cabe la menor duda.

Y mañana pienso averiguar qué pretende con ello.

# CAPÍTULO 15

**FAITH**

A primera hora de la mañana, cojo el coche y conduzco hasta la penitenciaría. El trayecto habitual de dos horas se convierte en una hora y media debido a que voy rebasando ligeramente el límite de velocidad permitida, pero no me importa. Necesito respuestas.

Es por eso que en cuanto tomo asiento frente a Nicholas, se lo suelto sin anestesia. No puedo aguantarlo más.

—Me has estado acosando, ¿verdad? Los mensajes, las notas, el diario… y anoche el ramo de rosas. ¿Por qué lo haces, Nicholas? ¿Adónde quieres llegar con todo esto? —espeto, sintiéndome liberada después de haberlo enfrentado por fin.

Él ni siquiera se inmuta. Permanece tranquilo, mirándome como si no comprendiera de qué estoy hablando. Su oscura barba está más poblada, lo que lo hace parecer más atractivo y también más peligroso todavía.

—Mírame, doctora, ¿crees que estoy en condiciones de poder acosarte?

No esperaba que lo admitiera, por supuesto. Sin embargo, su descaro me molesta. ¿De verdad me cree tan estúpida como para tragarme eso? Ja.

—No lo sé, a estas alturas te conozco lo suficiente como para saber que eres capaz de ingeniártelas. Así que si lo has hecho tú, aunque el alcaide me ha asegurado que es imposible que tengas acceso a un teléfono ni a internet, puedes admitirlo. No se lo diré a nadie, solo quiero que pares —admito y estoy siendo completamente sincera. No me interesa tomar represalias, solo quiero que me deje en paz.

Porque es lo que quiero, ¿no?

Se pasa la lengua por los labios, indiferente ante mi alegato y suspira, como si estuviera armándose de paciencia.

Esto es el colmo.

—Soy un hombre capaz de todo, Faith, tú lo has dicho. Pero deja que reformule mi pregunta: ¿por qué crees que yo te acosaría?

Odio que responda a una pregunta con otra, maldita sea.

—Así que admites que eres tú.

—No he dicho eso, solo trato de seguir tu lógica —rebate, provocando que apriete los dientes de frustración. Es demasiado inteligente, así no conseguiré nada.

—Esta conversación no va a ir a ninguna parte, ¿verdad?

Es una afirmación, no una pregunta.

Nicholas se encoge de hombros y esboza su característica media sonrisa.

—Eso depende de hasta dónde estés dispuesta a llegar tú, doctora —apostilla.

Muy bien, adoptaré otro enfoque entonces.

Me levanto con movimientos gráciles y exhibo la cortísima falda blanca que me he puesto para la ocasión y me paseo a su alrededor como si estuviera emulando a la mismísima Sharon Stone en *Instinto básico*. Solo me falta enseñarle las bragas otra vez.

Él permanece inmóvil mientras me detengo apenas a un palmo de su boca y le acaricio la áspera barba con la yema del pulgar. Mi pulso está desbocado y mentiría si dijera que no estoy nerviosa, pero tengo que hacerlo. Voy a jugar con fuego.

—La otra noche me toqué pensando en ti, gemí tu nombre mientras tenía un consolador entre las piernas y todo el rato me imaginaba que eras tú quien me follaba hasta dejarme seca —susurro, a

escasos milímetros de sus labios y sonrío al percatarme de que, pese a que él no mueve ni un músculo y parece tan en calma como siempre, su entrepierna se endurece bajo los pantalones, revelando un bulto descomunal que me hace salivar por un momento hasta que me recompongo. —Pero eso ya lo sabías, ¿no? Dado que me espías.

Nicholas suelta un silbido y sus ojos gélidos me atraviesan hasta el alma a medida que me escanea de pies a cabeza.

—Vaya, admito que estoy impresionado. Qué confesiones tan sucias y explícitas para una profesional como usted…no es apropiado que una terapeuta se autocomplazca así pensando en su paciente, hasta donde yo sé, claro. —La ironía en su tono es brutal y se regodea de ello. No voy a conseguir sacarle nada, está clara su amenaza implícita.

Si yo lo delato, él me delata. Estamos en un *impass*.

Qué listo es el muy…

—Tampoco es apropiado enviar mensajes anónimos, llamar a altas horas de la noche para perturbarme ni mucho menos dedicarte a requisar mis efectos personales para después ir enviándomelos y es a lo que te dedicas cuando nadie te ve —contraataco, llevada por la furia. Si diera un solo paso, nuestras bocas se juntarían y una parte de mí se muere por hacerlo, por comprobar si realmente sabe a azufre y pecado como me imagino.

—¿Yo? Está delirando, doctora, ¿cómo podría hacer todo eso estando encerrado aquí? —Ahora se hace el pobre paciente desvalido, es increíble.

—Muy fácil, con un cómplice del exterior. Sé que tienes mucho dinero para sobornar a quien sea y una extraordinaria capacidad de manipulación —espeto, posando un dedo acusador sobre su pecho. Me niego a dejarlo estar.

Él aprieta la mandíbula, es un gesto apenas perceptible pero me satisface en demasía.

—Esas son acusaciones muy feas, Faith, has herido mis sentimientos. Además, ¿acaso puedes probarlo? —Me desafía abiertamente y aprieto los puños, porque ambos sabemos la respuesta. Ha ganado.

Sin embargo, no será por mucho tiempo si yo tengo algo que decir al respecto.

—Todavía no, pero espera. Que sepas que no te saldrás con la tuya y como descubra que me estás acosando…

—¿Qué harás? —inquiere, con una mezcla de curiosidad y desafío.

—No volverás a verme. No es una amenaza, sino un hecho —aclaro. Es un farol, por el momento. Pero resulto muy convincente, pues veo la ira refulgiendo en sus iris. Así que le doy el golpe de gracia: —Y recuerda que soy tu última oportunidad para vivir, tú decides.

Se echa a reír y abre los brazos en cruz con chulería.

—Yo ya estoy condenado, pero admito que tu tesón es un soplo de aire fresco.

No sé cómo tomarme sus palabras.

Después de eso, no consigo sacarle casi nada de relevancia. Le pregunto cómo se ha sentido estos días, si ha notado algún cambio desde que empezó nuestra terapia y hasta por su nuevo material de lectura, pero sus respuestas son ambiguas y evasivas. De modo que me rindo enseguida.

—Hemos terminado por hoy —anuncio, con una sensación agridulce en la boca del estómago.

—Esperaré impaciente tu próxima visita —se despide.

# CAPÍTULO 16

**FAITH**

Es jueves, un día perfecto para hacer las preguntas oportunas. No pienso esperar más.

Hoy Nicholas está de buen talante y se ha mostrado más comunicativo, así que aprovecho para entrar en materia.

Cada noche antes de dormir consulto mis progresos en el informe que tengo que redactar y me deprimo al ver que no he avanzado casi nada. Pues bien, eso se acabará hoy.

—La pregunta que quiero hacerte en esta sesión es más delicada, Nicholas, pero como siempre espero que me respondas con sinceridad. ¿Estás de acuerdo? —Abordo el tema con diplomacia, pidiendo su consentimiento para hacerlo bajar las defensas.

—Por supuesto, doctora. Jamás le he mentido.

Parpadeo ante el convencimiento con que lo dice, pero lo cierto es que al analizarlo me doy cuenta de que tiene razón. Ha omitido mucha información, sí, pero jamás me ha dicho una sola mentira y eso debo reconocérselo.

Me armo de valor para continuar. La grabadora está encendida. Solo tengo que concentrarme en obtener una respuesta satisfactoria.

—Bien. Mataste a trece mujeres, ya me has explicado tus motivaciones —emplear estos términos me duele en el alma, pero debo ponerme en su piel y expresarme como él lo haría si quiero que esto sirva de algo. Inhalo una bocanada de aire antes de continuar —, pero en ningún momento me has aclarado si sentiste cierta pulsión sexual hacia ellas. Quiero saber si mantuviste relaciones consentidas con ellas o si las forzaste.

Espero pacientemente mi tan ansiada respuesta, la cual se hace de rogar.

—Faith, Faith…has leído mi expediente —la voz de Nicholas, pese a sonar cantarina, es claramente reprobatoria. —Sé que lo has hecho y no solo eso, sino que apuesto a que te lo sabes de memoria. Entonces, ¿por qué me preguntas algo cuya respuesta ya conoces?

Cruza los musculosos brazos ante el pecho y no puedo evitar admirar sus tatuajes. Una cabeza de carnero, calaveras, símbolos ininteligibles y dos palabras en un idioma que desconozco. No parece molesto por la pregunta, sino más bien curioso.

—Tengo que hacerlo, es mi trabajo y debo dejar constancia de cada detalle. Responde, por favor —le pido, aunque por dentro estoy suplicando.

*Por favor, dame algo de una vez.*

Como si me hubiera leído la mente, cede.

—No, no mantuve relaciones con mis víctimas, ni de mutuo acuerdo ni tampoco sin consentimiento. No las toqué y no sentí el menor deseo sexual hacia ellas, ni en vida ni tras su muerte —contesta, recalcando cada palabra para que no quede la menor duda.

Mentiría si dijera que no me alivia escucharlo de su boca, aunque supiera perfectamente la respuesta. Pero esto nos lleva a la pregunta principal.

—¿Por qué?

Nicholas ladea la cabeza y se toma su tiempo para contestar. Juro que me encantaría acceder a su cerebro para saber qué está pensando en este preciso instante. No deja traslucir nada, ni el más mínimo gesto que pueda darme una pista de lo que hay en esa cabeza suya. Y cada segundo de suspense es una agonía.

—Es una muy buena pregunta. Hasta ahora no he encontrado a ninguna víctima que deseara poseer con la misma fuerza con que ansiaba arrebatarle la vida. —Se queda callado de pronto, sumido en

sus recuerdos y reflexiones. No lo presiono, al contrario. Presiento que está a punto de confesar algo grande. —No, eran mis proyectos, deseaba arreglarlas y moldearlas como piezas de mi preciada colección…pero aun así no eran dignas de ser llamadas mis musas, por mucho que deseara lo contrario. Ese puesto solo puede ser ocupado por una mujer muy especial.

Hay frustración en su gesto, al mismo tiempo que vislumbro una devoción sobrecogedora al pronunciar esto último.

Me pica la curiosidad de inmediato. Al fin tengo algo interesante. Ha costado, pero lo he logrado.

—¿Y pudiste encontrarla antes de que te detuvieran…o lo has hecho ahora?

La manera en que sonríe como si le hubiera contado el mejor chiste de su vida me desconcierta.

—Créeme, doctora, cuando haya encontrado a mi musa…ella lo sabrá sin que yo tenga que revelárselo —replica, dejándome peor de lo que estaba.

—Tus respuestas son demasiado ambiguas, ¿lo haces a propósito? —Protesto, sin poder evitar enfurruñarme. Pero es que me ha dejado con la miel en los labios

—Bueno, bien dicen que a buen entendedor pocas palabras bastan.

Y ahora me sale con refranes. ¡Será…!

—Una pregunta más y habremos terminado por hoy: si pudieras volver atrás, ¿cambiarías algo de lo que hiciste? ¿Crees que podrías haber reprimido tus impulsos? Trece mujeres seguirían vivas ahora si no se hubieran cruzado contigo —apunto, con la esperanza de quitarme el sabor de la decepción tras la anterior respuesta. Además, es algo que me está reconcomiendo desde que supe de su caso.

Ni siquiera vacila a la hora de contestar. Lo tiene claro.

—Esto te va a decepcionar, pero aunque pudiera vivir mil vidas diferentes…siempre, en cada una de ellas, repetiría exactamente cada paso que he dado —afirma.

Tiene razón, en cierto modo me decepciona, pero lo disimulo lo mejor que puedo.

—No sientes el menor remordimiento, ya veo. ¿Lo harías incluso a sabiendas de que te atraparían? —Voy todavía más allá. Lo cierto es que no sé qué espero encontrar en él a estas alturas.

No hay remordimientos, no hay empatía, ni culpa, ni nada…no se arrepiente de sus actos y no solo lo haría de nuevo, sino que si saliera a la calle volvería a matar. ¿Qué más necesito para verlo como al monstruo que es?

Ojalá lo supiera.

—Así es.

Tras esa escueta respuesta, se cierra en banda.

—¿Por qué?

Suspira y me mira como si estuviera tratando con una niña tan impaciente como corta de entendederas, lo cual me ofende.

—Has dicho que solo quedaba una pregunta y odio decirlo pero esta es la tercera, así que…

No completa la frase, pero no es necesario. Queda claro. No dirá una sola palabra más, al menos de momento.

Resignada, asiento y apago la grabadora.

—Cierto, lo dejaremos por hoy. Buenas tardes, Nicholas.

—Siempre un placer, doctora —asegura, dedicándome una sonrisa taimada antes de añadir: —Por curiosidad, ¿cómo se llama tu gato?

—Cyrus, ¿por qué? —inquiero, desconfiada.

No obstante, solo responde a lo que le interesa.

—Bonito nombre.

Me marcho sin molestarme en replicar y cuando llego a casa tras dos largas horas de carretera, me encuentro con el repartidor del otro día esperando en la puerta con un paquete considerablemente más grande que el anterior.

Nuevamente, lo recibo y firmo sin preguntas o reclamos.

Al entrar en casa, Cyrus me recibe con un maullido cargado de interés. Abro el paquete ante su mirada expectante y mis suposiciones se ven confirmadas.

Me topo con tres paquetes de comida para gatos y un collar dorado a nombre de Cyrus, quien de inmediato empieza a reclamar su cena.

Y esta vez no puedo reprimir la sonrisa que escapa de mis labios. No debería, pero empieza a gustarme esto.

# CAPÍTULO 17

**NICHOLAS**

Faith no deja de dar golpecitos con las uñas sobre el desgastado lomo del ejemplar de *El conde de Montecristo* que tengo en la celda, listo para devolver pese a que lo terminé hace dos días.

Parece que se percata de mi hostilidad, porque lo deja a un lado y se aclara la garganta.

—Hoy estás de muy mal humor, ¿ha ocurrido algo? Puedes hablar conmigo, estoy aquí para eso.

Supongo que lo dice porque apenas he abierto la boca desde que ha llegado, hace más de quince minutos. Enseguida se ha dado cuenta de que no estaba teniendo un buen día y me ha dado espacio. Sin embargo, yo tengo otros planes para esta sesión.

Todo lo que la concierne forma parte de un plan cuidadosamente elaborado durante demasiadas noches en vela.

—Es lo que pasa cuando llevas aquí encerrado tanto tiempo, hay días buenos y días en los que…empezaría a matar y no dejaría títere con cabeza —contesto, con toda sinceridad.

Si se escandaliza, tiene el cuajo de no demostrarlo. Es buena poniendo cara de póker, lo reconozco, pero está ante una mente maestra.

—¿Has tenido impulsos asesinos de ese tipo muy a menudo? —inquiere, con esa maldita grabadora ya en marcha.

—Con menos frecuencia desde que tú me visitas —digo y no se hace una idea de hasta qué punto es cierto.

Resopla y pone los ojos en blanco.  Cree que estoy exagerando. Bien, dejaré que lo piense de momento.

—Me alegra ayudarte, aunque creo que te sentirías mejor si tomaras tu medicación —apunta, sagaz. Es evidente que se ha dado cuenta de que no la tomo, es demasiado lista.

Sin embargo, decido jugar un poco con ella porque es divertido.

—Oh y eso hago.

Bufa ante mi respuesta como si la hubiera insultado y reprimo una sonrisa.

—No intentes engañarme, sé que no lo haces.

—Es verdad —admito y veo que le sorprende mi sinceridad. Es un efecto que suelo tener, sí.

—¿Por qué no la tomas?

—¿Y estar todo el día dopado y mirando a la pared como un vegetal? —Chasqueo la lengua y frunzo los labios con disgusto. —No, gracias. Si alguien tiene algún problema, que vengan aquí y que intenten darme la medicación a la fuerza.

—Al último que lo intentó le sacaste los ojos y se los hiciste tragar —apunta, haciéndome sonreír. Ah, sí, qué buenos recuerdos.

Me inclino hacia delante y le guiño un ojo.

—Y estaba de buen humor —satirizo, haciéndola enarcar las cejas, aparentemente poco impresionada. Pero yo puedo ver cómo se acelera el pulso en la vena de su cuello y echa una fugaz ojeada hacia la salida. Todavía no se ha dado cuenta de que no la hay, no desde que puse mis ojos en ella.

Hoy le daré una pequeña muestra.

—Comprendo. ¿Tus padres también intentaban obligarte a hacer cosas que no querías?

Ah, la pregunta del millón.

Amo y odio lo profesional que es, cómo intenta desesperadamente escarbar en los recovecos de mi alma podrida con la esperanza de hallar un haz de luz en las tinieblas. No lo va a encontrar. No hay nada en mí excepto oscuridad y sed de sangre y estoy a punto de enseñárselo.

—Al principio sí, hasta que les hice ver lo mucho que eso me molestaba —contesto, escogiendo las palabras con cuidado.

Ella se muestra interesada.

—¿Cómo lo hiciste?

—Digamos que tuve una pequeña rabieta —me limito a decir. Es un eufemismo, si tenemos en cuenta que le di una paliza a mi padre y luego preparé la cena y les ofrecí mis más sinceras disculpas. Charlamos, bebimos y reímos y ellos se lo comieron todo sin tener ni idea de que los había envenenado. Luego, los bajé a un ala secreta del sótano y los emparedé vivos, dejando que se pudrieran hasta que encontraron sus cuerpos.

—¿Vuestra dinámica familiar era complicada? —aventura, mordiéndose el labio inferior sin darse cuenta de cuánto me está provocando con cada gesto que hace. Ni se imagina el esfuerzo supremo que tengo que hacer para permanecer aquí sentado en vez de saltar sobre ella y devorarla aquí mismo, sobre el suelo de esta mugrienta celda.

—Al contrario, era muy sencilla la mayor parte del tiempo —rebato, las palabras me salen de forma mecánica. La indiferencia al hablar de ellos es máxima. No me importan. Nunca me importaron. Como tampoco yo significaba nada para ellos. Y estaba bien con eso, hasta que lo echaron todo a perder. —No se metían en mis asuntos; yo tampoco en los suyos. Si alguna de las dos partes rompía las reglas, había consecuencias.

—¿Qué tipo de consecuencias?

Sabía que eso le interesaría. Mi pequeña cotilla…

—Destruía algo que les importaba y viceversa. Nunca he soportado que toquen mis cosas, así que seguía las reglas al pie de la letra —resumo, encogiéndome de hombros.

Faith es como un perro de presa olfateando su próxima comida, sé que ahora viene la pregunta polémica y casi la animo a formularla.

—Pero es evidente que algo se torció, ¿no? ¿Mataste a tus padres, Nicholas?

Está muy segura de que quiere saber la respuesta, pero en el fondo casi puedo oír esa vocecita en su cabeza suplicando para que diga que no. Su primer error siempre ha sido romantizarme de forma inconsciente, desde que puso un pie en esta celda.

—¿Crees que yo los maté? —No puedo resistirme a volver las preguntas contra ella para desestabilizarla a sabiendas de que la saca de quicio.

—No respondas a una pregunta con otra, ya te lo he pedido muchas veces —resopla, irritada.

—¿Quieres que te confiese algo? —Asiente, sin tenerlas todas consigo y sonrío como un tiburón. Hoy se ha puesto un perfume de vainilla que me vuelve loco. Está siendo un suplicio no arrancarle la blusa y llevarme a la boca esas tetas firmes y respingonas. —Me encanta cuando empleas ese tono autoritario conmigo —susurro, acariciando sus labios con la mirada. Mataría por un beso suyo.

—Ya, pues a mí me gusta que seas un buen chico conmigo —tiene la ocurrencia de decir y se me escapa una estentórea carcajada. Es realmente divertida, admito que cada día me sorprende más.

—¿Crees que soy un buen chico? —pregunto, con las cejas enarcadas y el tono ronco. No tiene ni idea de cuánto me pone con su sola presencia.

Ella sonríe y asiente.

—Creo que podrías llegar a serlo si te esfuerzas. No te molesta que la gente te encasille como a un monstruo, ¿por qué no me dejas

demostrarles que se equivocan? Tienes veintiséis años, Nicholas, tu vida ha sido demasiado corta como para apagarse, ¿no lo ves? —argumenta, con la tristeza adueñándose de esos bonitos ojos verdes. Si tuviera corazón, se me partiría en este instante al ver la manera en que se preocupa por mí, cómo trata de luchar por sacar algo bueno de este cuerpo enfermo y corrompido que solo tiene sed de maldad.

—Así que quieres salvarme la vida. Pero estoy prácticamente sentenciado, ¿piensas que serías capaz de lograrlo? —tanteo, para ver cómo de segura está. ¿Hasta dónde llegaría por mí? Esa pregunta me quita el sueño por las noches, lo reconozco.

Quiero saber cómo de profundo me estoy colando en su sangre, en sus huesos…incrustado en su cerebro como un parásito que no parará hasta corromperla de formas irreversibles. Eso soy yo.

Faith asiente, ajena al carácter depravado de mis pensamientos.

—Sí, no voy a andarme con modestias. Soy buena en mi trabajo. Pero depende de ti —añade, ajena a la manera en que estoy a punto de sacudir su perfecta armadura con una simple pregunta.

—¿Cómo fue su infancia, doctora?

Y ahí está, la reacción que esperaba. Se tensa como el arco de un violín. No se lo esperaba. Mi preciosa musa es tan predecible…

Pasan un par de segundos y no dice nada. Aparta la mirada como un mecanismo de defensa y consulta la hora. Una forma de recomponerse sin llamar la atención, o eso cree ella. Sí, podría haber engañado a un paciente promedio, pero no a mí. Sé cómo piensa, cuáles son sus manías, sus rutinas, qué desayuna cada mañana y hasta la cantidad de veces que se cepilla el pelo antes de ir a dormir. Nada se me escapa.

Al final, suelta una risa nerviosa y se pone a la defensiva.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Has dicho que tengo que cooperar y ser sincero contigo para que esto funcione, pero la confianza debe ir en ambas direcciones. Sabes todo sobre mí, probablemente cierres los ojos por la noche y puedas visualizar mi expediente al completo, pero yo no sé nada sobre ti —la mentira sale de mis labios con una facilidad pasmosa. Soy el titiritero que maneja los hilos de su marioneta con una maestría brutal, incomparable.

Asiente, poco convencida y cruza las piernas de forma mecánica antes de soltar la mentira que le ha dado tiempo a preparar durante los segundos que ha permanecido en silencio.

—Mi infancia fue normal, como la de cualquier hija única con unos padres que trabajaban mucho. Pero fue una buena infancia. Vivíamos en una bonita casa y…

—¿Una casa de campo o en la ciudad? —la interrumpo, para ver cómo de elaborada es su historia.

—¿Y eso qué importa? —apostilla, comenzando a irritarse. Muy bien.

Me encojo de hombros como si se tratara de una conversación trivial.

—Solo estamos charlando. No tengo muchas ocasiones de socializar aquí.

Eso parece bastarle, porque asiente y toma una respiración profunda antes de contestar.

—En la ciudad, siempre me ha gustado.

Otra mentira. Mi musa odia la ciudad y todo lo que tiene que ver con ella. Si vive en una es solo por las oportunidades de trabajo que ofrece.

Niego con la cabeza dos veces y traga saliva ante la severidad que adquiere mi mirada. Casi puedo ver los engranajes de su cerebro trabajando a toda velocidad, preguntándose en qué ha fallado, cómo la he descubierto.

—No me has dicho una sola verdad desde que te he preguntado algo personal. ¿Por qué estás mintiendo, Faith? —La desenmascaro y se agarra las manos para disimular los primeros indicios de temblor que la atacan. La ansiedad empieza a hacerse patente en su lenguaje corporal.

—¿Qué estás diciendo? Claro que te he dicho la verdad. ¿Por qué mentiría? Es más, ni siquiera tengo por qué responder a tus estúpidas preguntas, esto no funciona así —sentencia, fulminandome con esa mirada dura que sale a relucir cuando su genio se enciende.

—Creía que habíamos acordado confianza mutua —utilizo sus propias palabras contra ella y al quedarse sin argumentos estalla.

—¡A la mierda la confianza! Estoy harta. ¡No pienso dejar que te metas en mi cabeza! —chilla, cogiendo su bolso y apagando la grabadora con brusquedad. Toma inhalaciones profundas y después exhala, hasta recobrar la serenidad.

—Estás muy alterada, doctora. ¿Qué es lo que te ha hecho enfadar tanto? Solo ha sido una simple pregunta. A no ser, claro, que yo tenga razón y me hayas mentido —sentencio. Estoy disfrutando cada segundo de esto. Aquí empieza la fase dos de mi plan.

Resopla, cada vez más ofuscada.

—No tengo por qué seguir con esto, me marcho ahora mismo —apostilla y se levanta con el bolso colgado, pasando por mi lado sin dirigirme ni una sola mirada. Está decepcionada y enfadada. Ya se ha dado cuenta de que ha estado perdiendo el tiempo con sus buenas intenciones hacia mí.

—¿Qué estás ocultando?

Mi pregunta hace que se frene en seco y se echa a reír. Una carcajada seca, amarga.

—Piensa lo que quieras, no te debo ningún tipo de explicación.

Suena muy segura, pero su nerviosismo la delata. Si esto fuera un interrogatorio, acabaría confesándolo todo.

Ay, musa, qué fácil es jugar contigo.

—¿Es tu padre el culpable de que estés tan reprimida sexualmente? —Le tenso al máximo esa delicada cuerda de la que pende su temperamento. Casi puedo ver a la bestia que guarda bajo llave en su interior aullando para salir a la superficie.

Avanza hasta situarse frente a mí en un par de zancadas y me clava una mirada dolida, casi destrozada. Puedo leer la súplica en sus ojos, cómo me pide que no siga con esto, que no la haga revivir su trauma y enfrentarse a sus demonios.

Pero eso es exactamente lo que quiero. Tengo su corazón en mis manos y pienso pisotearlo, rasgarlo en dos para que esté tan rota y corrompida como yo. Hasta que nuestros bordes afilados encajen a la perfección y se dé cuenta de que somos más parecidos de lo que creía.

—¿Qué acabas de decir? —me increpa, haciendo énfasis en cada palabra.

Es muy expresiva y su rabia se refleja en su preciosa cara como un libro abierto.

—Era un fanático religioso, un pastor, ¿no es así? De campo, retrógrado y extremadamente severo contigo desde que enviudó cuando tú eras muy pequeña —lo suelto todo del tirón, dejándola patidifusa. Es en este preciso instante cuando ata cabos. Su diario me reveló todos sus secretos, solo que mucho antes de lo que ella se imagina.

Bufa y cierra todavía más los puños. Sus nudillos están blancos.

—Te estás pasando de la raya, Nicholas. No tienes derecho…—Se desmorona frente a mis ojos y me excito con su sufrimiento como el maldito sádico que soy.

Sigo presionando, no pararé hasta que consiga la reacción que espero.

—¿Usaba el castigo físico contigo?

—Cállate —sisea y se le ensanchan las fosas nasales debido a la fuerza con la que intenta reprimirse. Me sorprende lo mucho que está aguantando, a decir verdad.

—Lo hacía. No te dejaba tener amigas, ni mucho menos novio y su excesivo control sobre ti ha marcado tus relaciones socio-afectivas durante toda tu vida. Tanto así que, pese a que ya está muerto, todavía sigues oyendo su voz por las noches, juzgándote por tus pecados antes de ir a dormir —la crudeza que empleo es tal que se encoge, incapaz de soportarlo y acaba arremetiendo.

—¡¡He dicho que te calles!! —brama, dando un fuerte golpe sobre la mesa. Las venas de sus sienes comienzan a hincharse peligrosamente y vuelve a sentarse porque las piernas le fallan y está a punto de caer. Se tapa los oídos con las manos, pero se las retiro sin piedad alguna y la obligo a enfrentar la verdad que durante tantos años se ha esforzado por reprimir, llegando incluso al punto de inventar una realidad paralela que doliera menos ante los ojos del mundo.

Faith necesita ser perfecta, pero yo soy el cuchillo que desgarrará esa perfección hasta reducirla a jirones.

Sonrío al ver que está al límite, bastará un empujoncito más para hacerla estallar.

—¿Intentó tocarte alguna vez? ¿O dejó que alguien más lo hiciera? Es eso, ¿verdad? ¿Qué edad tenías cuando empezó?

Se pone en pie con tal violencia que la silla cae hacia atrás y la aparta de una patada. Luego cierra los ojos, con la respiración completamente desbocada y le doy cinco segundos, como mucho.

—¡Maldito hijo de perra, te mataré!

Y bum, ahí está la explosión que buscaba.

Con la agilidad de una pantera, salta sobre mí y caemos al suelo. Faith aterriza a horcajadas sobre mí, así que mi espalda se lleva la peor parte. Pero ella no me da tregua. Sus uñas rasgan mi mejilla con saña mientras chilla a un palmo de mi cara y me rodea el cuello con las manos, apretando con todo su ímpetu.

Pese a que podría quitármela de encima con facilidad, me quedo quieto y dejo que apriete todavía más, que se desahogue, hasta que los guardias se abren paso y nos separan.

Dos de ellos capturan sus delgados pero fibrosos brazos desde atrás, asiéndola cada uno por uno mientras un tercero tira de su cintura para despegarla de mí. Le hablan, intentan aplacarla, pero está tan ida que ni siquiera se percata. Todos sus esfuerzos están enfocados en evitar a toda costa que la despeguen de mí. Se debate con ferocidad.

Me echo a reír. Está desquiciada como siempre he fantaseado con verla y forcejea con toda su potencia, tanto que les cuesta contenerla. Es una mujer alta, con curvas y en plena forma, su cuerpo está trabajado y, tal y como deduje cuando la vi por primera vez, tiene mucha fuerza. Los hace sudar la gota gorda hasta que consiguen levantarla en peso e inmovilizarla lo justo como para sacarla de la sala, dando patadas al aire y bramando. Sus gritos y rugidos resuenan desde el otro lado de la puerta y son como música para mis oídos.

Me lamo la sangre que me gotea de la mejilla ante el horror de los guardias que han entrado para evaluar los daños y uno de ellos blasfema al ver mi erección a punto de rasgarme los pantalones.

No entienden hasta dónde llega mi obsesión y mi devoción por ella. Cuando me hace sangrar, es cuando más la anhelo. Mi rosa con espinas.

# CAPÍTULO 18

**FAITH**

Nada más llegar al apartamento cierro de un portazo tan fuerte que el marco del espejo de la entrada tintinea y tiro el bolso sobre el sofá más cercano de malas formas.

Resoplo. La ira que me ha acompañado durante todo el camino de vuelta a casa sigue burbujeando en mi piel a fuego lento.

Necesito darme un buen baño con urgencia y tratar de olvidar lo que ha pasado entre esas cuatro paredes, por el bien de mi cordura.

Sin embargo, parece que Nicholas tiene otros planes. Porque solo él podría haberme enviado en un mensaje anónimo la grabación del episodio violento que he protagonizado esta mañana.

Ni siquiera sé cómo diablos la ha conseguido si esa cámara no está operativa, pero a estas alturas nada que tenga que ver con él me sorprende.

Las imágenes me sobrecogen y subo el volumen, tapándome la boca con las manos al verme.

—¡Doctora cálmese, suéltelo!  ¡Sacadla de aquí, ahora!

Pese a que tengo lo sucedido bien fresco en mi memoria, no puedo negar que me impresiona verme, completamente fuera de mí y forcejeando como una loca con los tres guardias que me contuvieron para evitar que estrangulara a Nicholas. Tuvieron que emplearse a fondo para conseguir separarme de él.

No sé qué demonios se apoderó de mí, pero realmente me asusta verme en ese estado. Con los ojos enloquecidos, las mejillas al rojo vivo y el cabello revuelto, revolviéndome con una fuerza descomunal

y gruñendo. Estaba poseída por la ira. Ni siquiera recuerdo que el guardia me hablara. Pataleé y arañé como una fiera hasta que consiguieron inmovilizarme y sacarme, todo ello con las risas psicóticas de Nicholas de fondo.

Y luego, ya fuera de la sala de visitas, todavía intenté arremeter. El jefe de pabellón tuvo que interponerse y advertirme:

—Si no se controla voy a tener que administrarle un tranquilizante.

Yo solté un bufido de cólera y al fin conseguí dominar mi temperamento lo suficiente como para convencerlos de que se me había pasado el ataque, hasta que me soltaron. Salí de allí dejándolos con la palabra en la boca y echando fuego por los ojos.

Esta  no soy yo…

No dejo de preguntarme qué habría pasado si los guardias hubieran llegado más tarde. Dios sabe que quería matar a ese bastardo, pero ¿habría sido capaz? Empiezo a creer que sí y eso me aterra.

Me abruman los pensamientos autodestructivos y pese a que intento reprimirlos, no soy lo bastante fuerte. Nunca lo he sido.

Por eso, recurro a lo único que me queda: el alcohol y mis recuerdos. Esos de los que llevo toda mi vida tratando de escapar. Pues bien, ha llegado la hora de que me enfrente a mis demonios, aun con todas las consecuencias que ello conlleve.

**NICHOLAS**

Sabía que no me equivocaba con Faith. Su reacción violenta ha sido todo un subidón de adrenalina para mí. Estoy tan orgulloso como lo estaría un padre por las notas de su hijo, o un maestro por los logros de su discípulo.

Pero yo soy más que eso para ella, aunque ni siquiera sea consciente de cómo la estoy adoctrinando poco a poco según mis dogmas. Aspiro a ser para Faith su Dios, un ser superior al que adorar de rodillas cada noche y sucumbir a sus más depravados deseos.

Por supuesto, siempre existe la posibilidad de que su lado puro se superponga a sus instintos más bajos y no consiga terminar de doblegarla. En ese caso, me temo que tendré que tomar otras medidas más drásticas…y de pensar en esa posibilidad casi lo siento, si tuviera la capacidad de hacerlo.

La realidad es que solo me apenaría apagar esa hermosura, pero siempre podría inmortalizarla como la más bella de mis esculturas.

Solo de pensarlo, mi polla se endurece hasta que me resulta físicamente doloroso. Porque estoy restringido por completo y soy incapaz de aliviarme. Esos malditos hijos de perra me han puesto las correas de nuevo. Un gruñido animal trepa por las paredes de mi garganta. Me concentro en canalizar mi ira y sonrío, recordando cómo Faith forcejeaba con los guardias para llegar hasta mí. Ah, me encanta que haya sacado a relucir su faceta salvaje.

No me habría matado, todavía no estamos en ese punto, pero sí estaba lo bastante furiosa como para infligirme verdadero daño y eso me lleva rápidamente al borde del clímax mientras echo la cabeza hacia atrás. Los gruñidos se hacen cada vez más ásperos y fantaseo con el sabor de su sangre en mi paladar.

No tardo en venirme, sintiéndome drogado por haber dado rienda suelta a mis instintos más primarios. Mis pantalones se empapan y me río, a sabiendas de que los guardias que me están vigilando ya deben de haberse percatado de todo.

Sin embargo, nadie entra. No me sorprende. Me tienen demasiado miedo como para acercarse y no lo harán a menos que se trate de una causa de fuerza mayor. Por muy restringido que esté, no se fían. Y hacen bien.

# CAPÍTULO 19

**FAITH**

*Tengo ocho años de nuevo y llevo un bonito vestido de satén rojo que me regaló la madre de una de mis amigas para ir a la iglesia con mi padre, como cada domingo. Además me he puesto una diadema a juego. Estoy contenta y salgo a mostrárselo para que esté orgulloso de mí y no me grite ni me diga cosas horribles como hace tan a menudo últimamente. Pero al verme abre mucho los ojos, horrorizado.*

*Me grita que vaya a cambiarme y que así vestida parezco una puta como mi madre. No sé qué es una puta, pero suena muy feo y me pongo a llorar. ¿Qué he hecho mal? ¿Por qué está enfadado? Nunca sé qué es lo que hago tan mal para disgustarlo.*

*Se lo digo y se enfurece. Me grita y se levanta, tambaleante, ha estado bebiendo otra vez. Eso es malo. Me atrapa antes de que pueda escapar y empieza a rasgar la tela de mi vestido mientras me insulta y me golpea con su cinturón.*

*Me encojo sobre mí misma, sollozando y suplicando que pare. Pero sé que no lo hará hasta que no termine de castigarme. Mis ojos anegados en lágrimas se posan sobre la cruz del señor que encabeza el salón y me pongo a rezar. Sé que si no lo hago, será mucho peor para mí. Pero no hay oración que pueda salvarme de él.*

*Y cuando, con quince años, a los castigos se unieron sus amigos y empezaron a tocarme sin mi consentimiento mientras me obligaban a recitar pasajes de la Biblia para sacarme al diablo de dentro, con él mirando, aquello se volvió mi infierno personal.*

**...**

La botella vacía vuela por la habitación y acaba estrellándose contra la pared, haciéndose añicos.

Yo me quedo de pie, con el pecho agitado de furia y los labios apretados al observar los cristales rotos desparramados por el suelo. Hay algo en esa visión que me enfurece terriblemente, tal vez la idea de que yo estoy igual de rota.

Intento contar hasta veinte mientras los recuerdos me invaden y la respiración se me acelera. Aprieto los dientes y me tiro del pelo, tratando desesperadamente de controlarme mientras me paseo por la estancia como una leona enjaulada. Así me siento.

Acabo explotando. Chillo con todas mis fuerzas y empiezo a destrozar los marcos de fotos que adornan el salón. Mi padre es el protagonista de varios de ellos y eso me desquicia. Soy una estúpida. Jamás debí perdonarlo después de lo que me hizo. De lo que dejó que me hicieran…

La ira me enciende las mejillas y pronto me veo consumida por ella. Así que le doy rienda suelta a todo lo que llevaba reprimiendo durante más de siete años.

Me vuelvo caótica. Visceral. Explosiva. Voy a buscar mi viejo bate de béisbol y arraso con todo lo que encuentro a mi paso mientras mi visión se va llenando de puntos negros.

Espejos, cubiertos, muebles, cuadros…no dejo nada en pie.

Estoy respirando de forma irregular, me arde el pecho y no dejo de temblar, hiperventilo y lloro en plena crisis. Sé lo que tengo que hacer en estos casos, así que me levanto y voy a la cocina, pateando y rompiendo todo lo que me encuentro a mi paso. Allí guardo mis pastillas tranquilizantes, apenas las he tomado en estos años, pero algo dentro de mí sabía que esto pasaría…que llegaría al colapso.

Estoy tan cegada por la ira que apenas puedo pensar con claridad. Todo lo que quiero es más objetos que destruir, quiero arrasarlo todo hasta que no queden más que cenizas y no estoy segura de que ni siquiera eso pudiera calmarme.

*Eres una pecadora. Maldita ramera hija de satanás.*

*No eres mi hija. Eres el fruto del adulterio de esa zorra de tu madre y sus múltiples amantes.*

*El mal corre por tus venas, tentadora. Desnúdate, vamos, te lo sacaré a golpes.*

Golpeo las paredes con los puños esperando que el dolor me calme, pero estoy demasiado acostumbrada a él como para que funcione

Las convulsiones incrementan. Estoy que echo espuma por la boca. Me he transformado en algo que me aterra, en un animal salvaje y la imagen de Nicholas me viene a la mente, desatando todavía más mi furia.

Y entonces mi mirada desenfocada aterriza sobre los cuchillos que hay en hilera sobre una balda. Las manos me pican por coger uno, lucho contra mis impulsos, pero acabo sosteniendo uno entre mis manos. Cierro los puños y cuento hasta cincuenta para reprimir los pensamientos violentos que se apoderan de mí.

No, no, por favor. Me doy miedo a mí misma y por primera vez me preocupa pensar en lo que sería capaz de hacer si esta crisis no remite pronto.

Sin pensar en lo que hago, trazo un corte perpendicular en la palma de mi mano, no lo bastante profundo para desangrarme pero sí para infligir daño y me la envuelvo descuidadamente con un paño. Luego cojo un par de píldoras tranquilizantes  y me encamino de vuelta al salón a grandes zancadas.

Ahí es donde me rindo y todavía hiperventilando deslizo las pastillas por mi lengua y trago, sin agua. Pero tardan demasiado en hacer efecto y estoy demasiado frenética, he entrado en modo destructivo total y la adrenalina que me corre por las venas está en su pico más alto.

Empiezo a rasgar los cojines con mis largas uñas y las plumas vuelan en todas direcciones. No es suficiente y acabo arañándome los

brazos, intentando anclarme a la realidad para no tener un brote psicótico. Sufrí uno con veinte años y fue horrible, me autolesioné y tuve que permanecer ingresada casi una semana.

Me hago un ovillo en el suelo, tratando de ralentizar mi respiración y sin dejar de llorar y chillar, hasta que mis constantes vitales se van apaciguando y al fin mi cuerpo se queda sin fuerzas.

Todo se vuelve negro y una lágrima de puro alivio se me escapa al pensar que he conseguido dominar a la bestia que llevo dentro, aunque esta vez haya estado a punto de salir. No puedo volver a dejar que eso pase.

**NICHOLAS**

La veo estallar y sonrío cuando deja salir a la superficie a ese monstruo que habita dentro de ella y que ha estado reclamando al mío desde que posé mis ojos sobre ella por primera vez. Y no, no fue cuando puso un pie en mi celda, sino mucho antes. Solo que ella no lo recuerda. Todavía. Ya llegaremos a ese punto.

El caso es que Faith no tiene ni idea de hasta qué punto necesitaba soltar toda esa ira que guarda dentro. De lo contrario se habría vuelto loca. No sé cómo no lo está ya, a estas alturas.

Verla destruir todo lo que la rodeaba mientras gritaba como una *banshee* enfurecida ha sido precioso. Y cuando ha empuñado ese cuchillo…joder, nada en toda mi vida me había puesto tanto.

# CAPÍTULO 20

**FAITH**

La mano vendada me arde cuando suelto el último derechazo al saco de boxeo y tras darle una patada lateral finalizo mi entrenamiento y me seco el sudor de la frente.

Cuando me he despertado, a primera hora de la mañana, lo primero que he hecho ha sido llamar a Mike para disculparme por mi arrebato de ayer y ponerme en sus manos. No lo habría culpado por despedirme, honestamente. En cambio, ha sido muy comprensivo y amable y me ha dado el día libre para que descanse y me despeje. Así que me he pasado toda la mañana haciendo ejercicio como una maníaca para quemar la adrenalina que todavía me corría por las venas.

Es mejor eso que liarme a palos con mi apartamento. Bastante destrucción causé anoche y me espera una tarde movidita limpiándolo todo.

Salgo del gimnasio, exhausta y con leves rastros de resaca todavía, pero me voy a correr durante media hora para terminar de desfogarme y funciona de maravilla. Hacía tiempo que no hacía tanto ejercicio pero me ha alegrado descubrir que sigo estando en buena forma y me propongo salir a correr todas las mañanas. Tal vez así se me pase el mal humor que tengo siempre últimamente.

No quiero volver a casa, pero al final no me queda más remedio. Las piernas apenas me responden y necesito una ducha con urgencia.

Sin embargo, me quedo congelada en el umbral al presenciar el caos que provoqué.

Está todo el salón destrozado y me impacta. Realmente se me fue la olla por completo. No recordaba bien hasta qué punto.

Sin embargo, hay algo que estoy segura de que no estaba ahí cuando me fui y es una nota cuidadosamente doblada y colocada sobre la repisa de la chimenea.

La cojo, con un nudo en la garganta y la leo en voz alta. Se trata de una célebre cita de Nietzsche.

*Quien con monstruos lucha cuide de convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo un abismo, el abismo también mira dentro de ti.*

Nicholas me ha hecho llegar este mensaje para hacerme saber que también hay oscuridad en mí, que estoy perturbada y hasta quizá piense que nos parecemos. Aprieto la mandíbula. Se equivoca. Yo no soy un monstruo como él.

Mis ojos se desvían por un segundo hacia el atizador de la chimenea y me cruje la mandíbula de lo fuerte que estoy apretando los dientes. Durante un segundo, la locura se apodera de mí y siento unas ganas enormes de empuñarlo y hacer pedazos todo lo que haya quedado intacto en este maldito apartamento.

Menos mal que consigo reprimir esos pensamientos violentos que empiezan a volverse recurrentes y me asustan. Es como si Nicholas me hubiera poseído.

Tengo que irme de aquí. No quiero estar en esta casa donde mis pensamientos me atormentan y dudo de mi propia cordura. Necesito una vía de escape y dado que Cameron está trabajando y no quiero preocuparlo, llamo a la única persona que me queda y es Mike. Espero que no esté muy ocupado para vernos. Su compañía me hace bien.

—Hola Mike, soy Faith otra vez. Siento molestarte. Me gustaría hablar contigo, si tienes un momento —le digo, en cuanto descuelga. Para mi sorpresa, porque pensaba que estaría demasiado ocupado, acepta de inmediato, lo cual me alegra. Quedamos de

vernos en una cafetería del centro para desayunar. —Bien, a las nueve me va perfecto. Gracias, allí nos vemos.

Me despido y cuelgo, animada. Me ducho a toda prisa y me visto con algo informal pero chic antes de salir hacia la cafetería.

Llego con cinco minutos de antelación, pero no me importa esperar. Me siento en una mesa libre del interior y me dedico a observar a la gente pasar, preguntándome cómo serán sus vidas.

Me quedo tan ensimismada que no veo venir a Mike y cuando su voz suena tras mi espalda me sobresalto ligeramente.

—Faith, ¿pero qué te ha pasado en la mano? ¿Estás bien? ¿Quieres ir al hospital?

Oh, casi lo había olvidado. Menos mal que tengo una excusa preparada.

—Hola Mike, no es nada, por favor no te preocupes. Solo…me corté por accidente mientras preparaba la cena, pero estoy bien. Ni siquiera necesito puntos —aseguro y al menos eso último es cierto. Por desgracia, sé bien dónde cortar.

Él acaba accediendo, aunque no muy convencido y deposita un beso en mi mejilla antes de tomar asiento a mi lado.

—Pareces cansada, ¿has dormido algo?

Su preocupación me enternece.

—Muy poco, la verdad. Debo de tener un aspecto horrible y si a eso le sumamos la pésima impresión que te habrás llevado de mí por el numerito de ayer…

Estoy tan avergonzada que ni siquiera puedo terminar la frase.

—No, por favor, no digas eso. Nicholas lleva más de un año encerrado en mi prisión y sé de sobra cómo es y el efecto que puede causar en las personas. No te culpo en lo absoluto por haber explotado, seguro que tuviste una muy buena razón para ello —me tranquiliza y admito que me siento aliviada con sus palabras.

—Gracias por ser tan comprensivo conmigo, Mike, realmente no creo merecerlo…pero así es. Nicholas…tocó un tema muy sensible para mí con toda la intención de hacerme perder el control —se lo cuento antes de que saque el tema, de ese modo evitaré preguntas incómodas.

Por suerte, Mike no indaga más y yo dejo escapar el aire contenido. Mi pasado sigue estando a salvo.

—Maldito sociópata. Es su especialidad, a fin de cuentas disfruta con el dolor ajeno —espeta, apretando tanto la mandíbula que los dientes le chirrían. No me había dado cuenta hasta ahora, pero parece tenerle cierta inquina a Nicholas. Supongo que es normal. Mike es un hombre bueno de moral intachable. ¿Por qué no podría haberme fijado en él? Quizá pueda intentarlo.

—Y también obteniendo poder sobre los demás. Pero lo que más rabia me da es que yo se lo permití. —Me desahogo con él y me escucha atentamente, sin juzgarme. —Soy psiquiatra, por el amor de Dios, se supone que estoy capacitada para esto y no sé qué me está pasando. He lidiado con todo tipo de pacientes con enfermedades mentales y patologías y ninguno de ellos jamás me había hecho sentir tan estúpida e incapaz como Nicholas.

—Vamos, no seas tan dura contigo misma. Tú no eres el problema, sino él y lo sabes. Esto podría pasarle a cualquiera —me consuela, posando una mano sobre la mía. Luego me mira para ver si me ha incomodado, pero al ver que le sonrío, se relaja y prosigue. —Su cerebro es tan retorcido que podría manipular a cualquiera con los ojos cerrados. Deberían adelantar la ejecución y acabar con ese desperdicio de oxígeno de una puta vez. Por favor, disculpa mi lenguaje, ese tipo me saca de mis casillas —añade, algo azorado.

—Está bien, lo entiendo. Agradezco mucho que me escuches y también tus palabras, me hacen sentir algo mejor.

Justo entonces llega el camarero para tomarnos nota y pedimos un desayuno completo para cada uno.

—No tienes nada que agradecerme, Faith. Mira, si quieres dejarlo, te apoyaré. No niego que me apenará no verte por las mañanas, pero es tu decisión y es totalmente respetable —alega, dejándome atónita con su generosidad. Es realmente amable por su parte. Pero yo soy demasiado tozuda como para renunciar.

—No, ya lo he pensado y no podría dejarlo aunque quisiera. Cuando empiezo algo…necesito llegar hasta el final cueste lo que cueste. Supongo que estoy hecha de esa pasta —finalizo, con una sonrisa tímida.

—Me alegra oír eso, eres una mujer admirable. No obstante reforzaremos la vigilancia y si tienes cualquier problema o simplemente quieres charlar, ya sabes que las puertas de mi despacho siempre estarán abiertas para ti —me ofrece y me sonrojo sin poder evitarlo.

Me bebo un sorbo de mi café y lo miro a los ojos, vacilante. ¿Debería contarle que me está acosando? Tal vez él pueda hacer algo.

No disimulo y él se da cuenta de que me pasa algo, así que me interpela al respecto.

—¿Hay algo más que te esté atormentando? Puedes contármelo, de verdad, te ayudaré si está en mi mano.

La seguridad que me infunde basta para disipar mis reticencias y decido contárselo. Confío en él.

Me aclaro la garganta antes de empezar.

—Alguien me ha estado acosando, dejándome notas como estas, llamándome por teléfono…creo que intenta volverme loca —confieso y hago una pausa para ver cómo se lo ha tomado. Se muestra algo alarmado, pero me cree.

—Pero eso es muy grave, ¿tienes idea de quién querría hacerte una cosa así? —inquiere, mostrándome su apoyo tácito.

—Bueno, solo se me ocurre una persona pero me temo que cuando te lo diga vas a creer que he perdido el juicio.

Le doy vueltas al café para tener algo que hacer, pero me sorprende al llegar a la misma conclusión que yo.

—No me lo digas, lo adivinaré: es ese bastardo de Nicholas. Voy a colocar una nueva cámara en su celda. Lo mantendremos bien vigilado y te aseguro que si se trata de él lo pillaremos con las manos en la masa. Tú, entretanto, comunícame todo lo que te haga llegar, ¿está bien?

—De acuerdo, muchas gracias Mike, de verdad —atino a decir, cohibida. No estoy acostumbrada a que nadie me haga favores, pero he aprendido a pedir ayuda cuando la necesito, por mucho que me cueste, y aquí estoy.

—No es nada, te protegeré, ya verás. No podrá hacerte daño —me promete y yo aprieto su mano a modo de agradecimiento y le regalo una pequeña sonrisa.

Aunque una parte de mí sabe que no importa cuánto se esfuerce, si Nicholas se ha obsesionado conmigo…no parará hasta cumplir su objetivo, sea cual sea.

# CAPÍTULO 21

**FAITH**

El día de ayer me vino bien para volver a conectar conmigo misma y recomponerme después de lo sucedido. Limpié el apartamento de arriba abajo, me dejé mimar por Cyrus y disfruté de la compañía de Mike. Me hizo mucho bien hablar con él.

Hoy, sin embargo, es un nuevo día y me toca asumir la responsabilidad de mis actos.

Estoy aquí, esperando a que me abran la celda de Nicholas para pedirle perdón por mi comportamiento inexcusable y seguir con mi trabajo, si él está dispuesto. No va a ser fácil, pero me las arreglaré.

Aguardo pacientemente, ignorando los comentarios obscenos de algunos presos al pasar hacia la sala de visitas y las miradas curiosas de los guardias con los que me topo. Soy como un impermeable al que le resbalan las gotas de lluvia.

Apenas dos minutos después, abren la celda y me franquean el paso, cerrándola a cal y canto tras de mí.

Respiro hondo; una, dos, tres veces. Aquí vamos.

Nicholas está de espaldas a mí, sentado en el incómodo colchón y mirando a un punto de la pared donde hay una ínfima mancha de sangre que antes no estaba ahí. La contempla, extasiado y me pregunto si es suya. Estoy segura de que sí.

Me aclaro la garganta, cohibida, esperando a que se dé la vuelta y a la vez algo insegura por tener que enfrentarlo. ¿Y si toma represalias y me ataca?

Me digo a mí misma que no tengo que tener miedo. Si grito, acudirán a socorrerme. Además, le han vuelto a poner las esposas después del incidente. Eso me infunde un poco de seguridad, pero estar en el mismo espacio que él se sigue sintiendo como entrar en la jaula de un tigre con un filete de carne entre las manos. En este caso, *yo* soy el filete de carne para él.

—Buenos días, doctora. Si tienes intención de estrangularme hoy te pido que esperes hasta después de la comida, creo que hay pasta y me gustaría probarla —satiriza, por todo saludo, volviéndose lentamente para dedicarme una sonrisa torcida.

Me fijo en la marca rojiza que mis uñas dejaron en su mejilla y siento una punzada de culpa.

—Nicholas, yo…quiero pedirte disculpas por lo de ayer. No soy violenta, nunca le he hecho daño a nadie. Pero lo que dijiste…era cierto y bueno…no sé lo que me pasó —me sincero por completo, abriéndome con él tal y como quería. —Perdí el control por completo, he visto las imágenes esta mañana cuando me he disculpado con el alcaide —mentira, las vi el mismo día en que sucedió todo, cuando me las mandó, pero no pienso admitir eso —, y es como si fuera otra persona…no sé qué se apoderó de mí.

—Eso es lo que hace la ira, Faith. Si no conseguimos controlarla, nos vuelve bestias —simplifica, tan tranquilo e indiferente como siempre. No añade nada más y balanceo el peso de mi cuerpo de una pierna a otra, inquieta.

—Bueno, en cualquier caso discúlpame, por favor. No volverá a pasar —reitero, a lo que él se da por satisfecho.

—Si quieres desahogarte sobre el tema…soy bueno guardando secretos —me ofrece y parece sincero.

Si supiera que ya me desahogué bastante el otro día… voy a tener que remodelar medio apartamento, por lo menos.

Y a pesar de eso no me arrepiento de haberle dado rienda suelta a mi ira reprimida. Creo que lo necesitaba.

Casi tanto como echar un polvo. Pero mejor no pensar en eso frente a este hombre que no solo me supone una tentación, sino que además estoy convencida de que puede leerme la mente.

—No, hablemos de ti. La fecha de la ejecución se acerca. ¿Cómo te sientes respecto a eso? —Me atrevo a preguntarte. Y es que falta apenas un mes escaso y el tiempo se nos echa encima. Si soy sincera, a estas alturas no tengo muchas esperanzas de poder librarlo de la muerte, pero aun así lucharé hasta el final. Es mi trabajo.

—¿Quieres la respuesta sincera o la políticamente correcta? —aventura y casi sonrío porque parece que es él quien me esté psicoanalizando a mí en vez de al revés.

—A estas alturas me ofende la pregunta. Sé sincero, siempre. No voy a escandalizarme —replico, muy ufana. La tensión parece disiparse ligeramente entre ambos con mi buen humor y asiente.

—Muy bien. Pues es…como una mezcla de pena y rabia por saber que no podré  volver a hacerlo nunca más —confiesa, despertando mi interés.

—¿Hablas de matar?

Sé que sí, pero necesito que lo verbalice.

—Es una palabra un tanto vulgar para lo que yo hago, pero sí —acepta, algo a regañadientes. Nicholas es muy tiquismiquis y perfeccionista con lo que considera "su trabajo", de eso ya me he dado cuenta. No le gusta que lo comparen con los demás asesinos en serie y se enfurece si alguien hace alusión a sus crímenes como otra cosa que no sea su arte.

—Entonces me estás diciendo que ansías volver a matar, que es lo que harías si salieras de la cárcel —sigo su propio razonamiento, tratando de comprenderlo. —Pero matar es lo que te ha llevado hasta aquí en primer lugar, así que te pregunto: ¿por qué? ¿Vale la pena?

Niega con la cabeza. La mirada que me dedica es casi de decepción, como si yo fuera un ser inferior incapaz de entender qué se siente al arrebatarle la vida a otra persona. Tal vez tenga razón, no lo sé, por eso necesito que me lo explique.

—No lo entiendes. No es una consecuencia, es una necesidad. ¿Por qué crees que es tan difícil, por ejemplo, para los drogadictos o los fumadores dejarlo? Es un vicio, está en sus venas…se cuela bajo su piel provocándoles picazón y malestar. Es como una vocecita que te incita una y otra vez y a la que tarde o temprano sucumbes: solo una vez más. Y entonces, estás perdido. Pero a la vez experimentas un subidón terrible —hace una pausa para evaluar el efecto que sus palabras tienen en mí, estoy escuchándolo, entre atónita y fascinada por su alegato. El poder de oratoria que tiene es increíble, podría haber sido el líder de un culto, porque cuando habla es como si todo a su alrededor dejara de existir…y todo en mí gravita hacia su eje.

Continúa, con la satisfacción emanando de cada poro de su cuerpo al ver que tiene toda mi atención.

—Ese delicioso momento en el que las fuerzas empiezan a acabárseles y siento el pulso de su cuello en mis manos…cuando suplican por sus patéticas vidas, me siento más que nunca un Dios.

De repente, Nicholas se levanta con una agilidad y velocidad casi sobrehumanas y aunque me echo hacia atrás, asustada por la mirada oscura y brutal que reflejan sus ojos, no soy lo bastante rápida y termina alcanzándome, con una facilidad casi insultante.

Desde ese instante, sé que estoy perdida en cuanto sus manos venosas se enroscan como una tenaza en torno a mi cuello. Las cadenas no son un impedimento y me tenso, sabiendo que le tomaría un par de segundos romperme el cuello y cuando sonara la alarma ya sería demasiado tarde para mí.

—Ahora mismo deseo matarte —sisea, acariciando mis labios con la yema del pulgar.

Me aferro a sus manos con desesperación, tirando de ellas para que me suelte. Pero es inútil, su fuerza es muy superior y estoy a su merced por completo.

—Nicholas…po-por favor…no —suplico, sintiendo verdadero pánico al mirar a esos ojos sin vida. ¿Y si quiere hacerme lo mismo que al resto de sus víctimas? Él mismo lo ha dicho, lleva demasiado tiempo sin matar y está frenético.

Su mano va descendiendo poco a poco, muy lentamente, desde mi boca hasta el balcón de mis pechos. La introduce lentamente y amasa uno de ellos entre sus dedos, dándome un leve pellizco que me arranca un jadeo.

Después, con un ritmo igual de pausado, acerca los labios hasta mi oreja y me susurra:

—Tranquila, no voy a hacerlo. Todavía no, al menos. No tendría gracia. Apenas hemos empezado a jugar.

No sé si es una amenaza o una promesa, pero experimento una pizca de alivio.

No obstante, me dura poco, porque me toma desprevenida cuando sus labios se posan sobre los míos y me besa, aferrándome todavía por la garganta para que no pueda escapar.

No me equivocaba; sabe a pecado, a lujuria y a cosas prohibidas. Olvido el miedo y me dejo llevar, completamente entregada a medida que su lengua explora hasta encontrarse con la mía con un dominio absoluto.

Me deshago entre sus brazos y pierdo la noción del tiempo y del espacio. Solo existo para este momento. Nicholas me besa con un hambre y una autoridad absoluta, como si supiera exactamente qué teclas tocar para que baile al son que me dicta.

Y de pronto, siento un dolor agudo en el labio inferior y abro los ojos, volviendo de golpe a la realidad al ver que sigue pegado a mí y

acaba de morderme para saborear la sangre que se mezcla en nuestro beso.

Reúno las fuerzas suficientes para apartarlo, empujándolo por el pecho con las palmas de mis manos y, al final, me suelta y retrocede, relamiéndose de gusto.

—¿Estás demente? ¿Por qué has hecho eso? —le recrimino, entre horrorizada y secretamente excitada.

Vuelve a avanzar hacia mí y levanto una mano en ademán de advertencia. Si se acerca más, juro que gritaré. Lo haré aunque una parte de mí se muera por rogarle que me arranque la ropa y me posea aquí mismo.

Él se queda donde está, pero la intensidad de sus palabras me cala hasta los huesos y me cuesta un esfuerzo considerable no ser yo quien rompa la distancia que nos separa.

—Porque ha llegado la hora de reclamarte, mi pequeña musa. Porque si llego a pasar un solo día más sin ver la sangre goteando de tus labios, sin poder saborearla en tu lengua…no existiría celda o cadena alguna que fuera capaz de contenerme para tomar lo que es mío —declara, con una frialdad clínica. Se está limitando a exponer un hecho mientras que pone todo mi mundo del revés. Ha dado al traste con mi forma de ver la vida, mis principios y mi ética y todo ello sin mover un solo músculo. No es justo.

Me seco la sangre que mana de la herida con la yema del pulgar y trago saliva. Ahora todos me verán. Tendré que decir que me lo he hecho yo por accidente. Pero sé que no me van a creer, como también sé que por eso lo ha hecho Nicholas, para que todos sepan a quién le pertenezco.

Se apoya contra la pared, con los brazos cruzados ante el pecho en actitud despreocupada y yo me alejo todo lo posible de él hasta que me abren la puerta. Salgo casi a la carrera. Esta vez me ha dejado marchar, pero me pregunto qué pasará cuando no quiera detenerse.

¿De verdad estoy dispuesta a correr ese riesgo?

Lo peor de todo es que sé la respuesta.

Sí.

# CAPÍTULO 22

**NICHOLAS**

El miedo es un estímulo poderoso que no hay que subestimar. A menudo, se presenta como algo irracional, quizá fruto de un delirio que puede llevar a la persona que lo padece a ver y escuchar cosas que no existen más allá de su paranoia.

Otras veces, sin embargo, está plenamente fundado. Si le preguntas al noventa y nueve por ciento de la población, todos te dirán que han sentido miedo en algún momento de sus vidas.

¿El más común de todos? El miedo a la muerte.

Y ese es, de entre todos, el que a  mí más me excita.

El placer de saber que estoy a punto de arrebatar una vida, tener ese poder, me provoca un éxtasis indescriptible.

Era una sensación que ya empezaba a anhelar desesperadamente, como un adicto al que se le niega su dosis de heroína. Pero entonces llegó Faith y esa pulsión comenzó a desbocarse en mi interior de un modo enfermizo, haciéndome fantasear con esa imagen noche y día.

Oh, y nuestras sesiones…he disfrutado demasiado con ellas. Ver cómo sus métodos y esa ética profesional tan severa por la que siempre se ha regido se han ido diluyendo gracias a mis reflexiones y retorcidas contestaciones es un estímulo directo a mi entrepierna.

No obstante, Faith Lowell no es presa fácil. Tampoco es una mujer común y corriente, aunque pueda parecerlo. Me di cuenta enseguida.

Y ahora estoy en proceso de moldearla, mi trabajo poco a poco va dando sus frutos.

Solo que ella todavía no se ha dado cuenta.

Y cuando quiera hacerlo, será demasiado tarde.

Es mi obra maestra.

# CAPÍTULO 23

**FAITH**

Mike me ha sorprendido esta noche al venir a visitarme a casa. Pero admito que llega en el momento justo, porque estaba empezando a comerme demasiado la cabeza por culpa del arrebato de Nicholas.

—Mike, qué sorpresa. Por favor, pasa —lo invito a entrar, abriéndole la puerta y agradeciendo no haberme puesto todavía el pijama.

—Buenas noches, Faith. Lamento mucho presentarme así, pero me quedé preocupado después de lo que me contaste y, bueno, he pasado a por algo de cena. Pensé que tal vez te vendría bien un poco de compañía para distraerme, pero puedo irme si quieres —farfulla, azorado de un modo que me resulta adorable.

—Claro que no, no seas tonto. Me alegra que hayas venido y gracias por la cena, ha sido todo un detalle —aseguro, depositando un beso en su mejilla y cogiéndole la bolsa para llevarla a la cocina y servirla.

Ponemos la mesa y cenamos en un silencio apacible que solo se ve interrumpido cuando Mike me pregunta cómo estoy.

—Bien, estoy durmiendo mejor y de momento no he tenido noticias de…mi acosador —evito pronunciar su nombre a propósito, no quiero que estropee este momento.

—Eso es genial, me alegro. —La sonrisa de Mike se tambalea y se muestra algo incómodo antes de preguntar lo que me temía: —¿Puedo preguntarte qué te ha pasado en el labio?

Vacilo, tratando de disimular mi nerviosismo. No sé si me lo pregunta porque ha visto las imágenes y quiere ver si le digo la verdad o por genuino desconocimiento, así que opto por tirarme un farol.

—Oh, no es nada. Estaba nerviosa por el reencuentro con Nicholas y me mordí demasiado fuerte, eso es todo —miento y sueno tan creíble que me siento satisfecha.

Sus ojos se oscurecen durante una fracción de segundo, pero es tan leve que al instante ya está como siempre y creo que me lo he imaginado. Me sonríe y asiente, bebiendo un sorbo de vino.

—Claro, es normal. Espero que ya estés más tranquila.

Me relajo y pruebo un bocado de pollo frito con patatas. Está delicioso.

—Pues sí y sobre todo gracias a tu visita.

—Propongo un brindis por eso —Mike alza su copa y lo imito, risueña. —Eres una mujer excepcional. El tipo de mujer que he soñado siempre con encontrar, si me permites el atrevimiento —me adula y mis mejillas se tiñen de rubor. Creo que está exagerando un poco solo para cortejarme, pero no se lo digo. En su lugar, indago un poco en su vida personal.

—¿No has estado casado?

Según me dijo, ya tiene cuarenta años, aunque se nota que se cuida y hace ejercicio.

—No, solo he tenido un par de relaciones, pero nunca han funcionado. Soy un adicto al trabajo, ya sabes —se echa a reír y lo imito, aliviada de que hayamos encontrado un punto en común.

—Sí, lo comprendo. Entonces como yo. Es agradable encontrar a alguien que entienda esa dedicación.

—Sin duda —corrobora. El silencio se instaura en el ambiente mientras terminamos de cenar, hasta que Mike ya no aguanta más y se aclara la garganta.

—Yo…¿puedo besarte, Faith?

Menos mal. Pensaba que no iba a dar el paso nunca.

Asiento y sin más preámbulos lo atraigo hacia mí para juntar nuestros labios, deseosa por comprobar si es capaz de provocar en mí lo mismo que Nicholas desata.

No tardamos en adentrarnos en mi dormitorio y acabamos en la cama.

**NICHOLAS**

Vamos a ver qué está haciendo mi pequeña musa a solas en su dormitorio cuando no tiene que ponerse la máscara de mujer perfecta ante el mundo.

¿Se estará tocando de nuevo mientras piensa en mí?

Tras asegurarme de colocarme de espaldas a la maldita cámara nueva que han puesto para vigilarme, saco el teléfono donde tengo conectada la cámara que puse en el apartamento de mi musa hace más de un año, antes de que me atraparan -o más bien me dejara atrapar- y con el que la he estado espiando desde entonces.

Sin embargo, la sonrisa se me borra de los labios de inmediato al ver algo inaudito. Tiene compañía.

Hay un hombre en su apartamento. El maldito hijo de perra de Mike Stevenson, un hombre muerto caminando.

Le ha traído la cena. Ella se muestra cómoda con él, demasiado. Se ríe de las gilipolleces que dice para impresionarla, la muy ingenua. ¿Acaso no sabe que está haciendo todo esto para llevársela a la cama?

Pero lo que hace que mi sangre se convierta en lava no es eso, sino ver cómo lo besa. *Ella* lo besa.

Esto no estaba en mis planes, joder, esto lo echa todo a perder.

Aprieto la mandíbula, cierro las manos -que me tiemblan de pura furia ante las imágenes que se reproducen frente a mis ojos- en puños con tanta fuerza que adoptan un tono blanquecino y las venas

del cuello y los brazos se me hinchan de forma alarmante, delatando que estoy a punto de estallar como un géiser.

Logro reunir el suficiente autocontrol como para levantarme y esconder el teléfono a buen recaudo. No puedo perder ese contacto con el exterior, con ella, o arrasaré con este lugar hasta los cimientos. No creo que pueda aguantar mucho más después de lo que acabo de ver.

Llegan hasta su habitación y se posiciona sobre ella en la cama, sus asquerosos labios están besando lo que me pertenece, sus sucias manos están sobre lo que es mío y me vuelvo loco.

Rojo. Rojo sangre apoderándose de mi visión. Está por todas partes. Necesito matar, mutilar, destrozar cuerpos hasta que no queden más que piel y huesos. Y a Mike… a Mike le arrancaré el corazón delante de ella, con mis propias manos, y después me lo comeré. Me bañaré en sus vísceras mientras me la follo frente a su cadáver caliente.

Flexiono el cuello, echo la cabeza hacia atrás y dejo escapar un gruñido sordo y visceral que me sale desde lo más profundo de la garganta. Es la bestia que llevo dentro tomando posesión de mi cuerpo.

Poco a poco, se transforma en un rugido animal que alerta a los guardias, pero es demasiado tarde. La ira me consume.

Estrello los puños contra la pared con ferocidad, sin dejar de rugir. La visión de la sangre manando de mis nudillos es un peligroso estímulo. Con un bramido, agarro el catre que me hace las veces de cama y, pese a que está atornillado al suelo, tiro hasta que consigo arrancarlo de cuajo y lo lanzo a la otra punta de la habitación, respirando como una bestia rabiosa.

Empiezo a dar cabezazos y patadas a la pared de forma metódica. La sangre que mana de mis heridas es tan escandalosa que apenas me deja ver nada, pero estoy ido…la locura se filtra por cada poro de mi piel. Los estoy esperando.

Y no me decepcionan.

La puerta no tarda en abrirse seguido de un fuerte alboroto y los primeros cinco guardias se abren paso en tropel, con las porras y las pistolas táser en mano. Suelto una carcajada aguda y escalofriante. A estas alturas ya deberían saber que eso no me hace ni cosquillas.

No me ven venir cuando salto sobre el que tengo más cerca como una pantera, directo a su yugular.

Después de eso, todo se tiñe de escarlata.

# CAPÍTULO 24

**FAITH**

Sé que algo no va bien en cuanto Mike me llama a primera hora de la mañana, antes de que salga rumbo hacia la penitenciaría. Dudo mucho que quiera hablar de lo de anoche, así que tiene que tratarse de algo grave.

—Faith, te llamo porque tengo malas noticias. Anoche hubo un incidente en la prisión y… no puedes venir a trabajar hoy.

Suena serio, demasiado…disgustado incluso.

—¿Qué ha pasado, Mike?

—Se trata de Nicholas. Anoche enloqueció, Faith. Se puso como una auténtica fiera y causó estragos entre el personal. Hirió a diez de los quince guardias que hicieron falta para conseguir reducirlo y traumatizó a una enfermera. Hemos presentado las pruebas al tribunal, estamos a la espera de sentencia, pero te adelanto que esta vez no se va a librar de la silla eléctrica —escupe, con rabia. Me llevo las manos a la boca y ahogo un jadeo. No me lo esperaba.

—Dios mío…es horrible. ¿Están todos bien? ¿Y él…? ¿Dónde lo tenéis? —Me atrevo a preguntar, pese a que me temo que no me va a gustar la respuesta.

—Los mandó al hospital, a uno le arrancó una oreja, pero gracias a Dios ninguno reviste gravedad. Eso sí, les quedarán secuelas de por vida por culpa de ese monstruo. Está en aislamiento, sedado y con una camisa de fuerza. —Mike va alzando el tono a medida que lo relata, encendido. —Nadie en toda la prisión quiere acercársele, están todos acojonados. Joder, ¡esto no me había pasado en toda mi carrera como alcaide!

Oigo un golpe del otro lado de la línea y supongo que ha roto algo.

—Lo siento mucho, Mike —musito, sin saber qué más decir.

Pero, para mi sorpresa, parece ser que hay más.

—Y eso no es lo peor. Después de ponerle la camisa de fuerza y trasladarlo a la enfermería, registramos su celda y descubrimos que tenía oculto un teléfono. Tenía cámaras de tu casa, ¡no sé cómo ni desde hace cuánto pero ese maldito demente te espiaba, Faith!

Al ver que me quedo en silencio, continúa con su diatriba. Lo sabía. Todo el tiempo me estuvo espiando. Por eso sabía exactamente qué hacía y cuando estaba en casa para mandar sus regalos.

Y yo, en vez de escandalizarme o montar en cólera…sonrío.

# CAPÍTULO 25

**FAITH**

La semana pasa infernalmente lenta.

El estado de Nicholas ha empeorado. Está completamente enajenado y se han visto obligados a mantenerlo sedado la mayor parte del tiempo para controlar los brotes violentos que le dan cada vez más a menudo.

Cuando está despierto, grita mi nombre a pleno pulmón y se lanza contra las paredes como un demente, golpeándose la cabeza y provocándose heridas considerables, tanto así que han tenido que ponerle una máscara protectora, que ya está abollada y cubierta de sangre. Profiere amenazas, que los matará a todos, que si no voy a verlo montará una carnicería y un sinfín de cosas así, y al final acaban durmiéndolo con gas porque no hay quien se atreva a entrar en esa celda mientras está consciente. Incluso lo alimentan por una vía.

La situación es insostenible y no puedo quedarme de brazos cruzados…porque me siento responsable de su estado. Se puso así por mí. Lo sé. Sé que me vio con Mike y me arrepiento de haber llevado las cosas tan lejos.

No me acosté con él, no pude. No sentía nada. Así que lo detuve, le expliqué que no estaba preparada y, pese a que se mostró decepcionado, lo entendió perfectamente. Hemos seguido siendo amigos y cada vez que le pregunto por el estado de mi paciente me siento peor. Por eso he tomado una decisión.

No hay otra opción; tengo que ir a verlo. Sé el riesgo que puede conllevar, ya que está más descontrolado que nunca, ido por completo. Han contactado con otros terapeutas y ninguno de ellos

ha conseguido hacer que sus crisis remitieran o calmarlo siquiera, al contrario; los ha espantado a todos.

Solo yo puedo aplacar a la bestia y soy consciente de ello. No es egocentrismo; es el realidad. Y no puedo quedarme de brazos cruzados.

Estudié esta carrera porque quería ayudar a otras personas a combatir con la oscuridad y el mal que los acechaba, yo era la que siempre creía en las causas que otros consideraban perdidas… solía pensar que todos podemos cometer un asesinato con la motivación adecuada, pero que debía existir la redención y el arrepentimiento.

Todos tenemos algo que nos hace humanos, ¿no? Nadie es completamente malo y si lo es, es porque necesita ser tratado. Con los cuidados adecuados puede mejorar. Lo creía por mi padre, era más fácil pensar que hizo lo que hizo porque estaba enfermo, pero después se arrepintió y buscó el perdón. O eso es lo que siempre me decía. Yo lo creí. Durante mucho tiempo lo hice.

Pero ahora ya no pienso así.

Nicholas ha roto todos mis esquemas. Después de él, mi forma de ver el mundo ha cambiado por completo y no hay vuelta atrás para eso.

Me paso casi cuarenta minutos al teléfono con Mike para intentar convencerlo. No resulta nada fácil y se muestra tan renuente que tengo que emplearme a fondo para apelar a su comprensión.

Al final acaba aceptando, pero solo porque está desesperado. No hace falta que lo diga, pero sé que está deseando que ejecuten a Nicholas y lo cierto es que no puedo culparlo…aunque algo en lo más profundo de mi interior sangre ante la idea.

# CAPÍTULO 26

**FAITH**

Pasan dos semanas hasta que finalmente aprueban mi solicitud para visitar a mi paciente. Bueno, técnicamente ya es mi ex paciente. Me han quitado de en medio después de lo que sucedió. Hay una investigación abierta y todo salió a la luz.

Bueno, todo excepto la manera en que dejé que me tocara y me besara a su antojo.

La fiscalía ya ha revisado todas las pruebas y dictado sentencia. La ejecución sigue en marcha y será mañana por la noche.

He venido a despedirme antes de que lo sacrifiquen como a un animal rabioso.

Han endurecido las medidas de seguridad y tengo que someterme a un registro exhaustivo antes de entrar en la sala. Hay seis guardias custodiándolo. Adiós a la privacidad.

Supongo que es mejor eso que nada.

Tomo asiento para esperarlo. El ambientador está demasiado cargado, como si trataran desesperadamente de ocultar la opresión que se respira aquí y hay una bombilla semifundida que parpadea y me está poniendo de los nervios.

Me remuevo, nerviosa, al ver cómo lo escoltan. Le han puesto una máscara antigás que le cubre toda la cara y le da un aspecto siniestro. Su metro noventa y seis, junto con su potente envergadura, lo hacen parecer gigantesco al lado de los guardias que van junto a él, uno a cada lado.

Oigo su respiración pesada desde aquí y a medida que se acerca siento cómo su mirada me traspasa.

Su lenguaje corporal habla de una violencia apenas contenida cuando lo sientan frente a mí y aseguran las cadenas en torno a su cintura y sus muñecas.

No dice nada, se limita a respirar con fuerza y a mirarme fijamente.

—¿Cómo estás, Nicholas? —Hablo al fin, para romper el hielo.

—¿Ahora mismo? Me siento como un animal salvaje, Faith.

Su voz suena más ronca, más…primitiva.

Trago saliva.

—Sé que las restricciones son muy fuertes, pero espero que seas consciente de que después de lo que hiciste no puedo intervenir en tu favor. Jamás volverán a soltarte.

Suelta una carcajada sarcástica y ladea la cabeza. Sus músculos están más abultados que nunca. ¿Ha estado haciendo ejercicio para desfogarse?

—Lo sé y hacen bien en temerme, todos lo hacéis. Porque si me soltaran esta vez nadie podría detenerme, doctora, mataría a todo el mundo en este maldito agujero, arrasaría con todo y me bañaría en sangre y vísceras —sisea y me invade un escalofrío. Sé que habla en serio.

—Estás furioso y lo entiendo…

—No, no estoy furioso, estoy completamente fuera de control, Faith —me interrumpe. Su cuerpo está rígido como una tabla, en tensión.
—Es curioso porque jamás me había pasado, nunca había sentido tanta ira en toda mi vida. Pero ahora…si consiguiera liberarme, tú serías la primera a la que mataría con mis propias manos —sentencia, con puro odio emanando de su ser.

Me echo hacia atrás como si me hubiera golpeado.

—¿Por qué quieres matarme, Nicholas? ¿Qué es lo que he hecho que te enfurece de esa manera?

Tal vez suene hipócrita que me haga la tonta, pero quiero que sea él quien saque el tema.

—Dejaste que pusiera sus sucias manos sobre ti. ¿Te lo tiraste? Dime, ¿le entregaste lo que me pertenece? —gruñe, abriendo y cerrando los puños a los costados.

Les echo una ojeada a los guardias, que están tensos y preparados para intervenir.

—Nicholas, tienes que calmarte o me iré —advierto, con calma. Pero eso solo lo enfurece más y acaba explotando.

—¡¡¿Dejaste que te follara o no?!!

Su rugido reverbera en cada rincón de la estancia y me encojo por instinto.

Esto no está yendo como esperaba. Yo…solo quería despedirme. Pero está claro que él no quiere verme.

—No, no lo hice. Yo… lo detuve —contesto, con sinceridad. Sin embargo, él tuerce los labios y bufa, con desprecio.

—No te creo —espeta, haciéndose sangre en la palma de la mano de lo fuerte que está apretando los puños, luchando por mantener a raya a la bestia.

—Te digo la verdad —sollozo, sin importarme mostrarle mi vulnerabilidad.

—¿Y por qué has venido? ¿Sientes lástima por mí? —ladra, una vena le palpita en la sien y ahora lo entiendo. Así que por eso está tan furioso.

—No, yo…quería despedirme. Mañana es la ejecución y yo no podré estar presente, así que… adiós Nicholas —musito, con la voz entrecortada a causa de los sollozos.

—No te atrevas a despedirte de mí, Faith —me ordena, implacable. —Ni ahora ni nunca. Tú me perteneces.

No puedo más.  Esto me está rompiendo el corazón en mil pedazos.

—Nicholas, es irrevocable. Te quedan veinticuatro horas de vida. Lo siento…tengo que irme.

Me pongo en pie, incapaz de soportarlo más. No puedo aceptar que esta será la última vez que lo vea, que escuche su voz.

Me duele. Sé que ha hecho cosas terribles, pero me duele.

Su réplica mordaz me detiene en seco.

—Antes mírame a los ojos y dime que en todo este tiempo no has sentido el mismo deseo que me consume a mí. Nunca olvidaré el sabor de tu coño en mi lengua y cómo gemías por más. Fue glorioso —proclama, sin importarle que todos nos oigan.

Niego, con tristeza.

—No sabes lo que dices, Nicholas, tu obsesión por mí ha hecho que terminaras así. Podrías haber obtenido redención, intenté ayudarte.

Se echa hacia delante en un arrebato y ruge:

—¡¡No me hables como si fuera uno más de tus pacientes, joder!! Cuando te tocabas cada noche pensando en mí no tenías esa expresión de mojigata.

—Estás enfermo —espeto.  Es increíble cómo es capaz de hacerme pasar de la pena a la rabia en un segundo.

Y entonces se descontrola por completo.

—Si piensas que te librarás de mí estás muy equivocada, doctora. ¡¡No voy a morir!! ¡¡¡Los mataré a todos, Faith y después iré a por ti!!! Te follaré sobre sus cadáveres. No habrá rincón en esta tierra donde puedas esconderte de mí. TE ENCONTRARÉ Y TE LLEVARÉ CONMIGO AL INFIERNO —brama, a pleno pulmón, con los ojos

inyectados en sangre. Me encojo ante la violencia y la locura que emana de cada poro de su cuerpo.

Salta de la silla y, aun con las cadenas apresando su cuerpo, intenta venir hasta mí. Retrocedo y mi espalda choca con la pared justo cuando los seis guardias se lanzan a por él y lo agarran, intentando contenerlo para evitar que llegue hasta mí, pese a la fuerza bruta con la que se resiste. Y entonces confirmo mis sospechas: la sola idea de que lo alejen de mí lo vuelve loco y hace que se convierta en un monstruo al que nadie puede controlar.

Me quedo paralizada, observando el esfuerzo titánico que tienen que hacer para conseguir sujetarlo y no les queda más remedio que llevárselo literalmente a rastras por el pasillo. Lo cual no les resulta nada fácil porque pese a que está totalmente restringido forcejea con toda su potencia.

—Adiós —susurro, pese a que no puede oírme, con lágrimas en los ojos.

Sus gritos y rugidos me persiguen durante una buena parte del trayecto de vuelta y cuando abandono la prisión, a salvo en la seguridad de mi coche, me derrumbo.

Esto es lo que he provocado.

**...**

Todavía tengo el corazón latiéndome a mil revoluciones cuando llego a casa. El incidente con Nicholas me ha afectado más de lo que estoy dispuesta a admitir y me tumbo en la cama sin molestarme en cambiarme de ropa.

Lloro hasta quedarme sin lágrimas y me quedo dormida en posición fetal. No tardo en sumirme en un sueño repleto de pesadillas, donde él es el protagonista.

Mañana dejará de respirar para siempre y se llevará consigo un pedazo de mí.

# CAPÍTULO 27

**NICHOLAS**

Tuvieron que sedarme ayer, tras mi pérdida de control durante la visita de mi musa.

Todo lo que le dije es cierto, hasta la última palabra.

Estoy tan, pero tan furioso con ella…que realmente tuvo suerte de que consiguieran sujetarme a tiempo, o la habría lastimado de verdad. Joder, todavía quiero hacerlo. Me hierve la sangre y con cada minuto que paso lejos de ella la cólera aumenta y con ella mis ganas de matar.

—Westwood, ha llegado la hora. Tienes que ponerte esto.

Llegan tres guardias a por mí, con un pañal blanco y un nuevo uniforme.

Me levanto y flexiono el cuello, haciendo crujir todos los músculos y sin dejar de taladrarlos con mi mirada asesina.

—¿No me has oído? Desnúdate, vamos —insiste, con ademanes agresivos.

Ladeo la cabeza y avanzo un paso.

—¿Tantas ganas tienes de verme la polla? —inquiero, con chulería, antes de bajarme los pantalones y enseñársela.

Avanzo otro paso y empiezan a ponerse nerviosos. El que ha hablado se seca el sudor de la frente y desenfunda su arma reglamentaria. Le sonrío.

—Quédate quieto preso, no hagas tonterías —me advierte. Los otros dos también sacan sus armas al ver que sigo avanzando. Se

están quedando sin espacio.

—Hablo en serio, retrocede o disparo —ladra, acojonado. Saben que no tengo nada que perder y eso me hace todavía más peligroso.

Retroceden, amedrentados y sin dejar de apuntarme a la cabeza.

Sonrío, fuera de control, y sigo avanzando hasta que el cañón se me clava en el pecho.

—Dispara —lo reto.

—Cálmate y échate atrás ahora. No compliques más las cosas.

Pese a que intenta mantenerse firme, le tiembla la voz.

Presiono aún más el frío cañón contra mi piel.

—¿Vas a disparar? —repito. Traga saliva y agacha la cabeza. No puede hacerlo o se meterá en problemas. —Eso pensaba. Póntelo tú, te hará más falta—siseo, lanzándole el pañal a la cara y cambiándome con parsimonia ante sus miradas de recelo y pánico.

Están cagados de miedo y eso me encanta.

Me escoltan hacia el pasillo, donde me espera toda la comitiva. El alcaide franquea a un grupo de veinte hombres que me conducirán hasta la silla eléctrica. Menudo despliegue.

Tarareo todo el camino solo para sacarlos de quicio y funciona de maravilla.

Hasta que llegamos. La puta silla ya está preparada y me espera. Me entran ganas de pegarle una patada, pero la voz de Mike me distrae.

—Ha llegado tu hora, Westwood. No sabes cuánto he esperado este momento. Ya no vas a poder hacerle daño a nadie más. ¿Algo que decir? Unas últimas palabras, tal vez. —El muy desgraciado se regodea. Cree que este es mi final, pero pronto se llevará la sorpresa de su vida.

Me dejo hacer mientras me sientan y empiezan a inmovilizarme, poniéndome las correas.

Sonrío como un demente y clavo mis ojos en los suyos.

—Faith se corrió dos veces con mis manos dentro de su coño, sabía deliciosa —paladeo cada palabra, la satisfacción que siento al ver cómo se le borra la sonrisa es brutal.

Su rostro se transforma en una mueca de ira y enrojece.

—Maldita escoria, no pronuncies su nombre con tu sucia boca. Apuesto a que está deseando que dejes de respirar para que no puedas volver a atormentarla. Pero no sufras, yo cuidaré bien de ella —me provoca, acercándose peligrosamente.

Trato de saltarle a la yugular, pero las sujeciones me dan un doloroso tirón en muñecas y tobillos y suelto un gruñido sordo. Le escupo en la cara para borrarle la sonrisa de imbécil y forcejeo hasta sangrar. Tres guardias se lanzan a contenerme. Dos me sujetan los brazos y el tercero me rodea el cuello desde atrás hasta que me estoy quieto.

Me cuesta un esfuerzo supremo controlarme, pero pronto podré descargar mi ira. Solo tengo que esperar.

—Empecemos. Aseguraos de que está bien sujeto y la silla funciona bien. No quiero sorpresas —ordena. Por mucha seguridad que intente aparentar, el sudor que perla su frente es un claro indicativo de que está nervioso y deseando acabar con esto cuanto antes.

Me contengo para no reírme en su cara y me dejo hacer, sin oponer resistencia. Si les sorprende mi docilidad, nadie lo expresa.

Me ponen la máscara. El verdugo da su visto bueno y pone en marcha el mecanismo.

Cierro los ojos y cuento hasta diez.

Las luces se apagan.

Sonrío. Es la señal que estaba esperando.

Por fin ha llegado la hora.

Cunde el pánico, se oyen muchas voces y gritos.

Me buscan, pero yo ya no estoy en esa silla y sé que se están preguntando cómo es posible.

Espero mi momento y salgo de las sombras para atacar, esto ya no tiene nada que ver con mi arte; esto es pura ira y me empapo de ella.

...

Rojo.

Mi visión está teñida de rojo y yo estoy bañado en sangre de pies a cabeza.

El molesto zumbido de la alarma de emergencia que ya se ha activado me está poniendo todavía más irascible.

Me cruzo con otro guardia en la oscuridad, yo lo veo antes que él a mí y antes de que tenga oportunidad de levantar su arma para disparar ya estoy encima de él y le rajo la garganta de oreja a oreja, con el cuchillo que me ha dado mi cómplice.

Sonrío a través de la máscara, extasiado. Es una lástima que no tenga tiempo que perder, porque si pudiera le habría arrancado la cabeza como a varios de los anteriores.

Se han separado para cazarme, lo cual es muy divertido porque no se puede apresar a un depredador y salir vivo para contarlo.

Sigo avanzando, me muevo por la penumbra de la prisión como pez en el agua porque he memorizado cada recoveco. Cuento con el factor sorpresa y la oscuridad de mi lado y con cada obstáculo que elimino estoy un paso más cerca de mi libertad.

Ya me quedan pocos. He abierto en canal a más de los que puedo contar con los dedos y la sed de sangre no desaparece; al contrario, cada vez es más fuerte y estoy frenético, drogado por la necesidad de cortar y mutilar sus cuerpos hasta reducirlos a pedazos.

Me topo con otros dos a seis minutos de la salida y actúo en piloto automático. No ha pasado ni un minuto cuando ya le he roto el cuello a uno y al otro lo apuñalo seis veces en el corazón, con saña. Es una pena que no pueda ir a por el alcaide, porque está demasiado bien protegido, pero ya le pondré las manos encima.

Me imagino que cada víctima a la que desangro es él y acabo completamente desatado, con restos de sangre, sesos y vísceras por el mono y la cara.

Avanzo sin ningún obstáculo. La oscuridad es mi hábitat natural y yo soy un depredador que sabe camuflarse en ella a su antojo.

Llego al cuarto de lavandería y como habíamos acordado, espero a mi cómplice, que se retrasa. Espero que no haya sido tan idiota como para dejar que le pillaran. Si alguien se entera de que me ha soltado en cuanto se ha ido la luz…las cosas podrían complicarse. Aunque, por supuesto, tengo un plan B.

Una sombra se acerca sigilosa y espero mi momento. Cuando dobla la esquina, lo acorralo contra la pared y presiono el cuchillo contra su garganta.

—Soy yo, soy yo, tranquilo. He cumplido mi parte —tartamudea, alzando las manos para aplacarme. Debo de parecer el mismo diablo encarnado ahora mismo, la verdad es que necesito una buena ducha.

—¿Por qué has tardado tanto? —le recrimino, molesto. Odio esperar.

—Tenía que desviar la atención para no levantar sospechas, pero aquí estoy. El incendio ya está en marcha, sal por la puerta de emergencias, no hay nadie todavía. Todos piensan que te diriges al ala de psiquiatría —explica, atropelladamente y traga saliva al ver que no aparto el filo de su cuello.

—Bien, las llaves —exijo, tendiéndole la palma hacia arriba para que me las entregue.

—¿Y mi dinero? —Osa preguntar, enfureciéndome. Siempre ha sido demasiado codicioso para su propio bien, por eso pude sobornarlo.

—Lo tendrás  cuando esté fuera —miento.

Sonríe, aliviado cuando lo suelto y me tiende las llaves.

—Está bi…

Ni siquiera le dejo terminar la frase antes de estrellarle la cabeza contra la pared con tanta fuerza que abro un boquete. Una, dos y hasta tres veces, hasta que cae muerto al suelo. Sonrío.

—Gracias por tu ayuda —le digo, pasando sobre su cadáver en mi camino hacia la salida.

Resulta pan comido. Este idiota ha cumplido bien su parte.

Ahora ya nada ni nadie podrá frenarme, es hora de ir a por mi musa y hacerla mía, lo quiera ella o no.

# CAPÍTULO 28

**MIKE**

Grito, al borde de la histeria, cuando los efectivos me sacan de la prisión para extinguir el incendio que ese hijo de perra de Westwood ha provocado en el ala de psiquiatría.

La ira me hace hervir la sangre. No puedo creer que se haya escapado frente a nuestras narices, ¡nos ha hecho quedar como imbéciles, maldita sea!

Ya se han movilizado todos los efectivos para atraparlo antes de que llegue muy lejos, pero mi instinto me grita que es demasiado tarde. He fracasado estrepitosamente en mi labor y debo enmendar mi error cazando a ese lunático.

No puedo quedarme de brazos cruzados aquí esperando mientras ese psicópata está suelto. ¿Y si va a por Faith?

No se lo he dicho, pero vi las imágenes de la celda…los vi besándose, compartiendo un momento íntimo que casi me hizo enloquecer de celos.

Por eso, llevado por un impulso, me presenté esa misma noche en su apartamento con la esperanza de que se diera cuenta de que aquello solo fue un error, un desliz, y olvidara a ese criminal conmigo. No sucedió así y me sentí humillado, pero no puedo enfadarme con Faith cuando es una víctima más de ese monstruo. Es evidente que le ha lavado el cerebro, a saber qué sucios métodos habrá empleado para manipularla. Pero yo la salvaré de él y después, cuando la pesadilla haya terminado, le pediré que se case conmigo.

—¿Adónde va, alcaide? No hemos terminado de tomarle declaración —me detiene uno de los oficiales y aprieto los dientes, a sabiendas de que no me van a dejar ir tan fácilmente.

—No puedo quedarme aquí, tengo que ir a casa de la doctora Faith Lowell. Corre un serio peligro —explico, con la esperanza de que eso sea suficiente para que me dejen ir.

Sin embargo, es otra voz conocida la que interviene.

—No te preocupes, ya he enviado a una patrulla a vigilar su casa. Por el momento, Westwood no ha aparecido, así que no sabe nada.

Es Cameron.

Asiento, a regañadientes, y espero a que terminen de evacuar a todos los internos y al personal del ala de psiquiatría. El resto de las infraestructuras no han sufrido ningún daño gracias a la rápida intervención de los bomberos.

Lo más duro de todo vendrá con el recuento de víctimas mortales.

Pierdo la cuenta del tiempo que me hacen esperar aquí hasta sofocar las llamas y le pido información al primer bombero que sale, con la cara descompuesta. Parece que está a punto de vomitar, lo cual no es nada bueno.

—¿Qué ha pasado? ¿Cuántas víctimas mortales hay? —inquiero, impaciente. Resopla, quitándose el casco para respirar mejor.

—Aún es pronto para dar una cifra, pero más de una veintena. Ese tipo…es un auténtico sádico. Mi equipo y yo nos hemos topado con restos humanos descuartizados…ha jugado con sus víctimas como si fueran piezas de un puzle. Ojos, cabezas, manos, piernas…no había visto nada tan espeluznante en toda mi carrera. Más vale que lo atrapen pronto, por el bien de todos.

Su testimonio me sobrecoge y asiento, luchando yo mismo contra las náuseas.

No me importa lo que haya dicho Cameron, aprovecho el primer descuido para salir pitando rumbo a la casa de Faith. Ella tiene que saber inmediatamente lo que está pasando, tengo un mal presentimiento.

**...**

Contarle todo lo sucedido no es nada fácil para mí. No solo me hiere en mi orgullo profesional, sino que me siento avergonzado. Y ella… sabía que se lo tomaría mal, pero no imaginaba una reacción tan visceral por su parte.

Sus mejillas se tiñen de un peligroso tono escarlata y explota, agarrándome de las solapas de la camisa y acercándome a su rostro.

—¿Cómo demonios ha podido escaparse de una prisión de máxima seguridad? ¡¿eh? — brama, a un palmo de mi cara, zarandeándome.

Traga saliva ante su arrebato.

—No lo sé, lo siento — admito, cabizbajo y humillado.

Ella me suelta y se da la vuelta, con su cabello rojo balanceándose como si estuviera ardiendo en llamas. Su respiración está desbocada y su cuerpo convulsiona de ira.

Entonces suelta un grito de furia descontrolada y se quita los tacones, lanzándolos contra el espejo de cuerpo entero de su cuarto, que se parte en mil pedazos por la violencia del impacto.

Pero Faith no ha tenido suficiente, así que antes de que pueda detenerla, corre hasta su escritorio y barre todos los objetos que hay en él con el puño. Luego lo vuelca a un lado, respirando como si acabase de correr una maratón.

Observo, atónito, cómo descarga su ira contra los muebles, arrasando con todo lo que se le atraviesa en el camino.

Tengo que pararla antes de que se haga daño.

La sujeto por la cintura desde atrás, conteniendo sus feroces embates como buenamente puedo. Me está costando trabajo

contenerla y admito que me impresiona su fuerza.

—Faith, estás fuera de ti, respira.

—Suéltame, tú no lo entiendes —forcejea inútilmente unos minutos hasta que llegan los sollozos. —Me matará —admite, en un hilo de voz.

—Shh —la acallo, depositando un beso con suavidad sobre su frente —, no lo permitiré, ¿me oyes? Antes acabo yo con él —le prometo y jamás en toda mi vida había hablado tan en serio.

Dejo que llore en mi pecho y que me abrace hasta que se recompone.

—Dios Mike, yo…siento mucho haberme puesto así contigo. Últimamente tengo problemas para controlar mi ira —se disculpa, avergonzada. Yo la tranquilizo.

—Tranquila, es comprensible después de lo que ha pasado —aseguro.

—Todo lo que sé ahora mismo es que no quiero que te vayas —añade y mis ojos se iluminan con un ápice de esperanza.

—Entonces no me iré —le prometo, a lo que entierra la cabeza sobre mi pecho, aliviada.

Me quedo con ella hasta que se duerme en mis brazos.

# CAPÍTULO 29

**FAITH**

Me despierto reclinada sobre un duro pecho y me incorporo, alarmada. ¿Qué ha pasado? Tengo los recuerdos borrosos y me cuesta enfocar la vista.

¿He estado llorando? El cuerpo me pesa como si fuera de hormigón, pero me relajo al ver que se trata de Mike. Se ha quedado conmigo para cuidarme, tal y como prometió, y eso me enternece.

Los recuerdos se suceden como un borrón en mi cabeza y me llevo una mano a la sien dolorida. ¿Cuánto tiempo he dormido?

Al parecer, lo he preguntado en voz alta, porque Mike me responde con una sonrisa.

—No mucho, un par de horas. Pero necesitabas descansar.

—Yo…sí, lo cierto es que sí. ¿Alguna novedad…? —Ni siquiera soy capaz de pronunciar su nombre, aunque tampoco es como si hiciera falta. —¿Lo habéis atrapado ya? —inquiero, pese a que sé la respuesta. Miro el reloj, que marca las dos y media de la madrugada, y suspiro. No voy a pegar ojo en toda la noche, eso lo tengo claro.

—Todavía no. Hemos apostado agentes en los aeropuertos y estaciones de tren más cercanos por si intenta salir del estado —explica y se pasa una mano por la cara, cansado. Me siento culpable por todo esto, no puedo remediarlo. —Si no intenta salir del país y viene a por ti…le daremos caza como al animal que es. No podrá tocarte, Faith, te lo aseguro.

Lo que no se imagina es que una parte de mí, que cada día se hace más potente, ansía precisamente eso. Que Nicholas venga a por mí

y acabe lo que ha empezado. Estoy tan enferma como él, no hay otra explicación.

—Está bien, pero deberías ir a casa y descansar un poco. Yo estaré bien si hay agentes ahí fuera vigilando —intento persuadirlo para que se marche y ojalá fuera solo porque me sabe mal que esté aquí cuidándome después del cansancio de este infernal día, pero la realidad es que también tengo intereses ocultos. Y es que si Nicholas viene a por mí y lo encuentra aquí…esta vez nadie podrá salvar a Mike de una muerte lenta y dolorosa, ni siquiera yo. No quiero eso para él.

Sin embargo, no contaba con lo testarudo que es. Se niega en redondo a dejarme sola.

—No, de ningún modo. No pienso moverme de aquí.

Dejo escapar un suspiro de pura resignación. Insistir más resultaría demasiado sospechoso, de modo que lo dejo estar y rezo para que a Nicholas no se le ocurra aparecer por aquí.

Pensándolo bien, no creo que lo haga. Él es muy inteligente y sabe que mi casa es el primer lugar al que acudirán, seguramente querrá esperar a que las aguas se calmen antes de intentar nada. Sí, eso sería lo más sensato. Me relajo un ápice y me desperezo ligeramente, incorporándome en el sofá. Tanta atención por parte de Mike me está empezando a hacer sentir incómoda, por mucho que tenga buenas intenciones. Me trata como a una pobre y desvalida mujer y eso no me gusta. He lidiado con Nicholas anteriormente, conozco su mente mejor que él y que la policía.

—Bien, en ese caso, ¿te apetece un té o un café? —le ofrezco, pensando que nos vendrá bien si vamos a pasar la noche en vela.

Mike me regala una sonrisa de dientes perfectos y asiente.

—Un café suena perfecto.

Me río y me encamino a la cocina para prepararlo. Presiento que esta va a ser una noche muy larga.

...

Alguien me sacude los hombros con suavidad y entreabro los párpados, adormilada. Juro que no quería dormirme, pero estaban poniendo una película tan sumamente mala que no he podido evitar cerrar los ojos solo para desconectar y he terminado así. En mi defensa diré que el pecho de Mike es tremendamente cómodo.

—Faith, lo tenemos. Lo han visto a las afueras, en una gasolinera —me susurra, con la emoción tiñendo su voz.

Me incorporo cual resorte y trato de disimular lo mejor que puedo la decepción que me embarga. ¿No se supone que debería alegrarme? Entonces, ¿por qué me siento así? Es que…ha resultado demasiado fácil.

—Bien, eso es genial. ¿Quieres que vaya con vosotros o…? —Dejo la frase en el aire, insegura.

—No, no es prudente. Mejor quédate aquí y cierra bien las puertas hasta que llegue la nueva patrulla para tomar el relevo. He hablado con Cam y están de camino. Pronto se habrá acabado esta pesadilla —Mike me pasa un brazo sobre los hombros para reconfortarme y se levanta para ponerse su chaqueta, luego se acerca a mí para depositar un beso en mi mejilla.

Fuerzo una sonrisa y asiento.

—Está bien, lo haré. Y Mike, ten mucho cuidado, por favor. Nicholas es muy peligroso —le pido, angustiada. Algo dentro de mí me dice que esta noche terminará mal, de un modo u otro.

Intento relajarme y convencerme de que son paranoias.

—No te preocupes, siempre lo tengo —asegura, levantándose la camisa para mostrarme la funda en la que guarda su arma reglamentaria.

Lo veo marchar con la ansiedad germinando en mi pecho.

...

Me asomo por la ventana por vigésima vez desde que Mike se fue. Ha pasado media hora, son casi las cinco de la madrugada y todavía no tengo noticias. Ni siquiera Cameron sabe nada y yo estoy que me como las uñas. He deambulado por toda la casa como un alma en pena y no puedo más.

¿Debería tomarme un somnífero? No, quiero estar lúcida. Por lo que pueda pasar.

Decido ir a la cocina para servirme un vaso de agua porque tengo la boca completamente seca. No dejo de mirar hacia todos lados durante el trayecto, estoy tan paranoica que siento como si me observaran, pero no hay nadie. Está todo cerrado y es imposible que haya entrado con la policía haciendo guardia fuera.

Abro el grifo y me mojo la nuca con un poco de agua fría con la esperanza de ralentizar los alocados latidos de mi corazón. Respiro hondo varias veces y bebo un par de sorbos.

Pum.

Alguien toca a la puerta y el vaso se me resbala de las manos, cayendo al suelo, donde se hace añicos.

Mi pulso se desboca todavía más y vacilo antes de acercarme hasta la mirilla. No hay nadie fuera, así que no pienso abrir. He visto suficientes películas de terror como para saber que es una estupidez.

Nadie vuelve a llamar y me asomo por la ventana para comprobar que ya ha llegado el nuevo coche patrulla. Efectivamente, está aparcado en el jardín.

Subo a mi dormitorio para cambiarme de ropa, los vaqueros empiezan a provocarme dolor en el trasero de lo incómodos que son. Debería haberlo hecho antes, pero con Mike aquí me daba corte.

Empiezo a rebuscar en mi armario un pijama limpio sin molestarme en encender la luz.

—Cyrus, chico, ¿estás ahí? —Llamo a mi gato porque ha estado demasiado silencioso y hace rato que no lo veo. No le gustan las visitas y se ha escabullido cuando ha venido Mike, pero de eso hace ya horas…

Me tenso, sintiendo el aire viciado de pronto. Algo va mal. Un escalofrío me recorre la nuca y me tenso de pies a cabeza.

Hay alguien aquí, tras mi espalda.

Lo sé sin necesidad de volverme.

Nicholas está en mi dormitorio.

# CAPÍTULO 30

**FAITH**

Me giro lentamente, con el corazón desbocado y el sudor frío recorriéndome el cuerpo.

Un grito de espanto brota de mi garganta al ver aparecer su rostro, entre la penumbra de la estancia, como una aparición fantasmagórica.

Solo que, para mi desgracia, es muy real. Y algo en lo más profundo de mi interior sabe a ciencia cierta que, sin importar lo que haga, no podré escapar de él.

Mi alarido le arranca una carcajada siniestra. ¿Cómo ha entrado? Espera. Él…¿ha estado aquí todo el tiempo?

Nicholas ladea la cabeza, esbozando una escalofriante media sonrisa que no augura nada bueno.

—¿Me echabas de menos, Faith?

Su voz es siniestra y está cargada de promesas oscuras.

Por toda respuesta, echo a correr hacia la salida, desesperada.

—Así que quieres jugar… juguemos entonces —oigo su réplica cerca, demasiado cerca. Me está siguiendo.

Bajo las escaleras a trompicones y estoy a punto de caer varias veces al oír sus pasos pisándome los talones. Si llego hasta la salida, podré pedir ayuda.

—Pequeña musa, no tengas miedo. Ven aquí, anda —me llama, su tono ahora es afable, juguetón, y eso me da todavía más miedo. Está desquiciado, si me atrapa podría hacerme cualquier cosa.

Solo un par de metros me separan de mi salvación y en dos zancadas llego hasta la puerta. Tengo que ser rápida.

No miro atrás por temor a que esté respirando en mi nuca y me lanzo hacia la salida como un bólido.

Sin embargo, un clic resuena, dando al traste con todas mis esperanzas. Por más que tiro, la puerta no se abre y estoy a punto de echarme a llorar de la desesperación.

Cuando Mike se ha marchado estaba abierta, así que no hay otra explicación; Nicholas ha bajado y la ha cerrado, luego ha subido a mi habitación a esperarme. Ha estado aquí todo el tiempo, observándonos, y eso me pone la piel de gallina. Saber que ha esperado a que estuviéramos a solas para salir de entre las sombras…es enfermizo y quiero estrangular a esa vocecita dentro de mi cabeza que me susurra cosas perversas y se siente excitada. No es el momento, joder.

Me seco las lágrimas con furia y me giro para enfrentarlo, pero ya no está. ¿Dónde se ha escondido ahora?

No tengo ni idea y eso me hace sentir acorralada e impotente en mi propia casa. No lo permitiré.

—¡Sal dondequiera que estés, Nicholas! ¡Vamos, no te tengo miedo! ¿Me has oído? Te estoy esperando. ¿No querías jugar? ¡Pues vamos a jugar! —Lo provoco, llamándolo a gritos con la esperanza de que dé la cara.

Necesito pensar. No puedo abrir la puerta y por lo tanto la única forma de pedir ayuda sería llegar hasta mi móvil, que está en el salón. Debería habérmelo llevado conmigo, maldita sea.

Pero no pienso entrar ahí sin un arma, así que primero iré a la cocina a por un cuchillo. Y si Nicholas está allí…entonces que gane el más rápido.

*No mires atrás, no mires atrás.*

Me lo voy repitiendo a mí misma una y otra vez, como un mantra. Camino sigilosamente, estoy al borde de la taquicardia y necesito reunir todo el coraje del que soy capaz para adentrarme en la cocina. Intento encender la luz, pero no funciona. La ha cortado, por lo tanto tampoco podré llamar para pedir ayuda. Cabrón inteligente.

Trago saliva y avanzo. Una rápida inspección me confirma que no está aquí y sonrío. Abro el primer cajón y ahí está; cojo el cuchillo más grande que tengo y lo empuño, lista para usarlo.

Pero cuando me doy la vuelta…lo tengo literalmente encima. Se cierne sobre mí como una bestia hambrienta, con esa máscara antigás que le pusieron para la ejecución y que me arranca un grito visceral que nace desde lo más profundo de mi garganta. Retrocedo y mi espalda choca contra la encimera.

—No…no te acerques más…—suplico, con la voz temblorosa y el cuerpo hecho un flan.

—¿No decías que no me tenías miedo? Demuéstralo. No podrás escapar, Faith —me incita. Intento rebasarlo para escapar, pero es más hábil y se mueve para cortarme el paso. Se me escapa un sollozo y lo apunto con el cuchillo, pero no retrocede. No tiene miedo; está excitado. Es irónico que sea yo quien esté armada, pero él tenga la sartén por el mango. —Es inútil que corras, estoy dentro de tu cabeza y puedo anticipar todos tus movimientos. ¿Es así como tratas a tus visitas? Voy a tener que enseñarte modales. Acabas de cometer un grave error —sisea, como única advertencia, y se mueve un paso hacia la derecha, aferrando mi muñeca con un agarre implacable hasta doblármela y hacerme caer de rodillas a sus pies.

Gimo de dolor, pero aun así me niego a soltar el cuchillo, aunque ambos sabemos que jamás podría herirlo. Su fuerza es muy superior.

Desesperada, le suplico. No quiero morir y haría lo que fuera para evitarlo. Cualquier cosa.

—Nicholas, Nicholas, está bien, lo siento. Me has asustado, solo eso. Todo el mundo te está buscando, tienes que irte.

Me aprieta todavía más fuerte y se inclina para estar a mi altura. Solo puedo ver sus ojos a través de la máscara y brillan con pura maldad.

—Claro, claro, me iré…pero contigo —susurra, a centímetros de mi cara y con la mano libre me acaricia el pelo y lo aprieta entre sus dedos en un doloroso tirón que me hace gritar. Acabo por soltar el cuchillo, que cae a mis pies.

Lo aparta a un lado con el pie, desdeñoso,  y me empuja hasta tumbarme boca arriba sobre el frío suelo. Lucho, pataleo y trato de quitarme su peso de encima, pero es una bestia de músculos y testosterona y me tiene completamente inmovilizada.

Me doy cuenta de que está empapado de sangre por completo y trago saliva. ¿Cómo ha podido colarse aquí sin que nadie lo viera? Está un paso por delante de todo el mundo y sé que no tengo escapatoria. Me ha encontrado y me llevará consigo.

—No hagas esto, te lo ruego. Tienes que parar…—suplico, tratando de apelar a un lado compasivo de él que sé que no existe. Pero tengo que hacer algo…

Él me pone una mano en la boca para acallarme y sisea.

—Te lo dije, ¿o no te lo dije? Que los mataría a todos, me bañaría en su sangre y en sus vísceras y después, mi pequeña musa, vendría a por ti. No sabes cuánto tiempo llevo esperando este momento, tanto que llegué a pensar que enloquecería por completo —espeta, con la respiración pesada a causa de la rabia.

Niego con la cabeza frenéticamente, murmurando todo tipo de sonidos ininteligibles.

Al final, me permite hablar.

—No va a salir bien. Si insistes en llevarme contigo te matarán. Huye ahora que aún puedes, te prometo que no les diré nada —trato de persuadirlo lo mejor que sé.

Nicholas deja escapar un áspero gruñido que me tensa y aprieta mi garganta entre sus manos ásperas y ensangrentadas. Emito un jadeo ahogado que muere en un sollozo cuando me dificulta la entrada del oxígeno.

—Faith, cariño…mucho cuidado con lo que dices —me advierte, con tono ronco. —Ahora mismo parece que estás intentando deshacerte de mí y no creo que quieras que piense eso, ¿o sí? Porque me enfadaría mucho. Y ya sabes cómo me pongo cuando me enfado, ¿no?

Asiento para no alterarlo. Si sigue así acabará asfixiándome. Está demasiado alterado por haber presenciado cómo Mike se quedaba conmigo. Me da miedo pensar en la razón por la que no lo ha matado cuando ha tenido la oportunidad, pero no es momento de especular con eso sino de centrarme en mi propia supervivencia.

—No, tranquilo, no es eso lo que quería decir. Yo…estoy preocupada por ti, Nicholas, no quiero que te hagan daño. No lo soportaría…— atino a farfullar, con dificultad debido a su dolorosa sujeción. No afloja.

—Qué bien mientes con esa boquita tan sucia —me abre la boca con dos dedos, obligándome a saborear los restos de sangre seca que residen en ellos y se levanta la máscara para escupirme en ella. No debería, pero siento cómo me humedezco sin poder evitarlo ante lo obsceno del gesto y cuando veo su dura polla al descubierto delante de mi cara casi me echo a llorar; si de miedo, de lujuria o de ambas cosas, no lo sé.

—Y ahora, vas a ser obediente y te la vas a meter entera en la boca. Voy a dejar mi esencia en ti para que ningún maldito cabrón se atreva a profanarte jamás, ¿me has entendido? —Asiento repetidamente, con la saliva cayéndome por las comisuras al ver lo enorme que es. ¿Cómo diablos me va a caber entera?

Nicholas asiente, con aprobación, y sin dejar de sujetarme con una mano por el cuello, con la otra se agarra la cabeza venosa de su miembro y me introduce la punta sin miramientos.

Gorjeo y empiezo a chuparla con movimientos circulares y precisos. Nicholas suelta un áspero gruñido a través de la máscara que se ha vuelto a colocar y se va introduciendo más hondo dentro de mi boca.

Me da una arcada por las dificultades que tengo para tomarla y eso que todavía me queda la mitad y de los ojos me brotan lágrimas. Estoy excitada, sí, más de lo que debería, pero también estoy acojonada.

¿Qué va a hacer Nicholas conmigo?

¿Matarme mientras le hago una mamada?

Espero que no porque sería una forma muy extraña de morir.

—Hasta el fondo. Trágatela como una buena chica, vamos —me espolea, con ese tono autoritario que dispara mi libido. Mi visión se llena de puntos negros, estoy llorosa y salivando mientras trato de no ahogarme con su monstruoso miembro a medida que le doy placer con la boca.

La fricción es cada vez más intensa y cuando sus huevos tocan la campanilla de mi lengua, por un momento pienso que no podré aguantar el reflejo nauseoso. Sin embargo, me sorprendo a mí misma y la tomo como una campeona.

Veo la mirada de orgullo en los ojos de Nicholas y me lleno de alivio sin entender por qué.

Siento mi coño tan húmedo que me resulta vergonzoso. Cada vez estoy más débil.

—Eso es y ahora pruébame —me pide, antes de correrse por toda mi cara, llenándome de su semen.

Hago lo que me ha pedido y lo saboreo. Mmm…jodidamente delicioso.

Necesito que me alivie y trato de pedirle que la saque, pero entonces él presiona un punto de mi cuello con más fuerza y todo se va volviendo negro mientras siento que la conciencia me abandona.

Me desmayo todavía con su polla dentro de mi boca y la certeza de que ya es demasiado tarde para escapar.

—Dulces sueños, Faith.

¿Es así como se siente la muerte? Porque tiene razón; es demasiado dulce, apacible incluso.

# CAPÍTULO 31

**FAITH**

Está todo muy oscuro.

Demasiado.

Yo…Dios, la cabeza. Siento que me va a estallar.

Hay ruido, demasiado ruido. Y agua…

Estoy empapada.

Un monstruo está conmigo en la habitación.

Tiene uno de sus tentáculos sobre mí. Es viscoso, pero oh…joder, sí.

Se siente tan bien…

Murmuro todo tipo de sonidos e incoherencias.

No puedo abrir los ojos. Los párpados…qué raro, me pesan una barbaridad.

Y noto algo muy extraño entre las piernas. Es como…ahhhh, Dios…

—No hay ningún Dios aquí, doctora, solo yo. Tu pesadilla más placentera —oigo una voz a lo lejos. Está como distorsionada.

Me esfuerzo al máximo hasta que consigo abrir los ojos y parpadeo para adaptarme a la luminosidad que reina en la estancia.

Hay un rostro deforme que ha emergido delante de mí…de entre mis piernas. Grito con todas mis fuerzas ante la máscara antigás que se alza sobre mi visión.

—Shh, tranquila, soy yo. ¿Quieres que me quite la máscara?

Parpadeo, tratando de deshacerme de los rastros del sueño y espabilarme.

Entonces lo reconozco; Nicholas.

Los fragmentos de lo sucedido durante las últimas horas acuden a mi mente como destellos sin orden ni concierto y gimo, atontada.

Al ver que no contesto, lo hace y la deja a un lado, despreocupadamente. Acto seguido, vuelve a lo que estaba.

Trato de encoger las piernas, pero está encajado en ellas y me lanza una mirada asesina para que me esté quieta antes de seguir comiéndome el coño.

¿Pero qué diablos?

—¿Qué estás haciendo? —atino a preguntar, aturdida.

—Darme un festín —replica y me sonrojo ante lo bueno que es. No debería disfrutarlo tanto, pero tengo el clítoris tan sensible y me lo chupa tan bien. Su lengua es prodigiosa.

Gimo, me deshago como una marioneta bajo sus cuerdas y le tiro del pelo hasta que termina, dejándome hecha un charco necesitado y con el cuerpo ardiendo en llamas como si tuviera fiebre.

—¿Has estado haciendo esto mientras estaba inconsciente? —inquiero, parpadeando para despejarme. Debe de ser mediodía, a juzgar por todo el sol que entra por las ventanas.

—Pues claro.

Y lo dice tan tranquilo…

Me enfurezco.

—No puedes hacer eso.

Intento empujarlo, pero estoy demasiado débil y me sujeta las muñecas con habilidad detrás de la cabeza.

—Claro que puedo —rebate. —Eres mía, puedo hacer contigo lo que quiera. Además, estabas gimiendo mi nombre y rogando que te aliviara.

Como para probar su punto, pasa la lengua por toda mi sensible raja y acto seguido, lo amasa entre su mano y le da un pellizco que me arranca un grito por lo necesitada que estoy. Odio que crea que puede manipularme con sexo y que le funcione.

Suelto un bufido y contengo las ganas de pelear con él. Necesito obtener algo de información y recuperar fuerzas primero.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —Entrecierro los ojos con sospecha y añado: —¿Me has drogado?

—Sí. Llevas dos días bailando entre la vigilia y el sueño, digamos que te he dado algo…experimental, para ver cómo reaccionaba tu sistema —aclara, como si tal cosa.

Me enciendo.

—¡Maldito cabrón! ¿¡Cómo te has atrevido!? —Bramo, tratando de morderle y arañarle la cara. Pero es inútil, su agarre de hierro me impide moverme y dejo de forcejar enseguida, exhausta.

—Tranquila, lo estás alterando —me amonesta y de repente apaga esa maldita música infernal que me estaba taladrando los oídos -¿me ha despertado con heavy metal? Lo voy a matar, lo juro- y oigo un maullido quedo.

Todo en mí se ablanda y trato de girar la cabeza, pero no me lo permite. Así que, en su lugar, aventuro:

—¿Cyrus?

Un maullido más agudo me da la confirmación que necesitaba. Nicholas sonríe.

—¿Lo has traído con nosotros?

—Así es, pareces tenerle mucho cariño y pensé que te vendría bien tener algo familiar cuando despertaras en nuestro nuevo hogar —

comenta, con tono más suave.

Nuestro nuevo hogar.

Esas palabras disipan la escasa felicidad que he podido experimentar y despiertan todas las alarmas en mi interior.

Con la boca reseca y áspera, me atrevo a preguntar:

—¿Dónde estamos, Nicholas? ¿Adónde me has traído?

Por su expresión, parece ligeramente decepcionado.

—¿Todavía no lo has adivinado? Estás en mi antigua casa —me dice, cogiendo un mechón de mi pelo para olerlo.

Me retraigo, congelada. Eso es…imposible.

—No, no puede ser.

Me niego a creerlo. Pensaba que habríamos salido del país.

Sin embargo, nos hemos escondido a plena vista. Pensándolo bien, tiene sentido a la retorcida manera de Nicholas.

—Bienvenida a la mansión Westwood, musa —exclama, con teatralidad, como si yo fuera una invitada en vez de una prisionera. Me miro las muñecas, parece que de momento no me ha atado pero ahora que estoy despierta no me hago demasiadas ilusiones. —¿Quieres ver mi colección privada? Esos imbéciles se llevaron casi todo cuando irrumpieron aquí, pero todavía me quedan algunos trofeos —me ofrece, entusiasmado y a mí se me revuelve el estómago.

—Nos van a encontrar. Estás más loco de lo que creía si piensas, aunque sea por un segundo, que esto te va a salir bien —espeto, sin poder contenerme.

Me suelta y se aparta de mi toque como si lo hubiera quemado.

—Siento decepcionarte cariño, pero te equivocas. Precisamente por lo evidente que este escondite resulta es que sé a ciencia cierta que jamás nos buscarán aquí. O puede que…para cuando lo hagan, ya

sea demasiado tarde —susurra esto último en mi oído antes de tirar de mi brazo para ponerme en pie con brusquedad.

Ni siquiera me deja coger en brazos a un Cyrus que no deja de maullar. Me arrastra por un pasillo laberíntico hasta encerrarme en una habitación sin ventanas.

Me lanzo contra la puerta, pero llego demasiado tarde. Ya está echando la llave.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué piensas hacer conmigo? ¡Nicholas! —Me desgañito, desesperada. Tengo que escapar de aquí, ¿pero cómo?

—Todo a su tiempo, ya lo averiguarás. Discúlpame un momento, iré a limpiar un poco. Hay tanto polvo aquí que si mis padres pudieran verlo volverían retorciéndose a sus tumbas. ¿Así es como trata la policía las pertenencias ajenas? —Lo oigo perderse por el pasillo mientras divaga y entro en pánico.

Alzo la voz y empiezo a suplicar.

—Nicholas, por favor, te lo ruego. Déjame ir. Te juro que no le diré nada a nadie.

Lloro y me hago un ovillo en un rincón. De repente, escucho que vuelve y la esperanza se enciende como una llama en mi interior. ¿Es posible que haya entrado en razón?

—No vuelvas a pedirme algo así, Faith. Hasta ahora he sido amable contigo, pero si no empiezas a grabarte en esa cabecita tuya de una vez y por todas que me perteneces, me enfadaré de verdad. Ahora vuelvo —sentencia, desde el otro lado de la puerta, y sus palabras son como un balde de agua fría.

No me quedaré aquí de brazos cruzados mientras me trata como a una muñeca de trapo. Escaneo la habitación, pero no hay nada que pueda servirme como arma, ni ningún rincón por el que escapar, pero no me rendiré. Encontraré una salida cueste lo que cueste.

...

Nicholas tarda demasiado en regresar, pero cuando lo hace está de un humor de perros. Da miedo.

Está tan furioso que me encojo en un rincón mientras rompe lo poco que encuentra, alegando que la policía se llevó todas sus pertenencias y sus tan preciados trofeos. No queda nada y eso lo hace perder la cabeza. Para él es importante.

—Bueno, tendré que empezar de cero —resuelve al fin, tras recobrar la serenidad.

Yo, que me he quedado encogida en un rincón al presenciar su arrebato, me atrevo a preguntarle:

—¿Qué quieres de mí?

Su respuesta me estremece.

—Quiero alimentarme de tu sangre, de tu esencia, consumirte y absorber tu alma hasta que no respires a menos que yo te lo diga. Reducirte a la más pura nada si no estás conmigo. No descansaré hasta que tu piel clame por la mía como el cántico de una sirena atrae a los náufragos. Hasta la locura más inclemente.

Y entonces lo entiendo: nunca me dejará salir de aquí. No con vida, al menos.

Me he convertido en su musa…en la muñeca perfecta.

# CAPÍTULO 32

**FAITH**

Nicholas volvió a drogarme cuando, en un descuido por su parte cuando me alimentaba, lo golpeé para tratar de escapar. Me alcanzó enseguida y desde entonces me está castigando.

Me ha encerrado en otro cuarto, uno que está decorado expresamente para mí. Lo cual me indica que ha debido de ir de compras en algún momento mientras yo estaba drogada, alucinando por culpa de las porquerías que me inyectaba como "experimento".

La habitación es bonita. Está todo pintado de lila, mi color favorito, y hay libros y plantas preciosas. Cyrus está conmigo, lo cual fue una pequeña muestra de humanidad.

Pero como no se fía de que intente escapar de nuevo, estoy atada de pies y manos a unas cadenas que se conectan con la pared. Si tiro demasiado, me perforo las muñecas. Ya las tengo en carne viva.

No me he rendido, pero estoy más relajada de lo que debería teniendo en cuenta que me ha secuestrado un lunático.

Durante los primeros días, mi espíritu guerrero salió a flote e intenté de todo. Pero ahora…empiezo a resignarme a mi nueva realidad.

Nicholas viene a visitarme casi cada hora. Hablamos de todo un poco. Me ha contado muchas cosas que me han sorprendido y, a veces, me hacen verlo con otros ojos. Incluso me lava y me peina con esmero, me ha comprado vestidos preciosos que me sientan como un guante. Por supuesto, sabe hasta la talla de bragas que uso.

Me ha hecho ver que no es solo un monstruo sediento de sangre, sino que también puede ser inteligente, culto y muy versátil. Le

gusta el cine, sobre todo en blanco y negro, como a mí.

Ayer decidió premiarme por mi buen comportamiento y vimos mi película favorita: *El silencio de los corderos.* Nicholas dejó traslucir su sentido del humor al darme su opinión sobre Hannibal Lecter e incluso me hizo reír con sus bromas sobre el canibalismo. Sin duda, divertirme con algo así hará que vaya al infierno, pero no pude evitarlo.

También me prepara todas las comidas y he de decir que es un excelente cocinero. No hay nada que no sepa hacer, es increíble.

Aun así, por mucho que esté manteniendo a raya su lado violento, a veces me reprendo a mí misma por bajar tanto la guardia con él. Sigue siendo un asesino peligroso que se ha obsesionado conmigo. No ha vuelto a forzarme, ni tampoco me ha tocado, lo cual me ha hecho experimentar una sensación agridulce porque lo deseo. Demasiado. Tanto que me está volviendo loca.

Cuando viene a verme por la tarde con un nuevo libro, decido aprovechar que está receptivo para sonsacarle lo que pueda.

—¿Cómo conseguiste escapar de la cárcel? Planear algo así lleva mucho tiempo.

Es algo que me está reconcomiendo desde que me dieron la noticia. Tuvo que tener ayuda, es imposible que pudiera hacerlo solo, al igual que acosarme.

—¿Todavía no te has dado cuenta? Podría haber escapado el primer día en que puse un pie allí —contesta, dejándome desconcertada.

—¿Y entonces a qué estabas esperando? —Se me escapa, a lo que él sonríe y me acaricia la mejilla con delicadeza, casi con mimo.

—A ti. Esperé pacientemente a que llegaras, mi musa, mi locura…la razón de mis desvelos —reconoce, sin pudor alguno. Noto una agradable calidez expandiéndose por mi vientre. Hasta que me doy cuenta de la implicación que conllevan sus palabras.

Abro los ojos como platos.

¿Está insinuando lo que creo?

—¿Qué estás diciendo? Eso es imposible.

Se echa a reír.

—¿Estás segura de eso? Deja que te refresque la memoria, entonces.

Lo escucho atentamente, retrotrayéndome al pasado. Concretamente, a un año y tres meses atrás. Cuando mi camino se cruzó con el suyo sin que yo lo supiera.

**...**

*Asistí a uno de tus seminarios sobre la psicología forense en perfiles criminales de alto riesgo, Faith.*

*Por aquel entonces, yo todavía no estaba en el radar de sospechosos de la policía ante los atroces crímenes de "El escultor de Pensilvania".*

*Estaba acechando a una nueva víctima, que era una de tus alumnas, y acudí allí para estudiarla.*

*Pero cuál fue mi sorpresa cuando te vi…eras como una diosa. Una aparición salida del mismísimo Inframundo y hecha a mi medida.*

*Había una oscuridad en tus ojos que me atrajo desde que cruzamos las miradas. Eras magnética. Cuando hablabas, todo el mundo contenía la respiración y tu discurso…era demasiado idealista, pero me gustó tu visión sobre la psique de los asesinos en serie.*

*Tenías un alma pura, pero solo estabas a un empujoncito de ser corrompida. Me di cuenta enseguida de que ocultabas muchos secretos bajo esa capa de perfección, secretos terribles. Y yo necesitaba averiguarlos.*

*Tú apenas te fijabas en mí, buena prueba de ello es que ni siquiera me recordaras cuando nos vimos. ¿Y sabes cómo supe que no te acordarías?*

*Porque me obsesioné contigo ya por aquel entonces. Acudí a todos tus seminarios y conferencias durante meses, observándote, estudiando cada uno de tus gestos y manías… te seguí muchas noches, puse cámaras en tu casa. Y fue ahí cuando descubrí tu secreto.*

*Eso solo hizo que mi obsesión aumentara, por supuesto.*

*Intenté matarte muchas veces, ¿sabes? Pero siempre había algo que me frenaba y era la curiosidad. Una noche, cuando saliste de copas, te seguí.*

*Quedaste con un hombre, una de tus citas. Querías que te hiciera sentir algo, lo que fuera, porque temías estar defectuosa. Pero ningún hombre era capaz de complacerte.*

*Yo te di lo que necesitabas, Faith. Nos divertimos esa noche. No te imaginas cuánto.*

*Te estarás preguntando cómo es posible.*

*Verás, te emborrachaste esa noche al sentirte frustrada sexualmente por culpa de tu cita. Yo te invité a un reservado y te desahogaste conmigo. Puedo ser muy majo cuando quiero.*

*Entonces yo te conté que era un asesino en serie de mujeres, el famoso Escultor al que todo el mundo buscaba. Te reíste en mi cara. Me dijiste que estaba loco. Cuando te dije que era cierto, me pediste que lo demostrara.*

*No lo sabías en aquel entonces, pero estabas teniendo un episodio disociativo. Te pasa a menudo, aunque nunca lo recuerdas, claro. No eras tú misma y, al mismo tiempo, eras más tú que nunca.*

*Me acompañaste mientras iba a por mi presa. Querías ver cómo alguien cómo yo le arrebataba la vida a una persona inocente, para estudiar qué se sentía. Pero también porque algo dentro de ti siempre ha sentido esa pulsión de arrebatar una vida. Empezaste a fantasear con hacerlo cuando tu padre y sus amigos abusaban de ti, pero no pudiste. Te faltaba determinación. Por eso te arrepentiste,*

*porque murió de un infarto en el hospital tras una enfermedad terminal cuando tú tenías veinticinco años.*

*Verme a mí en plena acción fue como un despertar para ti, disfrutaste tanto como yo y hasta follamos junto al cadáver caliente de mi víctima.*

*Lástima que después de eso te encerraras en ti misma, incapaz de soportarlo, y al tratar de reprimir tu naturaleza entraras en shock.*

*Te llevé a mi casa, estabas en estado catatónico y no te movías. Intenté matarte para eliminar el posible riesgo de que fueras a la policía a contarles lo que habías visto, pero no pude hacerlo. Me resultabas demasiado fascinante. Así que te llevé a casa y cuidé de ti.*

*Al día siguiente te estuve espiando y vi que no recordabas nada. Supe que debía esperar mi momento. Luego pasó lo que pasó. Podría haber huido, pero sabía que no vendrías conmigo hasta que lo recordaras todo. Me dejé atrapar para que me encarcelaran y el resto ya lo sabes.*

*Urdí el plan perfecto y te envolví en mi telaraña hasta que caíste. Pero tú lo deseabas, en secreto querías esto, Faith. ¿Y sabes por qué? Porque somos almas gemelas.*

# CAPÍTULO 33

**FAITH**

El relato de Nicholas me ha sobrecogido por completo. Lo he escuchado casi disociada, como si hablara de otra persona. No puedo reconocerme a mí misma en esos actos, soy incapaz. Y sin embargo… sus palabras eran tan certeras, con tanto lujo de detalles que, pese a no recordar más que fragmentos inconexos, sé que todo es cierto. Hasta la parte más terrible.

Tiene razón al decir que soy como él. Fui su cómplice, su amante…

Por eso hizo todo esto. Ahora entiendo lo que me dijo en la cárcel, que me había esperado durante demasiado tiempo y cuando habló acerca de la nueva víctima que había encontrado antes de que le detuvieran no quiso decirme quién era porque se estaba refiriendo a mí. Todo el tiempo fui yo, ha hecho todo esto por mí.

Me derrumbo. Es increíble la manera en que todo mi mundo se ha visto reducido a la nada.

Mi trabajo ya no tiene sentido; soy una hipócrita, una farsante. Tengo un trastorno disociativo y a saber la de cosas que he hecho y ni siquiera recuerdo.

—¿Quién se coló en mi casa a sustraer el diario y a dejar las notas? ¿El mismo guardia que te ayudó a escapar? —le pregunto, porque sí, también me ha contado eso.

—No, otra persona. Un aprendiz de mi taller que me admiraba y al que convertí en mi discípulo. —Entiendo que por discípulo se refiere a que lo enseñó a convertirse en un asesino, pero ya ni siquiera me sorprendo. —También me ayudó a distraer a la policía mientras me colaba en tu casa.

—Entiendo, lo tenías todo calculado al milímetro.

—¿Crees que podrías entenderme, Faith? Todo esto…por qué hago lo que hago. ¿Serías capaz de vivir con un monstruo como yo? De aceptarlo. De amarlo.

Ni siquiera tengo que pensar la respuesta. Ya no. Por fin, lo veo todo claro.

—Antes te habría dicho que no sin dudarlo. Pero ahora…solo sé que estoy dispuesta a intentarlo, Nicholas. Conoces mi pasado, mis traumas y la oscuridad que guardo dentro. No soy ninguna santa, ni tengo moral para juzgarte. Ya no —admitirlo me alivia más de lo que jamás imaginé y me seco las lágrimas.

—Me alegra que al fin lo hayas aceptado. Así que ya puedo quitarte esto —alude a las cadenas y me desata, depositando un beso en mi frente con cuidado. —Nunca he querido que seas mi prisionera, quiero que seas mi reina.

Puede parecer descabellado, pero lo creo.

—Lo sé y ahora estoy preparada, al menos para intentarlo.

—Muy bien, entonces pídeme lo que quieras y yo te lo concederé —afirma, con un brillo perverso en la mirada.

Me cuadro de hombros, considerando opciones.

—¿Lo que quiera?

—Puedo hacer realidad todas tus fantasías, hasta la más oscura —asegura, rotundo.

Y eso me hace sonreír, dando rienda suelta a la oscuridad que habita en mí y contra la que siempre había luchado, hasta ahora.

—Ponte esa máscara y persígueme por el bosque. Quiero que me hagas gritar y suplicar, fóllame hasta hacerme olvidar quién soy —demando exactamente lo que quiero, sin miedo, y él me complace.

—Corre, pequeña musa, te doy diez segundos de ventaja. Si te atrapo, te follaré hasta que olvides tu propio nombre —advierte, antes de iniciar la cuenta atrás.

No me lo pienso, obedezco.

Con una sonrisa extasiada, paso junto a su figura inmóvil y echo a correr con la larga melena pelirroja ondeando al viento. No sé dónde está la salida, pero busco las escaleras, ya que intuyo que estará cerca.

Me resbalo en el último peldaño al oír sus pesadas botas tras de mí. Voy descalza y mi vestido es demasiado fino e incómodo para correr. Pero como quiero que me atrape, eso lo hace todo mucho más emocionante.

Me levanto como un resorte y bajo de un salto los dos últimos escalones. Me precipito hacia la puerta y la abro de un tirón, saliendo al frío aire de noviembre en Pensilvania.

El crepúsculo ya ha empezado a hacer sangrar al cielo y desde el jardín me doy cuenta de lo enorme e imponente que es la mansión Westwood. Es una lástima que no tenga tiempo para admirarla, pero más me vale mover las piernas o perderé mi ventaja.

Me adentro en el bosque, que pronto se convierte en un laberinto sin salida para mí al no conocer la zona.

Y entonces lo escucho tras mi espalda; un resuello constante, metálico y pesado. Como si la mismísima parca estuviera respirando sobre mi nuca.

Nicholas se mueve con un sigilo inquietante cuando quiere para ser un hombre tan grande. Se ha quitado la camiseta y solo lleva unos vaqueros desgastados, las botas y la máscara. Todo el atuendo le confiere un aspecto primitivo.

Una risa traviesa brota de mi garganta al ver que está a punto de darme alcance y reanudo la marcha, sintiéndome como la

protagonista desquiciada de un *slasher*, solo que la parte donde quiero que Nicholas me ensarte con su cuchillo es más…apetecible.

Sonrío, triunfal, cuando sus brazos se enroscan en torno a mi cintura desde atrás y me levanta en peso, echándome sobre su hombro como si no pesara nada. Mis bragas quedan a la vista y me palmea el trasero con fuerza.

Se adentra tanto en la espesura que me desoriento por completo. Él, en cambio, se conoce estos terrenos como la palma de su mano y juega con ventaja. Como siempre yendo un paso por delante…

Se detiene, todavía conmigo a cuestas, y arranca un machete que estaba clavado en una de las cortezas del tronco que tenemos delante.

Sonríe, satisfecho, y me deja en el suelo.

—Hora de tu castigo, pequeña musa. Dime, ¿prefieres mi pistola o mi cuchillo? —me ofrece ambas opciones con la cabeza ladeada y el tono ronco y malicioso.

Me lo pienso durante un momento, pero no tardo en dar con otra alternativa que sé que le gustará todavía más.

—¿Y por qué tengo que elegir? Ambos.

Se echa a reír y asiente, con aprobación.

—Pequeña pervertida…me encanta.

Me pone de rodillas sin esfuerzo alguno y lo ayudo a quitarme el vestido por la cabeza, quedándome expuesta y en ropa interior frente a él. Su respiración se vuelve cada vez más pesada a través de la máscara y suelta una risita cuando me rasga las bragas en dos, provocándome un deja vu.

—Espero que sepas que vas a comprarme unas nuevas —espeto, fingiendo molestia cuando en verdad estoy tan húmeda y necesitada que podría saltar sobre su polla y metérmela yo misma.

—Mi pistola en tu culo y mi cuchillo en tu coño, el puto paraíso —sisea, introduciéndome la culata del arma descargada (he visto cómo le quitaba las balas, no estoy tan loca) en mi abertura trasera, mientras que me tiende el cuchillo por el mango para que yo misma me empale.

Lo hacemos a la vez y se me escapa tal chillido que podría haber despertado a los muertos. Me la ha metido hasta el fondo y soy muy estrecha por detrás.

—¿No te importa que grite? —inquiero, con cautela.

—Al contrario, grita todo lo que quieras. Aquí nadie nos encontrará —replica.

Si esperaba que me tensara se lleva una decepción, porque me relajo ante sus palabras. Ya le he dicho que he tomado una decisión; quiero quedarme con él para siempre. Pero supongo que es normal que desconfíe después de todas mis reticencias. Antes no sabía lo que ahora, no me había aceptado con todas mis taras e imperfecciones. Él me ha abierto los ojos.

Veo las estrellas con cada empellón. Nicholas ejerce una fricción endiablada con la pistola y siento que voy a estallar en mil pedazos. Como me he quedado quieta, me sienta a horcajadas sobre su regazo con las piernas abiertas a cada lado y toma también el cuchillo, clavándose el filo en la palma a causa del frenesí con que empuja hasta clavarme la empuñadura en el clítoris.

Jadeo, farfullo y pongo los ojos en blanco, arañando sus antebrazos y arqueándome como una muñeca de cuerda ante el implacable asedio. Estoy tan mojada que resulta obsceno, a segundos de perder el sentido y dejarme ir. Si esto es el infierno, juro por mi alma que quiero arder en él.

—Qué bien los tomas, como una sucia ramera ¿eh? Esto es lo que te gusta, ¿verdad? Hasta el fondo, eso es —bisbisea Nicholas, tan excitado como yo. Su polla está dura como una roca y amenaza con reventarle los vaqueros.

Me relamo los labios, salivando. Quiero saber cómo se siente tenerla dentro de mí.

—Lo notas, ¿verdad? Estás al límite. Así es como se siente mi polla —susurra, con un tono ronco cargado de lascivia y sin dejar de penetrarme con estos dos objetos cuyo nuevo uso acabo de desbloquear. He perdido mi cordura por completo, porque me he vuelto adicta a su depravación.

—Enséñamelo. —Más que una petición, es una súplica y él me complace.

Retira el cuchillo empapado de mi corrida y se lo lleva a la boca, saca la lengua para chuparlo y lo fulmino con la mirada, celosa.

Se echa a reír y me da a probar un poco. Me estremezco de puro gusto.

—La pistola se queda ahí —ordena y no tengo la menor objeción al respecto, así que asiento y le guiño un ojo.

Me levanto, con el culo ensartado por la Glock 9 milímetros y le paso las uñas por el torso desnudo y definido mientras él se desabrocha los vaqueros y se baja los bóxeres hasta el final de las caderas, dejando al descubierto su miembro hinchado y caliente, listo para entrar en acción

De un empujón brusco, vuelve a tirarme encima de él y me rodea la cintura con un brazo, empujando hacia abajo hasta que mi pelvis encaja en su erección y me la clavo hasta el fondo.

Suelto un grito de éxtasis y le echo los brazos al cuello. Joder, esto no se parece a nada que haya experimentado nunca antes. Ahora sé por qué rechazaba el sexo con otros hombres. Me parecía insulso. No había ningún problema conmigo, era solo que lo estaba esperando a él.

—Enséñame cómo cabalgas mi polla, será nuestro sucio secreto —susurra, mordisqueando el lóbulo de mi oreja y haciendo alusión a

nuestro encuentro íntimo en la cárcel. Parece que hace ya una eternidad de eso.

Me rasga el sujetador con el cuchillo y mis retas quedan al aire, expuestas para él. Se lleva uno de mis pezones a la boca y me posa el cuchillo en el cuello, poniéndome a mil por hora.

Sonrió y lo tomo como un desafío, rebotando sobre él con los pechos al descubierto mientras me da pequeños mordiscos.

Entra y sale a toda potencia, los empellones son tan bruscos que se me saltan las lágrimas; no de dolor, sino de placer. Y cuando se corre dentro de mí, gimo como una mujer desatada, perdida en el limbo de la lujuria y el placer más absoluto.

Veo puntos negros antes de seguirlo por el precipicio y juntamos nuestras frentes, aunque Nicholas todavía lleva la máscara.

Estoy empapada en sudor y fluidos, exhausta, pero más feliz de lo que recuerdo haber estado en toda mi vida.

Y entonces, de repente, un disparo corta el aire y me congelo.

Mike aparece en el claro y se topa con esta escena. Veo el momento exacto en que su corazón se rompe en mil pedazos.

Desconozco cómo nos ha encontrado, pero sí sé una cosa: esto está a punto de ponerse muy, pero que muy feo.

# CAPÍTULO 34

**FAITH**

—Así que estabas aquí, sucia rata. ¡No la toques, maldito monstruo! Las manos arriba o disparo —chilla, desencajado, sin dejar de apuntarnos.

Nicholas se quita la máscara y se pone en pie, en toda su imponente envergadura. Se lo agradezco, porque su enorme figura me da algo de privacidad para ponerme el vestido a toda prisa y recomponerme antes de colocarme a su lado.

—¿Ah, sí? Dispara entonces. ¿A qué esperas? —Nicholas lo provoca, a sabiendas de que no será capaz si estoy yo de por medio. Trato de intervenir, pero me acalla y me pide que lo deje a hacer.

Mike se seca el sudor de la frente con una mano, mientras que con la otra sigue apuntando. Está demasiado nervioso y aunque quiere sonar firme, su voz tiembla de rabia.

—Suéltala y levanta las manos, no volveré a repetirlo.

—No voy a soltarla, alcaide. ¿Qué vas a hacer al respecto? Tengo curiosidad —replica Nicholas, con una rotundidad inquebrantable y ese característico tono suyo de chulería.

—Mike, por favor, vete de aquí —intervengo, con la esperanza de evitar males mayores.

Pero no sirve de nada.

—Jamás te dejaría con esta bestia, Faith. Estarás a salvo, ya ha terminado todo. ¡Las manos arriba, Westwood! No me obligues a dispararte —brama, poniéndose en posición.

Me llevo las manos a la boca y se me encoge el corazón al verlo desde su punto de vista. Cree que Nicholas me ha forzado y está convencido de que me está salvando. Me devano los sesos, pensando cómo convencerlo de lo contrario antes de que ocurra una tragedia.

—Ah, pero resulta que ella no quiere estar a salvo. ¿No te has fijado? Lo estábamos pasando de puta madre hasta que nos has interrumpido —espeta el aludido, con sorna.

Eso desestabiliza por completo a Mike y me mira, esperando que lo niegue todo y le suplique que me ayude. No lo hago.

—No, eso no es verdad. ¿Faith? —Su tono sale dubitativo, incrédulo.

Me rompe el corazón tener que hacer esto, pero es lo mejor. Ya he aceptado mi destino, estoy en paz con mi decisión y él tendrá que respetarla. No quiero ser salvada, quiero vivir en la oscuridad con mi monstruo.

—Lo siento, Mike. Vete antes de que Nicholas te mate, por favor —le ruego, al borde de la desesperación. ¿Por qué tiene que ser tan necio? No ve que está jugándose la vida por alguien que no vale la pena.

—No, no, no. Te ha obligado, lo sé. Tranquila, ya ha pasado todo. ¡Aléjate de ella! —brama, en estado de negación, y eso acaba con la calma helada que Nicholas he exhibido hasta ahora.

—Eso ni muerto, ella es mía. ¿Verdad, pequeña musa? Díselo, anda. Cuéntale a tu amiguito cuánto has disfrutado estas semanas mientras te follaba hasta hacerte perder el conocimiento. Dile que no estabas perdida, venga, ¡dile que eres mía! —Me azuza y eso basta para que Mike pierda los papeles por completo.

—¡Estás mintiendo!

Hace amago de apretar el gatillo, pero se lo piensa demasiado y Nicholas ya está corriendo hacia él. Lo embiste como un toro bravo y ambos forcejean para hacerse con el control de la pistola, que acaba

cayendo al suelo a unos cuantos metros y entonces, como si no pesara nada, Nicholas enrosca una mano que parece un cepo en torno a su tráquea y lo levanta en peso, estrellando su cuerpo contra el tronco de un árbol con una fuerza descomunal.

Le propina una brutal paliza. Por más que trata de defenderse, no consigue hacerle más que un par de rasguños.

Aunque Mike sea un policía entrenado, Nicholas es más grande y fuerte que él y está encolerizado. Tengo que detener la pelea como sea o lo destrozará con sus propias manos.

—¡No, Nicholas, para! ¡Lo vas a matar! —le suplico, saltando sobre su espalda y asiéndolo de la cintura para intentar quitárselo de encima. Pero solo consigo hacerme daño, por más que tiro de él no consigo moverlo ni un ápice. Es como si estuviera hecho de titanio. Tiene el rostro cubierto de la sangre de Mike, incluso algunas gotas me salpican a mí y emana una fiereza nunca vista hasta ahora. Consigue acojonarme de verdad.

La cara de Mike está ensangrentada y no es más que una pulpa, pero él no le da tregua; al contrario, cada vez se ensaña más.

Me empuja a un lado, lo tira al suelo como si fuera un guiñapo y se posiciona a horcajadas sobre él, propinándole una ristra tras otra de salvajes puñetazos y cabezazos.

Desesperada, busco algo que pueda servirme y me acabo topando con un alambre oxidado a unos metros. Trago saliva al sostenerlo entre mis manos, no quería llegar a este extremo, pero voy a tener que hacerlo.

Mike no podrá aguantar mucho más.

Así que no me lo pienso y me posiciono tras Nicholas. Le rodeo el cuello con el alambre y aprieto con todas mis fuerzas, apoyando la otra mano sobre la corteza del árbol para darme impulso. Esperaba que gorjeara o boqueara cuando empiezo a ahogarlo, pero se queda estático y suelta un gruñido de advertencia cuando el afilado objeto hace que le brote un hilo de sangre del cuello.

No sé cómo, pero consigue pararme asiendo con la mano izquierda el alambre con el que estoy intentando asfixiarlo y tira de él hasta doblarlo, volviéndolo inservible. Esta se llena de sangre de inmediato, pero no lo suelta. Es increíble, tiene más fuerza en una sola mano que yo en todo mi cuerpo. Suelta un rugido animal y se lo quita, tirándolo a un lado como si nada y, de un brusco empujón con el hombro, me tira hacia atrás y caigo de espaldas al suelo.

Con la otra mano, sigue sujetando a Mike del cuello y, sin soltarlo, lo golpea hasta dejarlo inconsciente, con más furia todavía.

Nada de lo que hago surte efecto. Está ido y no consigo que lo suelte. Es imposible pararlo, no puedo con él y eso me desespera porque está a punto de matar a Mike. Tengo que hacer algo. Y se me ocurre una idea que podría funcionar.

—Nicholas, fóllame. Ahora. Quiero que él mire. No lo mates todavía —le pido, con toda la firmeza que logro reunir.

Suelta una carcajada amarga y espeta:

—Buen intento.

Se gira para retomar su tarea y pienso a toda velocidad.

—Vamos, tú mismo me dijiste que lo harías. Deja que vea que te pertenezco antes de morir. Enséñaselo —lo incito y parece que funciona porque me echa una ojeada, inseguro.

Se lo piensa durante unos segundos  y Mike aprovecha esos instantes de distracción para echarse sobre él e inmovilizarlo en el suelo, poniéndole el codo en la garganta y conteniéndolo por los hombros.

—¡Faith, corre! —exclama, por encima de los gruñidos salvajes que emite Nicholas, tratando de liberarse. No podrá contenerlo durante mucho tiempo, así que obedezco.

Pero me freno al oír un espantoso crujido seguido de los gritos agónicos de mi amigo y sé que no puedo dejarlo así. No me lo perdonaría nunca.

Me giro justo a tiempo de ver cómo el brazo derecho de Mike cuelga en un ángulo antinatural. Nicholas se lo ha roto para liberarse de su agarre y vuelve a la carga, enloquecido.

Le hunde los dedos en las cuencas de los ojos con una violencia que me deja helada y Mike aúlla al tiempo en que la sangre empieza a salir a borbotones. Nicholas aprieta hasta que se le saltan los globos oculares y yo chillo de espanto al contemplar de primera mano el horror del que es capaz.

—Corre…

—Lo siento mucho, Mike —le digo a mi amigo, agonizante y hecho un amasijo. Apenas atina a asentir en mi dirección y una lágrima me brota de los ojos.

—Maldito hijo de puta, ¡querías arrebatarme lo que me pertenece! ¿Cómo te atreviste a tocar lo que era mío? MÍO.

Nicholas sigue perdido en su espiral sangrienta. Toma el machete y, antes de que pueda detenerlo, lo apuñala una y otra vez, ensartándolo hasta que sus tripas quedan al descubierto. Grito con todas mis fuerzas, hasta que la garganta se me queda en carne viva.

El mareo me invade y las náuseas me doblan en dos. No veo apenas nada por las lágrimas que arrasan mi rostro y hago un esfuerzo supremo para mantenerme en pie.

Mike se ha ido, ha muerto por mi culpa, por intentar salvarme y Nicholas sigue cortándolo por todas partes. Lo ha abierto en canal, lleva ya más de cincuenta puñaladas y no tiene intención de parar. Está sumido en su de frenesí homicida.

—¡Nicholas, ya basta! ¡Está muerto! Por favor, para…

Tiro de su cintura hacia atrás con desesperación, pero la fuerza que ejerce es inhumana y resulta inútil. No puedo con él. Dudo que ni siquiera todo el cuerpo de policía pudiera ayudarme a contenerlo en ese estado.

Así que lo único que me queda es echar a correr lo más lejos posible de aquí. De ese modo, al menos el sacrificio de Mike no habrá sido en vano.

Un bramido resuena tras mi espalda, poniéndome la piel de gallina. Nicholas ruge como si fuera un animal herido y me sigue de cerca, demasiado.

Suelto un chillido de espanto y aprieto todavía más el ritmo, a sabiendas de que esto ha dejado de ser un juego.

Si me atrapa, estoy muerta. Así de simple.

# CAPÍTULO 35

**FAITH**

Me adentro en el bosque, medio desnuda y corriendo al borde de la extenuación, sorteando los obstáculos que se presentan en mi camino a tientas, como si el diablo me estuviera pisando los talones.

No podría ser más acertado.

Es plena noche y las temperaturas han bajado en picado, pero no me importa. Ahora mismo, la adrenalina ni siquiera me deja sentir frío. Lo único en lo que puedo pensar es en salir de aquí y llegar hasta la carretera, donde podré pedir ayuda antes de que ese desquiciado me encuentre y me dé caza como juró que lo haría.

—No corras pequeña musa, sabes que te atraparé —canturrea, tras mi espalda. Ha sonado cerca, demasiado cerca.

Está en su elemento, pero se olvida de algo. Soy una superviviente.

Cojo un palo y me escondo tras el tronco de un árbol, esperando mi momento.

Oigo su respiración desbocada tras de mí, se ha vuelto a poner la máscara, lo que me pone más fácil saber sus movimientos.

Cuento hasta tres y espero mi momento.

Cuando su sombra se cierne sobre mí, ataco. Lo golpeo en la cara y la máscara se le resbala al tiempo en que cae hacia atrás. Sin embargo, consigue asirme del tobillo antes de que pueda escapar y me arrastra con él al suelo.

Con todo su peso inmovilizándome, tomo una bocanada de aire, intentando recuperar todo el aliento que la carrera me ha robado.

Intento forcejear y le doy patadas, pero no le hago ni cosquillas. Se pone encima de mí y me apresa por la garganta, cortándome el suministro de aire.

Por más que forcejeo, es inútil; soy una presa a merced de un peligroso depredador que no se detendrá hasta devorarla. Y mentiría si dijera que una parte de mí no anhela desesperadamente dejarse llevar. Pero tengo que resistir, se lo debo a Mike.

*¿No era eso lo que querías?* Me susurra mi subconsciente, con malicia.

Trato de darle una patada, pero me tiene bien sujeta, imposibilitando cualquier resistencia por mi parte.

Su aliento impacta contra mi cuello y me estremezco cuando empieza a besar esa zona sensible con avidez y un desenfreno animal.

—No te acerques más —le advierto, al borde de la histeria. Tengo la adrenalina por la nubes.

—¿Crees que eso me detendrá? —Se mofa, satírico, encendiendo más mi furia.

—¡¡Suéltame, no me toques!! No tenías por qué matarlo. TE ODIO —arremeto, con todas mis fuerzas.

Me arrastra por el cabello bosque a través y avanza a un ritmo implacable, conmigo a rastras, mientras chillo de dolor e intento soltarme, en vano. Me dejo las uñas en carne viva al clavarlas en la tierra con la esperanza de que eso me ayude a escapar. Pero a él nada le importa, sigue avanzando y tira de mí con firmeza, arrancándome mechones de pelo en su implacable avance. Me está castigando, lo sé. Puedo sentir su ira, espesa y caliente como la sangre que ha derramado. Ya no hay punto de retorno, este hombre no tiene límites ni moral y está listo para llevar esto hasta las últimas consecuencias.

—Te prometí que te follaría sobre su cadáver, ¿ya no lo recuerdas? —comenta, impasible. —Podemos hacerlo por las buenas o por las malas, depende de ti.

La amargura se apodera de mi ser.

—Eres un monstruo —escupo, colérica.

Se detiene de pronto y me tenso, temiendo haber llegado demasiado lejos. Pero todo lo que hace es abrir el puño y liberar el despiadado agarre que ejercía sobre mi pelo. Me froto el cuero cabelludo e inhalo una bocanada de alivio. Sin embargo, no me relajo demasiado.

Evalúo mis posibilidades. Si echo a correr, me atrapará en un abrir y cerrar de ojos y las consecuencias serán peores, mucho peores. Así que me pongo en pie y me sacudo la suciedad del vestido roto y ensangrentado que a estas alturas no es más que un jirón inservible que deja al descubierto mis zonas íntimas.

Nicholas se relame de gusto al examinarme, como si intuyera que a pesar de toda la matanza, la persecución y la violencia, tengo el coño completamente empapado, clamando por su toque.

—Siempre lo he sido, te lo dije y te advertí que no buscaras nada bueno en mí.  Tú eres la culpable de haberme humanizado —me echa en cara y sus palabras son como una bofetada sin manos. Trago saliva, incapaz de argumentar nada para defenderme porque sé que tiene razón.

Nicholas sigue hablando, con tono desapasionado. Cada palabra es como un puñal clavándose en mi pecho.

—Mike te quería para él, pero ambos sabemos que tú no puedes corresponderle, ni habrías podido nunca. Así que plantéate cómo te sentirías ahora si la situación hubiera sucedido a la inversa y él hubiese acabado conmigo. Yo te lo digo: ahora estarías destrozada. Hemos luchado limpiamente y él ha perdido, fin de la historia. Cuanto antes lo aceptes, mejor.

Algo dentro de mí me grita que tiene razón y un pensamiento más perverso me azota. ¿Y si fuera a la inversa y una mujer estuviera detrás de él para arrebatármelo? ¿Acaso no haría yo lo mismo en su lugar si fuera una sociópata?

La respuesta es sí. Por mucho que me duela la muerte de Mike, no puedo odiarlo por hacer algo que está en su naturaleza.  Yo he sido la responsable, debería haberme esforzado más por disuadirlo para que se marchara.

Por Dios, él debería haber acudido como refuerzos. Pero, en el fondo, sé que nada habría importado. Nicholas los habría matado a todos. Nadie puede alejarme de su lado. Aquí es donde pertenezco. Ojalá lo hubiera entendido antes.

Mi resistencia se agota y me dejo llevar, entregándome al monstruo para que me consuma por completo. Soy suya, en cuerpo y alma, y ya va siendo hora de aceptarlo.

He tratado de luchar contra ello, negando lo que siempre estuvo en mi naturaleza y las consecuencias han sido terribles. Un buen amigo ha pagado el precio, se han perdido vidas inocentes. Pero se acabó, ya no más. No por mi culpa.

—Está bien, pero dime la verdad. ¿Cómo ha llegado Mike hasta aquí?

Solo quiero saber eso, para quedarme tranquila. Nada más.

—Cuando te di ventaja antes, hice una llamada al bueno de Mike y le dije que viniera solo o te mataría. Lo tenía todo planeado y él ha sido estúpido. Sabes que no habría parado hasta encontrarte —explica y asiento, resignada.

—Entiendo, haz lo que tengas que hacer.

No tengo que decírselo dos veces.

Me tira sobre el pecho abierto de Mike y me resbalo en mi intento por levantarme, empapada en sangre y vísceras.

Pero Nicholas posa su bota sobre mi pecho, impidiéndolo, y se agacha para extraer el corazón del difunto y ponerlo entre mis manos. Lo miro, horrorizada. Su perversión no tiene límites.

Lo dejo caer al suelo, asqueada y él se ríe.

—¿Ves eso, Mike? Tu corazón nunca le perteneció, pero vamos a darte un pequeño regalo. Por las molestias.

El sarcasmo en su tono es brutal.

Coge su mano cercenada y la posa sobre mis pechos, tiñéndolo todo de sangre. Respiro hondo y trato de relajarme. Necesito entender hasta qué punto llega su oscuridad o esto no funcionará. Y que Dios me perdone, pero quiero intentarlo.

Necesito a Nicholas, ahora que sé la razón por la que todo este tiempo me he sentido atraída hacia él quiero hacer que encajemos como dos mitades de un corazón defectuoso latiendo a la par.

Le pido disculpas en silencio a Mike, o lo que queda de él, y me dejo llevar.

Nicholas me mete la polla hasta la garganta y utiliza uno de los dedos de Mike para masturbarme. Están empezando entumecerse, pero tengo las paredes tan dilatadas que ni siquiera lo noto.

Entonces Nicholas me tiende el cuchillo y esboza una sonrisa maníaca.

—Grábate en mi piel, mi pequeña musa. Escribe con sangre lo que eres para mí —me pide y mentiría si dijera que la idea no me excita. Es una marca de compromiso, de fidelidad…es algo eterno. Como nuestra historia.

Asiento y trato de no atragantarme con su polla al hacerle una garganta profunda mientras voy cortando hasta hacer las incisiones en su piel y tallar dos palabras. Ni siquiera se queja o hace el más mínimo gesto de dolor mientras perforo su carne, demostrando una vez más la asombrosa tolerancia al dolor que tiene.

Maldita sea, es difícil mantener la concentración cuando un asesino en serie te está ahogando con su monstruosa polla, que rebota en las paredes de tu garganta, a la vez que te masturba con el dedo cortado de tu amigo, al que se ha cargado y todo ello mientras le hago un puñetero tatuaje con un cuchillo.

Contra todo pronóstico, me sale perfecto y él sonríe al comprobar lo que he grabado en su pecho.

*Mi musa*.

Eso es lo que soy

Y él es mi demonio.

Me saca la polla de la boca y sonrío, lamiendo su semen en mis labios.

—Ahora tú —atino a decir, entre jadeos, porque ya se ha deshecho del dedo y me la está metiendo en el coño, hasta el fondo, sin previo aviso.

Él elige mis tetas como el lugar perfecto para llevar su marca y acepto, lo dejo hacer.

Nicholas me tapa la boca para acallar mis gritos, porque joder esto duele horrores, pero merece la pena, porque me encanta el resultado.  No sé qué dice eso de mí.

—Shh, tranquila, tú concéntrate en mi polla. Joder, podría estar enterrado dentro de ti hasta el día de mi muerte —sisea, meciendo las caderas mientras que yo suelto todo tipo de blasfemias por tener que estarme quieta si no quiero que me rebane las tetas por accidente.

Es increíble la forma magistral en que mantiene el pulso, teniendo en cuenta la intensa actividad física que estamos practicando. No me había dado cuenta hasta ahora, tal vez porque no había querido reconocerlo, pero Nicholas tiene las manos de un artista. Uno macabro, eso sí. La sangre es su pintura favorita y yo soy su mejor lienzo. Dejaría que me hiciera lo que quisiera.

Entro en trance a medida que va sacándome y metiéndome la polla a un ritmo demencial, gruñendo y jadeando en medio del orgasmo que lo sacude.

Yo lo sigo y caemos por el precipicio juntos justo cuando termina de trazar la última letra en mi carne magullada y dolorida. Dejo escapar el aire contenido y me entran ganas de reír al ver que lo he conseguido. La euforia me invade.

—¿Lo ves? Has aguantado como una campeona, lo que significa que somos almas gemelas. Estás hecha a mi medida, Faith Lowell —me alaba Nicholas, provocando que mis mejillas se sonrojen de puro gusto.

Por toda respuesta, capturo sus labios y nos fundimos en el beso más intenso que hemos compartido hasta ahora. Su áspera barba se clava en mis mejillas y esta vez soy yo quien le muerde, saboreando su sangre en medio de este beso feroz e impío.

—Si me quedo contigo, ¿me prometes que no volverás a matar?

Necesito saberlo.

Nicholas me habla con una franqueza que agradezco de veras.

—No puedo prometerte eso. Pero sí puedo decirte que, desde que te cruzaste en mi camino, no he sido capaz de tocar a otra mujer sin pensar en ti y ya no siento deseos de seguir creando mi colección. Esa pulsión…solo la he experimentado contigo y ya ves, cada vez que he intentado matarte, algo me frena. Eres mi obsesión, mi musa…mi locura, mi muerte. Eso no quiere decir que no pueda ser capaz de matarte en un arrebato, pero por el momento…no lo veo probable —se sincera y yo dejo escapar el aire contenido. Con eso me vale.

—Lo entiendo y quiero que sepas que lo acepto. Te acepto, Nicholas, tal y como eres. Yo…veo más allá del monstruo que hay dentro de ti, veo al hombre y lo quiero a pesar de todo. Probablemente esté loca, quién sabe, pero me he cansado de reprimir mis sentimientos. Tú

me enseñaste a dejar de hacerlo, después de todo —me declaro, acariciando cada centímetro de su rostro.

—¿Eso significa que vendrás conmigo? —inquiere y hay un ápice de esperanza en sus ojos que me enternece. No vacilo ni un segundo en contestar.

—Sí, iré contigo donde me lleves. Al fin del mundo si es preciso.

Tomo su mano y sé que he escogido un camino sin retorno, pero me da igual…porque estoy justo donde quiero estar.

# CAPÍTULO 36

**FAITH**

Nicholas llevaba razón, todos somos adictos a algo. Y yo, por suerte o por desgracia, me he vuelto adicta a él. Ya no puedo apartarme de su lado. Aunque sé que podría matarme en cualquier momento, no me importa. No tengo la menor intención de dejarlo, ni mucho menos de escapar. Ya no.

Ahora sé quién soy.

Me llamo Faith Lowell y me enamoré de un asesino en serie. Puede que no seas capaz de entenderme y no pasa nada, lo entiendo. Apuesto a que te horroriza mi historia. Es lo normal, ¿no?

Pero yo fui la única que pudo entrar en el corazón de la bestia y él luchó contra el monstruo que llevaba dentro para no hacerme daño. Fue en contra de su propia naturaleza por mí.

Y algo muy dentro de mí, en el fondo, me dice que jamás me hará daño.

En cualquier caso, es un riesgo que estoy dispuesta a correr de todos modos.

—¿Qué te parece Singapur? Tengo algunos contactos allí —me propone, mientras barajamos destinos a los que ir en nuestro plan de fuga, que ya está en marcha.

Asiento, me parece un buen lugar.

—Suena muy bien, la verdad es que ya necesitaba unas vacaciones.

Paramos en una gasolinera en el camino y vemos nuestras caras en primera plana. Nicholas es ahora mismo el fugitivo más buscado del país y yo su pobre víctima en apuros. Es tan divertido…

Robamos otro coche, tras salir a toda prisa porque el cajero nos ha identificado y salimos cagando leches. Le hago una mamada a Nicholas mientras conduce y acabo quedándome dormida cuando las emociones fuertes que hemos vivido me sobrepasan.

**...**

*Estoy en un sótano.*

*Todo está en penumbra y tirito de frío.*

*Intento abrazarme para entrar en calor, pero un tirón doloroso me empuja hacia atrás y caigo sobre una cama empapada de sangre.*

*Me revuelvo, presa del pánico y con el líquido viscoso adherido a todo mi cuerpo. Incluso se me mete por los ojos y tengo que cerrarlos, luchando contra las ingentes ganas de vomitar.*

*—Abre los ojos, Faith.*

*Una orden brusca, cruel y autoritaria.*

*Esa voz…la reconozco.*

*Nicholas.*

*Obedezco, a sabiendas de que si no lo hago será peor.*

*Una máscara de carnero se cierne sobre mí y grito hasta que me arde la garganta. Es él.*

*Me tapa la boca con fiso y veo que tiene unas tijeras de podar en la mano y un frasco de cera y arcilla reposa en la mesilla, a su lado. Toma primero la cera y me sonríe de forma siniestra, antes de decir:*

*—Enséñame esos preciosos ojos verdes, cariño, es hora de añadirlos a la colección*

*Trato de gritar y de forcejear, pero la mordaza ahoga mis sonidos y las cadenas me impiden moverme. Su risa enloquecida reverbera en la estancia como un eco y me desmayo justo cuando alza las tijeras para sacarme los ojos.*

**...**

Al despertar, todavía perturbada por el cariz violento de mi sueño, me froto los ojos y lo primero que me encuentro al abrirlos es la sonrisa siniestra de Nicholas a escasos centímetros de mi rostro.

Trago saliva sin poder evitarlo. Es una sonrisa que a simple vista parece idéntica a las que me dedica siempre; retorcida y taimada, con ese aire burlón y aristocrático que lo caracteriza…sin embargo, en esta ocasión, veo algo más acechando bajo su pulso. Algo siniestro que provoca que se me erice el vello de la nuca.

—Menos mal que has despertado, estabas muy agitada. Cualquiera diría que has soñado que te estaban matando…

Trago saliva. ¿Es una coincidencia o es que he hablado en sueños?

Me pongo tensa y trato de disimular.

—No, claro que no. Ha sido algo sin importancia.

Le devuelvo la sonrisa, intentando quitarme esas ideas absurdas de la cabeza y me reclino en su pecho para contemplar el paisaje a medida que nos alejamos de toda esta pesadilla.

Mis paranoias no tienen sentido, porque si quisiera matarme ya lo habría hecho. Es absurdo. Ha tenido ocasiones de sobra desde que empezó toda esta locura, ¿no?

Me convenzo a mí misma de que si esa fuera su intención no habría urdido todo ese plan tan elaborado -con fuga de prisión incluida- solo para que yo acabe siendo una estadística más de sus crímenes.

Y aun así…por primera vez desde que acepté mis sentimientos hacia él, mi seguridad se va minando… y dudo.

Porque cuando lo miro mientras conduce, aparentemente relajado, no veo a Nicholas; veo al Escultor.

**FIN**

## AGRADECIMIENTOS

Puede que os preguntéis por qué he elegido un final abierto después de todo lo que ha sucedido. Para mí, está más que claro lo que sucede después del punto final, pero he preferido dejarlo en el aire para que cada uno de vosotros imagine cómo prefiere que termine la historia en lugar de imponeros mi visión. Ya os habréis dado cuenta a lo largo del relato que intento retratar a Nicholas como una figura misteriosa e inquietante que narra lo menos posible, porque prefiero dejaros huecos en blanco e interrogantes sin resolver en lo que a él y a sus actos respecta para hacer más interesante la trama. Espero que os haya gustado y hayáis disfrutado de esta inquietante, turbia y retorcida historia de obsesión y lujuria llevada al extremo. Si es así, me encantaría que me lo hicierais saber con una valoración y reseña.

Feliz Halloween, nos vemos en la siguiente aventura. Muchas gracias por leerme. Con cariño, Lena.